

Colección  
LETRAS DIFERENTES



# MIRIAM

Ramón Hernández



ESCUELA LIBRE EDITORIAL



**OTRAS OBRAS DE  
RAMON HERNANDEZ:**

*Presentimiento de lobos.*

*Palabras en el muro.*

*El tirano inmóvil.*

*La ira de la noche*

(Premio Aguilas).

*Invitado a morir.*

*Algo está ocurriendo aquí.*

*Fábula de la ciudad.*

*Eterna memoria*

(Premio Villa de Madrid).

*Pido la muerte al rey.*

*Bajo palio.*

*Los amantes del sol poniente*

(Premio Casino de Mieres).

*El ayer perdido.*

*Sola en el paraíso.*

*Caramarcada.*

*Golgothá.*

*Llora por ti la Tierra.*

*Curriculum vitae.*

*El joven Colombo.*

*El secreter del rey.*





MIRIAM



Colección  
LETRAS DIFERENTES



# MIRIAM

Ramón Hernández



ESCUELA LIBRE EDITORIAL  
Madrid, 1995

---

FUNDACION ONCE

## **COLECCION LETRAS DIFERENTES**

**Directores:**

JOSE MARIA ARROYO ZARZOSA  
RAFAEL DE LORENZO GARCIA

**Asesor Literario:**

RICARDO DE LA FUENTE

**Coordinador editorial:**

GREGORIO BURGUEÑO ALVAREZ

© Ramón Hernández, 1995

ISBN: 84-88816-11-1

Depósito legal: M-24200-1995

Impresión: RUMAGRAF, S. A.  
Nicolás Morales, 34 - 28019 Madrid



La acción de esta novela se desarrolla, fundamentalmente, en la ciudad costera de Sava, capital imaginaria de una provincia inventada al noroeste español. El argumento y los personajes de la obra son también producto de la imaginación del autor y cualquier semejanza con personas o situaciones reales será una coincidencia atribuible al azar.



SENTADA en el balancín de mullidos almohadones, evoca, ensimismada, difuminados recuerdos, ecos de sonidos que se desvanecen, contactos en la piel, el palpar sosegado y rítmico de su corazón, la cercanía de *Niebla*, el corpulento perro *labrador*, de pelo negro, corto y espeso, que duerme tendido a sus pies como una prolongación de sí misma. Mi guardián, mi guía en la eterna noche sin límites, como imagino que debe ser el vacío cósmico, esa helada inmensidad sin principio ni fin. Absorta, oye voces antiguas, perdidas en el recuerdo de rostros desconocidos. Pero ¿cómo son los rostros? Hace ya mucho tiempo quiso saberlo, cuando tenía tan sólo seis años y sus pequeñas manos a la deriva buscaban la afilada cara de su madre, cuya repentina enfermedad le acarrearía la muerte sólo dos años más tarde. Palpar su frente, su nariz, sus labios, recorrer aquel cálido rostro como un explorador que cruza un territorio desconocido. Tocarle todo: manos, caras, mesas, sillas, muñecas de trapo. Atravesar las tinieblas para contactar con el vasto mundo que la rodea, escalar la noche, como un alpinista venciendo el vértigo. Sentir a *Niebla* en la yema de sus dedos, cuando le acaricia su lomo musculoso, la suavidad aterciopelada de su pelo, el fornido cuello con el collar, la placa con su nombre y dirección en la que se explica que es el *perro-guía* de una invidente. La poderosa cabeza del animal, sus orejas caídas. Oírle los pensamientos es como escuchar a las estrellas. Adivinar cómo son las nubes a través del perfume de la lluvia y de la tierra mojada. Oler la arcilla me gusta, como el aroma del mar, el yodo, el viento, el pan tostado, el café recién hecho, el tabaco holandés de la cachimba de papá. Sensaciones y adivinanzas, contactos etéreos e invisibles. ¿Qué querían decirle las flores con sus aromas? Sentir el roce del perro contra su cuerpo, caliente y mullido, desnudo y tierno. Confiar en él cuando camina delante de mí, sin apenas tirar del arnés, llevándome segura y confiada,

como la madre lleva de la mano a su hijo pequeño. *Niebla* es mi amigo y mi eco; a veces, cuando hablo o toco el piano, concluye las frases de la voz o del teclado con un ladrido opaco, prudente, entrecortado, como si mostrara su conformidad con las palabras o la música.

Recordar:

Lo primero que me viene a la memoria es un muro negro, que todo lo cierra. Hermético, sin un resquicio de claridad, sin ninguna luz. Soy ciega de nacimiento, no veo nada, mis ojos están abiertos, son verdes, dicen que hermosos. Y, sin embargo, están muertos, no tienen vida interior. Sólo perciben un infinito vacío tenebroso por el que la mente busca tenaz e inútilmente un remoto resplandor que no llega jamás.

—Paciencia, hijita, no te desesperes —me decían de niña, cuando los médicos todavía buscaban una solución—. Cualquiera día la Ciencia encontrará un paliativo a tu desgracia.

Compasión para el infortunado, bálsamo sobre la herida, palabras que se llevó el viento. Y, sin embargo, no soy una persona triste, no odio mi noche. Todo lo contrario, la amo porque es mía y yo soy de ella. La ceguera, aunque parezca una paradoja, es mi razón de ser y mi fuerza. Ella me ha hecho amar muchas cosas que los videntes no aman ni valoran. El aire que me rodea, acariciándome el rostro o abandonándome, creando un vacío de presencias que se aproximan o se alejan, advirtiéndome. Él es mi frontera y mi límite, el mar por el que navega mi barco sin timonel.

—Miriam, vas a enfriarte, ¿quieres que te traiga un chal? —oigo a Flora, la gobernanta, que me habla desde el vestíbulo de la casa, a mi derecha.

—De acuerdo —le digo.

Mi respuesta es breve y concisa, sin inmutarme, sin cambiar la postura de mi cuerpo, ahora inmóvil, porque estoy recordando el sueño de esta noche. Cuando sentí que iba de viaje en un barco antiguo, de esos que tenían grandes ruedas de paletas y altas chimeneas.

—*Perdone mi atrevimiento* —me dijo una voz de hombre joven—. *¿Cómo es que se encuentra tan sola?*

Mi barco surcaba el cauce de un gran río, era de día y yo soñaba que no era Miriam Montemar, sino Escarlata O'Hara, la protagonista de *Lo que el viento se llevó*, la novela que había terminado de leer recientemente por el sistema Braille, utilizando las yemas de mis dedos como si fueran pupilas de ojos sanos, palpando los puntos en relieve, las innumerables sensaciones, los miles de páginas, como una selva de amor y de muerte. Ser otra, imaginarme libre de mis cadenas, de pie en la cubierta del buque, escuchando a mi alrededor el rumor de las espesas aguas del río, el zumbar de los insectos, las voces de los marineros, el estruendo de las máquinas y las paletas, la sirena a intervalos. Como hacía calor me protegía de los rayos solares con una sombrilla de alegres colores. Pero ¿cómo son los colores? Según los profesores que tuve de niña en el Colegio Santa Lucía, los colores son sólo letras.

—El rojo es así, mira —me decían, cogiéndome mis pequeños dedos y poniéndolos sucesivamente sobre la *erre*, la *o*, la *jota* y otra vez la *o*, en una cartulina donde esas letras estaban grabadas en relieve.

Pero después, cuando aprendí el maravilloso lenguaje de la música, me inventé mis colores, identificándolos con los sonidos de las notas del piano. De este modo, tal y como lo sentía en mi corazón de niña, las notas graves son para mí oscuras y tristes y las agudas claras y alegres.

El color azul, en mi mundo, es frío y agudo como la hoja de un cuchillo. El negro es grave, como el dolor. El verde está en el centro del teclado y huele a hierba recién cortada. El amarillo es cobarde y también agudo, como el miedo, en tanto el rojo es agresivo y cruel, como una herida. De ese modo, en mi sueño, yo sostenía con mi mano enguantada una sombrilla afilada y cortante, fría y dolorosa, cobarde y cruel, perfumada como el césped del jardín o como el heno recién segado de los prados.

—*Y dígame, mademoiselle* —insistió la voz de aquel joven de mi sueño—. *¿Viaja realmente sola?*

—Cierto, viajo sola porque nadie me ama —respondí.

—¿Nadie la ama siendo tan joven y tan hermosa?

—Eso es —dije.

—En tal caso permítame que la acompañe, pues aquí, en el Mississippi legendario, las damas no deben ir solas —dijo él.

—¿Y usted? —le pregunté—. ¿Quién es? ¿A qué se dedica?

—Yo soy jugador; me dirijo a New Orleans, en cuyos casinos pienso resarcirme de pasadas pérdidas. Mi pasión, como comprenderá, son los naipes, aunque también me excitan los desafíos a pistola, especialmente cuando intervienen en mi vida las fatídicas mujeres aventureras —respondió, extrañamente, el joven.

—Vamos, Miriam, póngelo. Pronto se irá el sol —oigo.

Flora me ha traído el chal. Sus manos fuertes y ásperas, de largos dedos sarmentosos, colocándome el chal sobre los hombros. Así estarás mejor. Me cuida como a una hija. Pobre Flora y su inmensa soledad tan diferente a la mía. *Niebla* se ha despertado, me mira fijamente, lo sé. Está comprobando que todo está en orden, que nada ni nadie me amenaza. Recuerdo cuando me lo trajeron de la Organización Nacional de Ciegos, ya amaestrado, con sus dos años recién cumplidos, para que él y yo formáramos un equipo. Ahora tiene cuatro años y los dos somos como un solo ser. Yo soy la voluntad y él es la mirada. Mi perro representa la libertad y yo la cárcel. Aunque no quiero ser injusta, pues también tengo mi bastón blanco, articulado, de fibra de vidrio, mi radar. A él también le quiero, pues no deseo depender exclusivamente de *Niebla*. Los perros envejecen, enferman, se mueren. Sustituirlos. Siempre son tristes las despedidas. Por esa razón sólo viene conmigo en mis correrías por los alrededores de la casa y prefiero el bastón para ir a la ciudad. Algunos tienen música, luz, hablan incluso. Me hizo gracia el representante de bastones de ciego que vino a visitarme ayer.

—Señorita, Romualdo Estévez, para servirle —dijo, presentándose—. Este bastón *Olympic* tiene intermitencias,

luces de situación, pilotos de avisos, luces largas y cortas, como un automóvil, y su fosforescencia es permanente —continuó como un robot—. Créame, dos bastones por el precio de uno, más un juego de pilas *Eternamatic*, son una ganga. No deje pasar esta sensacional oferta —concluyó.

Adelantos de la industria, miserias del minusválido y del viajante de comercio. No compadecerse, eso jamás. La autocompasión es el principio del fin. Saberlo, recordármelo a cada instante. Afuera, en el camino del bosque que baja a la playa, se oye el ruido de un tractor. *Niebla* ladra una, dos veces. Son los remolques de la *Maderera* que regresan de las talas cargados de troncos. Voces de hombres, algunas risas. Otros dos ladridos. Me los imagino sentados con las piernas colgando, fumando y conversando animadamente. Olor de hombre, aroma de madera cortada, perfumes de resina. *Niebla* se tranquiliza, regresa a sus oscuros pensamientos de perro. Me rodean parterres de geranios, pitiminíes y petunias. Embriagadora la brisa del crepúsculo de la tarde, perfumados aromas marinos, saturados del evanescente aliento de la primavera. Arriba, en el cielo, vuelan las últimas gaviotas sobre los acantilados que llaman la *Boca do Inferno*, frente a los misteriosos *Arrecifes de las Sirenas*.

—*Me fascinan sus ojos verdes* —me dijo el joven de mi sueño.

—*Y, sin embargo, soy ciega* —le advertí.

—*¿Ciega? No puedo creerlo* —se extrañó él.

—*De nacimiento* —agregué.

—*Terrible desgracia* —dijo el joven.

—*Sí* —murmuré—. *Unos días después del parto de mamá mis padres se percataron de que yo no veía.*

¡Oh, las gaviotas! Me fascinan los pájaros fuera de las jaulas y las nubes fuera del cielo, donde dicen que dibuja la lluvia el Arco Iris. Trepa la hiedra por los muros de piedra del antiguo palacete de Montemar, construido en el siglo XIX por el primer Edgar, diecisiete Vizconde de Montemar de Agén, Almirante de la Armada de Su Majestad la Reina Isabel II. Más allá de los muros puede verse la difu-

minada silueta de las verdes montañas del interior, la curva costera del Faro de Poniente, la Ensenada del Francés, las manchas negras de los peligrosos Arrecifes de las Sirenas, casi rozando la línea del Atlántico inmenso, espeso y ensangrentado en esta hora de la puesta del Sol. Y, enfrente, al otro lado del inicio de la ría, en la desembocadura del Reixa, los blancos edificios del Arsenal de la Armada, la Comandancia Naval y la Dársena, con todo su aparato militar de antenas parabólicas, garitas, centinelas y alambradas sobre las tapias. Detrás del palacete, oculto por la colina, al final del Paseo Marítimo y el Puerto de Pescadores, la ciudad de Sava, capital de la provincia del mismo nombre, sobre la abrigada ría de Finisterre, la ciudad costera más occidental del país, al pie de la montaña Das Meigas, poblada por bosques frondosos de coníferas, eucaliptos y robles, protegida desde la altura por la legendaria ermita románica de San Girola, ennegrecida por lluvias de siglos. Y más hacia el noroeste, cerca de la *Industrial Maderera*, la también románica Colegiata de Sant Yago, el puente romano sobre el río Reixa, de cristalinas aguas en las que se reflejan, al desembocar en la ría, las cristaleras y miradores de los edificios más emblemáticos de la ciudad, frente al Club Náutico.

—Miriam, la cena —oye de nuevo la voz del ama de llaves.

Al rumor del mar que se estrella en los arrecifes se une el susurro de las arboledas agitadas por el viento, la suave música de los eucaliptos ondulantes del bosque próximo que se alza al otro lado del palacete. Huele a tierra mojada, al húmedo efluvio que asciende del parque. Tañe una campana en alguna iglesia lejana. Una tenue y cambiante claridad anaranjada se extiende por la bóveda celeste, derramándose sobre la extensión de verde césped, la fuente de Cupido con surtidor, las figuras de piedra que representan faunos ciegos como ella, diosas indolentes, por cuyos rostros en éxtasis trepa la hiedra. Sierpes y ebúrneos efebos sostienen rotas vasijas que vierten agua en el estanque, al fondo del umbrío jardín rodeado de altos muros,



cuya puerta de hierro, rematada por el escudo nobiliario de los Montemar de Agén, da paso al amplio camino de grava que desciende hasta el final del Paseo Marítimo, aproximadamente a un kilómetro de la rotonda donde se alza el monumento a las víctimas del mar, frente a la entrada principal de la Comandancia. Situado en el promontorio llamado de la Travesera y edificado por el primer Edgar sobre los cimientos de lo que fuera en pasadas épocas torre de vigilancia costera, el palacete de los Montemar de Agén constituye un símbolo apartado y discreto de remotos señoríos. Cuna de marinos, su severa fábrica de piedra y pizarra, rematada por buhardillas y veletas representando bergantines, genera al que lo contempla un sentimiento frío y mudo, como de estatua.

—Apóyate en mi brazo si quieres —le sugiere la gobernanta.

—No es preciso —rehúsa la joven—. Vamos, *Niebla* —añade, levantándose del balancín y dirigiéndose con paso seguro hacia la amplia puerta de entrada de la casa.

Esbelta y ágil, la larga cabellera rubia recogida con una cinta de terciopelo, el vaporoso vestido, el busto firme, la nacarada piel, los ojos verdes, cuya expresión luminosa, dulce y soñadora oculta las densas tinieblas de la ceguera. Seguida de su perro llega hasta la cálida atmósfera del vestíbulo y percibe el característico olor a las maderas nobles que cubren las paredes. Lento y solemne tic-tac del reloj florentino que, sobre la consola del *hall*, muestra en su cúpula al mítico Atlante llevando sobre sus hombros la Bóveda Celeste. Hace años que Miriam palpó aquel cielo sobredorado, las constelaciones de marfil, las estrellas de perla. Derrotado por Júpiter, el héroe mitológico sostenía el Firmamento con sus manos de plata, que ella acariciaba. Dedos firmes, brazos musculosos, la cara barbuda. ¿Era así el rostro de Dios?

—Es pecado imaginarse a Dios —le decía, de niña, la abuela Virtudes—. Soy enemiga de las imágenes.

Siete pasos son necesarios para llegar a las puertas correderas del comedor, decoradas con vidrios multicolor-

res que representan el escudo nobiliario de la familia. En el dintel no es preciso ordenarle a *Niebla* que la espere en el *hall*, pero sí es necesario alzar el pie para no tropezar con el borde de la mullida alfombra del comedor. La mano izquierda después, tanteando la silla con respaldo de guerreros y, al fondo, en la cabecera de la gran mesa pesada y maciza, adivina la siempre hierática presencia de papá, el tercer Edgar de los Montemar de Agén y decimonoveno Vizconde, personaje introvertido y taciturno, hombre de leyes y códigos, ex Registrador de la Propiedad de Sava, el cual permanece sentado en silencio, impecablemente vestido de *sport*, con americana escocesa de trabilla en la espalda, botonadura de cuero marrón, camisa de hilo *beige* y pañuelo moteado de diminutas flores de lis alrededor de la garganta. La cabellera blanca, las mejillas cuidadosamente rasuradas, en la solapa la insignia de oro y brillantes del Club Náutico, impuesta en acto solemne cuando quemó sus naves hace años, desprendiéndose del yate *Virginia* y renunciando a sus periplos costeros y a su puesto como vocal en la directiva de la aristocrática institución.

—Buenas noches —murmura impávido, alzando el rostro hacia Miriam.

En el dedo corazón de la mano derecha las dos alianzas de oro que le acreditan como devoto viudo, en la mejilla el tic nervioso y, ante la gris expresión de su ojo izquierdo, el anacrónico monóculo.

—Hola, papá —saluda a su vez la joven, separando la silla para sentarse.

El Vizconde ha cumplido ya sesenta y seis años y tiene el rostro afilado, de cansada expresión, un fino bigote plateado, los hombros altos y un cuerpo delgado y enjuto, envarado en exceso, de forzada postura a causa de una malformación congénita de su cadera derecha, que le obliga a caminar apoyándose en un bastón y que, en su ya remota adolescencia, le impidió superar las pruebas físicas de acceso a la Escuela Naval de Marín, razón por la cual hubo de optar a los estudios de Derecho. Escéptico y huraño,

pasa la mayor parte del día encerrado en su despacho de la planta baja del palacete, retirado de la vida social desde 1976, fecha en la que murió su esposa, Leticia Maldonado, víctima del cáncer, cuando Miriam, hija menor del matrimonio, acababa de cumplir ocho años.

—¿Qué tal hoy tus clases? —pregunta don Edgar, desde el otro extremo de la mesa.

—Muy bien, por fin he conseguido que me den los cinco alumnos de primero de piano. Dos chicos y tres chicas —responde Miriam—. Hoy nos ha visitado un profesor del Conservatorio de París y nos ha dado una conferencia sobre Beethoven.

—Interesante —murmura el Vizconde.

Rumor de pasos alrededor de la mesa. Los lentos pertenecen al ama de llaves, Flora del Beato. Los rápidos a Mariona, la doncella. La sopera sobre la mesa, percibiendo un ligero vaho en la cara al destaparla la gobernanta. Profesor de París, invitado por la Organización de Ciegos a dar una charla en el colegio para invidentes Santa Lucía, donde Miriam, desde hace dos años, es profesora de piano. Dulce Francia. París, ciudad luz. Dulce Miriam, ciudad tinieblas. Mueca irónica dibujada en su rostro mientras evoca la gran metrópoli que, como Londres, Viena, Roma, Milán, Florencia y Venecia, visitó en compañía de papá en diferentes viajes a Europa, cuando él todavía tenía ánimo para salir de Sava.

—¿Un poco más de sopa? —le pregunta la doncella.

—No, gracias.

Sentir a Mariona cerca de ella. Amigas a pesar de ser criada. Dos años más joven, veintitrés recién cumplidos. Dime, Marion, ¿cómo eres? Espigada y ebúrnea, de tez cobriza, heredada de su madre, una antigua cocinera de los Montemar que era oriunda de la isla de Cuba. Su hija luce unos espléndidos ojos negros, en armonía con su abundante y rizada cabellera de azulados reflejos, el busto firme, las caderas anchas y ondulantes cuando se mueve dejando tras de sí un aroma campestre. ¿Cómo soy? Mariona respondió normal, señorita, cuando ella le preguntó

una mañana en su dormitorio. Déjame que te toque la cara. Suave la piel, las confidencias, los labios. ¿Tienes novio? Sí, señorita. ¿Cómo se llama? Sergio. ¿Y es joven como tú? Sí, tiene veinticuatro, es empleado en Correos y le gusta mucho el atletismo, corre una cosa que le llaman maratón. Y usted, señorita Miriam, ¿no ha pensado nunca en enamorarse? La sirvienta le cepillaba la rubia y larga cabellera mientras hablaban. Mañana de primavera, el ventanal abierto, el sol a intervalos en el rostro. Nubes que pasan. ¿Yo? Naturalmente, ¿por qué no? ¡Oh, sí, naturalmente! ¿Por qué no habría de enamorarme? Pero todavía no ha surgido la persona adecuada. Pretendientes sí, muchos. Ciegos y videntes. En Santa Lucía el director del coro, Alejandro, invidente, al que todos llaman Alex. Me conoció de niña, cuando yo cantaba en la cuerda de sopranos. Es usted guapísima, le dijo Mariona, si yo tuviera su cutis y sus ojos verdes. Por favor, no digas disparates, ¿para qué iban a servirte mis ojos? Mariona se disculpó: Quiero decir que los tiene preciosos. Recordar el poema de Gustavo Adolfo Bécquer: «*El verde es gala y ornato del bosque en la primavera, las esmeraldas son verdes...*» Y, sin embargo, a pesar de haber visto París desde la oscuridad, no la confundiría con ninguna otra ciudad del mundo. París me huele a periódico recién impreso. Londres me suena a sirenas de barco pasando bajo el London Bridge. Viena me recuerda una peluca empolvada y a cuerda de violín. Roma es palomas y campanas en la Plaza de San Pedro, y también me huele a los orines de los muros del Coliseo. Milán me recuerda caballeros con armaduras, lanzas y penachos, a torneos renacentistas. Florencia es mármol desnudo y frío, que yo toco con mi mano, como cuando me atreví a tocar el pie de la estatua del *David* de Michelangelo. Venecia me dejó en la memoria un poso de melancolía y un suave y tibio destello de sol en mi cara.

—¿Cómo es el conferenciante? —le preguntó a su amiga Sonia, profesora vidente de Trabajos Manuales, que estaba sentada a su derecha, mientras que a la izquierda

sentía la inmóvil y atenta presencia de Alex, el director del Coro, gran admirador de Beethoven.

—Joven, alto y muy delgado, con una larga melena de artista bohemio que le cae sobre los hombros —le informó Sonia—. Un poco casoso.

Reírse a hurtadillas. Lo delgado suele ser duro, estrecho. Lo grueso es ancho y, a menudo, blando. Ancho es el mar, tierno como un recién nacido en ocasiones y otras veces afilado y cruel, traidor e indiferente a la tragedia de los náufragos.

—Por cierto, ¿sigues empeñada en ir todos los días a dar tus clases en el autobús? —inquire su padre desde el otro extremo de la mesa.

—Naturalmente, papá, ¿qué mal hay en ello? —responde la joven—. No tienes por qué preocuparte, pues el autobús me deja en la misma puerta de Santa Lucía.

—Tú veras, pero no me gusta nada pensar que para regresar tienes que cruzar la explanada de la estación.

—Aquello no es un desierto —dice Miriam—. La ciudad está llena de aceras y semáforos. Además, me sé el camino de memoria.

—Como quieras. Pero tú me dirás qué vamos a hacer con el chófer. Tarde o temprano tendré que despedirle, pues yo cada día salgo menos.

—Pobre Carmelo, ¿por qué vas a prescindir de él? Lo que tienes que hacer es salir más. Ir al Casino, o a visitar a tus amistades. No está bien que te encierres en casa días y días —le recrimina Miriam—. Piensa que a mí me conviene ir sola, con mi bastón y sin *Niebla*, pues necesito valerme por mí misma. En estos tres meses he ganado mucho en seguridad y confianza. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —murmura el Vizconde, sombríamente.

El amplio comedor en penumbra, la vitrinas con cerámicas y cristalerías. Sobre la gran chimenea francesa de mármol verde oscuro, el retrato al óleo de la difunta Leticia Maldonado. La dama aparece retratada de pie, apoyando su mano derecha en una balaustrada, teniendo a su

espalda un brumoso paisaje romántico. La mirada ausente, como absorta en la íntima pesadumbre que le causaba la ceguera de su hija menor. Sonriente en la cuna, movía alegre los pequeños brazos; sin embargo, el mundo se hallaba cerrado para ella.

—Doña Leticia, don Edgar, discúlpennme, pero tengo el inexcusable deber de decirles que su hija ha nacido ciega —les dijo el médico.

La expresión de los ojos verdes de Miriam se perdía en un punto inexistente del infinito. Desdichada Vizcondesa consorte, la cual, a los cuarenta y seis años, poco tiempo después de posar para el pintor, murió a causa de un virulento linfoma. Rica heredera de una acomodada familia soriana de Medinaceli, en la alta y fría meseta, aparece en el óleo digna y majestuosa, como una reina triste. Dos años más joven que el severo y envarado Edgar Montemar, se casó con él en 1960, después de que su flamante y aristocrático prometido, que acababa de cumplir los treinta y dos, hubiera aprobado con el número uno las oposiciones a Registrador de la Propiedad, obteniendo plaza en Sava, su ciudad natal, en la jurisdicción costera de Finisterre. Capital de provincia en la que vino al mundo en la madrugada del 6 de abril de 1928, siendo el primogénito del decimooctavo Vizconde de Montemar de Agén. Hijo y nieto de marinos, su padre, el segundo Edgar de la familia, Almirante de la Armada como su progenitor, pronto hubo de renunciar al deseo de que su hijo mayor abrazara la carrera del mar a causa de su lesión de cadera. Resentido por ello tanto como su padre, Edgar se convirtió en un joven solitario y taciturno, que se vio obligado a matricularse en la Facultad de Derecho de Sava, en cuyas aulas se abismó con masoquista pasividad en la memorización de los farragosos textos legales y en los rígidos códigos, a fin de olvidar su frustrada vocación marinera. Melancolía que agravaban los pertinaces sentimientos de culpa, por no haber podido ser el continuador de las brillantes tradiciones navales de la familia. Sentimientos que se exacerbaban cuando su único hijo varón, Carlos María, indiferente

a sus deseos, optó por ingresar en la Academia de Artillería de Segovia, renunciando a las apoteosis marineras que poblaban el corazón y la mente de su padre.

—Va a llover, lo noto en mi cadera —dice Montemar, limpiando su monóculo con el pañuelo de bolsillo, mientras la silenciosa gobernanta llena su copa de vino.

Huelen a barniz reciente los antiguos muebles de caoba. De las paredes cuelgan sombríos óleos representando antiguas batallas navales. En un rincón, una armadura medieval, de vacíos ojos, sugiere una invisible presencia. El ama de llaves, uniformada con su negro traje de satén y el blanco delantal, consciente de su hegemónico papel en la mansión de los Montemar, da instrucciones a Marionna, la joven doncella, que va y viene de la cocina. A través de los ventanales, en la oscuridad de la noche de abril, llega el eco de la ronca sirena de un buque. Viajar lejos, ver el mundo. Países, gentes, las maravillas de la Naturaleza y del Arte. Conformarme con los sonidos, los olores, los contactos con la yema de los dedos. Ese lenguaje de sensaciones no visibles, sentidas como punzadas de alfiler. Mientras tanto, hablar animadamente, tratar de alegrarle un poco la vida a papá. El metálico sonido de las llaves que penden del cinturón monjil de la gobernanta. Ir después de la cena a darle las buenas noches a la pobre abuela Virtudes. Nacida en enero de 1900, dentro de seis años escasos podría llegar al siglo.

—Termínate el lenguado —le sugiere, autoritaria, el ama de llaves.

—Como usted ordene —bromea la joven.

Me quiere como si fuera su hija. Me vio nacer. Creo que fue la primera en darse cuenta de mi ceguera. A fuerza de tocarla es como si la viera. Su espesa cabellera gris. Pero ¿cómo es lo gris? Como la ceniza. Ven. Es una niña de seis años y Flora la lleva de la mano, entra con ella en la cocina. Blasa, le dice a la cocinera, saca un poco de ceniza del sumidero del fogón. Lo recuerda: sobre el plato estaba lo gris, suave, como un polvo, con otras cosas más duras, pequeñas bolas. Es como los polvos de talco. Sí, pero la ceni-

za no tiene perfume, dijo Flora. Ah, murmuró la pequeña Miriam. Las cenizas son los muertos, intervino Blasa. No hagas caso, niña, dijo la gobernanta. Miércoles de Ceniza en la parroquia de Santa Eugenia de Ortigueira: polvo somos y en polvo nos convertiremos. De rodillas, sintiendo los dedos del cura en la frente. Tocarse, olerlo. Huele a nada, huele a gris. Como el pelo de Flora, recogido en un grueso moño bajo. Su huesudo rostro muestra bajorrelieves de impassible serenidad, como si un impenetrable enigma se hallara petrificado en sus pómulos y en la incierta luz de su mirada de sexagenaria doncella. A pesar de todo, su semblante no es radicalmente severo, pues en ocasiones cruza sus facciones un hálito de bondad.

—Vamos a darle las buenas noches a la abuela —le dice a *Niebla* cuando, terminada la cena, sale de nuevo al gran vestíbulo.

Cinco pasos hasta la puerta que da acceso al corredor de los dormitorios de la planta baja. El suelo de madera, para que se deslice bien el sillón de ruedas de la anciana madre de papá Edgar. El rumor de las uñas del perro sobre el suelo, acompasado, rítmico, deteniéndose en la puerta.

—Abuela, ya estamos aquí. ¿Estás todavía levantada?

—Pase, señorita —le saluda desde el fondo de la estancia la enfermera Nuria Nicodemo.

Tantear los muebles, el fuerte olor a los desinfectantes. Sentada en su sillón de ruedas, la suave manta sobre sus flacas piernas, la abuela Virtudes alza la vidriosa mirada ausente y ve ante ella la desvaída imagen de su nieta Miriam y la sombra negra del perro. Se agita, receloso, el gato de angora sobre el sofá. Un maullido.

—Quieto, *Niebla*, deja a *Apolíner* en paz.

—No se preocupe, señorita —dice la enfermera—. ¿Quiere sentarse?

Una silla, las manos huesudas de la anciana, el beso es como un leve roce. Doña Virtudes Asenjo, viuda del segundo Edgar, casi centenaria, consumida como una pavesa, permanece sentada en el sillón de ruedas, recostada sobre



un gran almohadón de pluma, con los pies embutidos en gruesas medias de lana y zapatillas de borla morada, apoyados en un grueso cojín de terciopelo rojo.

—¿Quién eres? —balbucea—. ¿Raquel?

—No, abuela, soy Miriam.

—¿Y Raquel? ¿Dónde está mi Raquelín?

—En Londres. Sabes que mi hermana vive allí con su marido y su pequeño bebé, Arturito —le informa, con voz afable, Miriam.

—Dile que venga en seguida, que aquí me pegan —dice la anciana—. ¿Y mi nieto? —añade, preguntando por el único hijo varón de Montemar.

—En Jaca.

—¿Y eso qué es?

—Una ciudad.

—¿Y qué hace allí mi Carlos María?

—Cumple con su deber como capitán.

—¿Capitán? ¿Y se casó ya? ¿Tiene hijos?

—No, Carlos está soltero como yo.

—¿Tú? ¿Mi enfermera?

—No, abuela. Tu enfermera es Nuria.

—Estoy aquí, señora —dice la aludida, apoyando sus manos en el respaldo del sillón.

Nuria es una mujer de unos cuarenta años, de pequeña estatura, con uniforme azul y blanco, la cofia sobre el pelo rubio teñido, las medias blancas, los zuecos sanitarios, el fonendoscopio asomando por el bolsillo de su bata. Pobre abuela, acariciándole el arrugado rostro con la mano. Decrépita ancianidad de la que, remota, emerge un leve resto de femenina belleza. Los ojos grises, con el cerco blanquecino de la próxima muerte, los arrugados labios, la boca desdentada. Su perfil, neto al contraluz de la lámpara encendida sobre la mesilla de noche, junto al lecho abierto, sugiere los rasgos armoniosos de antaño, las líneas célticas del óvalo de su rostro, la delicada barbilla, la arrugada conformación de su cuello, protegido piadosamente por una cinta de seda negra. Sobre el sofá de almohadones, el perezoso gato *Apoliner* observa la escena con fría mirada.

Doña Virtudes exhala un suspiro triste y lánguido, hueco, como un amortiguado lamento.

—Dime, hijita, ¿es cierto que has recuperado milagrosamente la vista? —pregunta, inopinadamente, la anciana.

—Sí, abuela, es verdad —miente Miriam, con una sonrisa triste dibujándose en su rostro.

Un tembloroso escalofrío recorre el cuerpo de doña Virtudes. Sus dedos, torpes y anquilosados por la artritis, cogen la medalla de la Virgen del Perpetuo Socorro que pende de una cadena alrededor de su cuello y la besa con vacilante fervor.

—**TRÍO** de ases —dice la viuda Lupino, mostrando sus cartas sobre el tapete púrpura.

Calavera tragicómica, mirada cruel, mueca empolvada, *rimmel* de *clown* de circo, *rouge* fosforescente en los labios marchitos.

—*Full* de jotas nuevas —ganguea el travesti Eduarda, amanerado y azul, enseñando los naipes en abanico.

—Yo no tengo más que una jodida mierda —murmuro.

—Póker de ases —grazna, satisfecho, el teniente de carabineros, enseñando su diente de oro y los cuatro corazonces.

Bajo la pringosa lámpara de flecos somos momias. Lupino, la viuda, a la que custodia a su espalda el matón Sinelabe, teñido y con gomina, chulo del cabaret que la momia posee en el otro extremo de la ciudad, muestra en el claroscuro del antro su semblante de mujer fatal. Alta y delgada, recompuesta de maquillajes y joyas de precio, luce esta noche el peinado piramidal que ella denomina *Nefertiti*, mientras fuma en boquilla de marfil cigarrillos de papel dorado. Enamorada del lumpen de los suburbios, prefiere las partidas de naipes en los cuchitriles del puerto a frecuentar el Casino o las partidas aristocráticas del Barrio Alto.

—Me va lo plebeyo —suele decir.

Entaconada y demoníaca, sus afilados dedos, de largas uñas esmaltadas de plata, evidencian el subyacente esqueleto, sugiriendo el macabro espectáculo post-mortem de tibias y calaveras. Alvarez, el teniente de carabineros, ojoso y pálido, de expresión anémica y viciosa, de manchados dedos de nicotina, sugiere la crápula más abyecta, mientras recoge el dinero con avidez de tahúr.

—Esta noche está usted de suerte, mi general —dice, burlón, el travesti.

—Desafortunado en amores —sentencia la viuda.

—Será porque él quiere —se insinúa Eduarda—. De

sobra sabe el teniente que le amo. Me trastornan los militares y me excita cantidades ese olor rancio a cuartel.

Nos envuelve una espesa atmósfera envenenada por el humo de los cigarrillos. Nos rodean las paredes agrietadas de la mansarda del *Bar Clotilde*, en el muelle de poniente del puerto de pescadores, frente a los astilleros de la Dársena Sur. Pobre y sórdido arrabal iluminado por los enfermizos destellos de las farolas de rotos cristales. Arrecia la lluvia afuera, tose el teniente, escupe con disimulo una flema rosada en el amarillento pañuelo repugnante, compruebo que estoy sin blanca.

—Préstame algo, doña Lupino —le pido a la viuda.

No valgo nada, lo sé. Arrastrándome por este barrizal de tréboles de baraja siento que me aniquilan los descartes de la maldita suerte.

—¿Cuánto necesitas? —pregunta la momia, mirándome con sus ojos de drama.

—Quince mil.

—Toma —dice ella, alargándome tres billetes de cinco—. Pero sabes que con estas quince me debes ya ciento cincuenta mil.

—A primeros te lo devuelvo todo y en paz —murmuro, desabrido.

Mientras hablamos baraja el teniente y Eduarda llena las copas. Retumba el aguacero sobre los tejados de las casas miserables, de donde la vida cuelga como una telaraña. Es madrugada y la cabeza me duele. Se insinúa frente a mí el travesti máscara, mostrándome sus senos de silicona emergiendo del traje escotado, los hombros huesudos, el echarpe deshilachado, la melena de peluquín que apesta a trementina. Luce este híbrido despojo en la garganta, alrededor de la nuez de descargador de muelle, un collar de bisutería y cubre sus manos y sus brazos con largos guantes de terciopelo. Dos horas después lo he perdido todo. Las treinta mil que traje, el préstamo de la viuda, mi reloj *Longines* de oro, y otras veinte del mirón Estanislao, que subió del bar a las cuatro de la madrugada. Obeso e hidrópico, el tendero de ultramarinos prefiere el *bingo*,

pero, muchas veces, viene a la buhardilla a que jueguen otros por él.

—Yo no juego, yo invierto —dice—. Aunque esta noche tú has sido para mí un caballo perdedor —me reprocha, después de que le firme un papel que él llama «pagaré»—. Pon tu nombre bien claro con mayúsculas, y no olvides el número de tu carnet de identidad —añade el mercader.

*Armand Zaldívar*, escribo. Débil caricatura del hombre que un día quise ser. ¿Por qué razón no soy capaz de liberarme de este estúpido vicio de la baraja? A nuestro hijo le bautizamos Armand, como si fuera un personaje de novela francesa, por expreso deseo de su padre, siempre amigo de lo exótico, suele decir mamá Rosa. Ojos saltones, gesticulante, católica, apostólica y romana, amiga de novenarios, víacrucis y procesiones. Antítesis de papá Ismael, librepensador y republicano, agnóstico y apasionado amante de la Literatura, ese otro *vicio* —como lo llama mamá— que me inoculó desde que yo era un niño de doce años, cuando me arrebató de las manos una novela del *far-west* y me dio a cambio *Los hermanos Karamazov*, de Dostoyevsky.

—Toma —me dijo—. Si quieres leer novelas, lee de verdad, y no pierdas el tiempo con esas banalidades.

—Eso que haces no es pedagógico —intervino mi madre—. Y, además, es pecado. Recuerdo que ese autor nos lo tenían prohibido por pernicioso para la mente cuando yo era una jovencita.

Las novelas son mentira, secan el cerebro, como le sucedió al desdichado don Quijote. Has perdido el tiempo al estudiar Filosofía y Letras, me recuerda mamá. ¿Para qué me sirve un título tan rimbombante? Para hacer cátedras, replica mi padre, lo que sucede es que nuestro hijo es un vago. Oírlo desde mi cuarto, mientras ellos discuten en el pequeño comedor. Aparador y trincherero, mesa redonda con faldillas, lámpara de chupones de cristal, en una de las paredes una *Santa Cena* enmarcada. Jesucristo y los apóstoles con expresiones de bobalicones. Judas no, el discípulo traidor tiene cara de demonio, la bolsa con las monedas en la mano.

—Mejor habría sido que hubieras estudiado ingeniería o arquitectura —dice mi madre.

Informático por correspondencia. Al fin he ganado las oposiciones a esa plaza miserable de auxiliar administrativo en la Comandancia de Marina. Y, sin embargo, papá confiaba en mí. Algún día serás catedrático de Literatura en un Instituto de Secundaria. O mismamente en la Universidad, ¿por qué no? Hijo único, a mis veintinueve años siento dentro de mí el fracaso de una existencia absurda y sin sentido. Con nocturnidad y alevosía, con suicida premeditación, me hundí en el cenagal de los naipes, en ese brebaje pestilente de la ginebra con Coca-Cola y en la sucia vagina de las prostitutas. Me rodean fantasmas, veo visiones. En mi delirio se me aparece el espectro de papá Voltaire, don Ismael Zaldívar, honrado bibliotecario de la Diputación Provincial, siempre vestido con su raído guardapolvo gris, los lentes de plata sobre el extremo de la nariz, en la mirada de ratón un destello de inteligencia enfermiza, maniatada por el triple tópicos de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Visionario e iluso, asiste todos los viernes por la tarde a una tertulia de *intelectuales* en el sucio y destartalado Café Comercial del Paseo de la Concordia, frente a la estatua de Colón, otro sonámbulo como ellos. Allí discuten de política, investigan el sexo de los ángeles, sueñan con el día remoto del advenimiento de la III República. Su calavera calva, con un vestigio de pelo gris sobre las orejas. Me recuerda a Gepetto, el personaje de *Pinocho*, la obra de Walt Disney. Las preocupaciones le doblan un poco la espalda. Lleva puestos los zapatos comprados en las últimas rebajas. Para mamá es el clásico tipo vencido, con la mente infestada de personajes y argumentos de novelas, y sin ningún sentido práctico de la vida. Ilusorio y especulativo, cree en lo que él llama *verdades del espíritu* y, a veces, se me antoja también una momia como la viuda Lupino, el travesti Eduarda o el teniente de carabineros. Sin embargo, apegado a sus libros, él me inculcó el amor a la poesía y a las fábulas de las obras de ficción, ese otro mundo imaginario donde me pierdo,

huyendo de esta gris realidad. Escapar, sumergirme en la cómoda historia inventada de otros seres humanos. Papá en la noche, sentado en la mesa de camilla, leyendo a la luz del flexo a sus autores predilectos, Víctor Hugo, Zola, Dickens, Dostoyevsky. Yo, jugando al póker con los espectros del lumpen en el *Bar Clotilde*. Mamá durmiendo en el lecho conyugal, con sus bigudíes puestos bajo la redecilla, el rosario de Jerusalén entre los dedos, soñando con la nada.

—No puedo comprender cómo pude enamorarme de una beata —le recrimina muchas veces Zaldívar.

—Ni yo entiendo que me atreviera a casarme con un ateo —replica ella.

—Yo no soy ateo, yo creo en un Ser Supremo —se defiende el bibliotecario.

—Tú no crees en nada, tú sueñas, vives en una nube. Así nos va —le zahiere doña Rosa.

Creer en la vida del espíritu no es conveniente. Es malo permanecer como una libélula encerrado en una campana de cristal. Horrible buscar los cuatro ases de la baraja y encontrar el vacío de las cinco cartas diferentes. Apostar de *farol*, perderlo todo, embriagarse con el espejismo de una imposible escalera de color.

—Estás borracho —me advierte el travesti—. Iré contigo, no vayan a violarte.

Completamente ebrio, bajo con Eduarda la escalera del antro y abandonamos con las primeras luces del amanecer la amplia sala con espejos del *Bar Clotilde*, cuyo anuncio de neón todavía se enciende y apaga sobre la puerta giratoria. En el local quedan los últimos fantasmas: pingajos de mujeres, ramerías del puerto, desecho y carroña, espectrales borrachos apoyados en las farolas de mortecina luz amarillenta. Viajan sin rumbo algunos marineros americanos del *Philadelphia*, el petrolero tenebroso y fantasmal que, en el centro de la bahía, parece dormitar como una enorme ballena. Sombras de mirada febril, seres a la deriva, nautas anónimos, eso es lo que somos, me digo a mí mismo, apoyándome en el travesti, mientras camino

sobre los sucios charcos donde se reflejan las afiladas pupilas de los gatos luciferinos que rondan por los tejados. Más allá, los perfiles equívocos de las grúas y los contenedores de mercancías, los camiones gigantes alineados frente al muelle, petrificados como monstruosos dinosaurios en la tenue claridad de la noche que se desvanece. Y al fondo, la Lonja del Pescado, todavía sin vida, ante cuyo edificio deambulan oscuros esbozos de hombres que arrastran silenciosos carros con barras de hielo. Un perro ladra en una esquina; en la tapia, un cartel de boxeo anuncia un combate estelar.

—Déjame ya, puedo ir yo solo —le digo al travesti.

—No puedo dejarte así, ¿no comprendes que serías pasto de las aves carroñeras del puerto? —protesta él, en tono humanitario—. ¿Dónde vives, monín?

—En el Barrio Bajo, detrás del Mercado —digo—. ¿Tienes coche?

—Qué más quisiera yo —se lamenta, con un suspiro, Eduarda—. A mí me llevan los clientes en sus automóviles, pero esta noche estoy *fané y descangallado*, como dice el tango argentino ¿Te gustan los tangos?

Comenzaba de nuevo a llover y Eduarda, renqueante y ondulándose al caminar, con su traje largo de lentejuelas, trataba de protegerse de la lluvia con el bolso de plástico que imita la piel del cocodrilo. Desteñidos cabellos grises bajo la peluca de fibra *made in Korea*, ojos glaucos, pringue de maquillaje que deshace la lluvia, el raído echarpe calado sobre los hombros. La ciudad comienza a despertar. Por las callejuelas surgen sombras, los faros de algún camión del reparto, los primeros obreros camino del Astillero, el humo de las chimeneas en el cielo cubierto de nubes.

—¡Maldita sea, al fin llegamos! —exclama Eduarda ante el portal de mi casa, en el Callejón de Mulcento, sacudiéndose el agua y el barro en el oscuro zaguán.

Ruinoso vestíbulo iluminado por la polvorienta lámpara de globo que cuelga del techo. Al fondo, la escalera de madera de ruidosos escalones devorados por la lejía.



—¿Estás mejor? —me pregunta el travesti, secándose el rostro mojado con el pañuelo.

—Sí, gracias por acompañarme.

—Tranquilo. Por cierto, ¿Armand es tu nombre fetén?

—Sí.

—Mi verdadero nombre es Rodolfo, que es el que usaba antes, cuando trabajaba de fontanero. Pero después me operé la voz con un superespecialista y decidí llamarme Eduarda. Por el día suelo dormir y por la noche trabajo de puta. ¿Me entiendes? —dice él.

—Por supuesto —digo, sintiendo otra vez náuseas y ganas de orinar—. En fin, yo me largo.

—¡Oye tú, guapo de cara, no te quedes conmigo! —exclama Eduarda—. ¿Acaso te he propuesto que me lleves a la cama? ¡Esas prisas me ofenden!

La luz enferma del amanecer penetra por la ventana sin cristal del rellano del piso primero, desde donde puede verse el siniestro y viejo edificio del Mercado de Abastos, el dédalo de callejuelas del Barrio Bajo, la pétrea y ennegrecida fachada de la iglesia de Santa Gemma y los bloques de casas baratas de la Cooperativa del Ferrocarril. Detenidos en el rellano, Eduarda empuja con su enguantada mano de garfio el pecho de Zaldívar, arrinconándole junto a la puerta con la placa dorada del Sagrado Corazón de Jesús, abrillantada cada día por las manos de doña Rosa.

—Bésame en los labios... —suplica con un temblor en la voz—. Me gustas... Te haré gratis lo que sea. Déjame entrar contigo...

Ensangrentado corazón de Jesucristo atravesado por puñales.

—Bésame, anda, encanto... —insiste el travesti en un susurro áspero y autoritario de su voz aguardentosa, aproximando a los labios de Zaldívar la boca pintarrajeada.

Arrecia otra vez la lluvia cuando Eduarda, con un gesto rápido, saca de algún lugar de su cuerpo una enorme navaja de muelles que produce un enérgico chasquido metálico al abrirse.

—¡Vamos, tío, no seas tan estrecho! —ordena súbitamente, imperativo—. ¡Esto que sientes en el hígado es un cuchillo! ¡Vamos, hijo de puta, hazme una desgraciada...!

Miseria del mortal, melodrama de fantoches, pantomima fúnebre. «¿Quién, si yo gritase, me oiría desde los órdenes angélicos? Y suponiendo que un Ángel me cogiese de repente contra su corazón, seguro que me aniquilaría por ser más fuerte que yo... Porque lo bello no es más que el comienzo de lo terrible...» En el recuerdo un poema de Rainer María Rilke. En resumen: atemorizado por la navaja, pienso me acuchilla el hígado, me desangro en el rellano de la escalera. Mamá abre la puerta y me ve muerto inmisericorde. Y siento pavor, dejando que me acaricie contra la pared mientras me amenaza con matarme. Por la ventana sin cristal veo el sucio patio interior de la casa, lleno de cuerdas con ropa tendida bajo la lluvia. Después, cuando Eduarda se da por satisfecho, huye por la escalera. Dolor en el estómago. Introducir con mano temblorosa el llavín en la cerradura de la puerta mientras siento náusea y vómito. Son las cinco de la madrugada cuando atravieso, procurando no hacer ruido, el corredor de linóleo que imita *parquet* de madera. Muy práctico y mucho más económico en opinión de papá, rata de archivo. Una tos de mi madre al pasar por delante de la puerta de su dormitorio conyugal advirtiéndome que estoy despierta, hijo mío, no puedo conciliar el sueño hasta que sé que estás en casa. Mi vida es peligrosa, pues ando en *malos pasos* según ella. Lo ve en mi cara. Ojeras, palidez, falta de horas de sueño. Y, además, el tabaco. ¿Es que no oigo la televisión? Ayer hubo un programa sobre el cáncer de pulmón. Fatal la unión alcohol nicotina. Papá, ya ves, nunca se puso un cigarrillo entre los labios. Él tampoco sintió la punta de la navaja de muelles del travesti clavada en el hígado, mientras Eduarda le acariciaba convulso entre las piernas.

—¡Miau! —oye.

Es el gato *Marx*, en el recodo del pasillo, arqueando el lomo y estirándose como un sibarita. Sus ojos acerados,

con el reflejo de la luz del farol de la calle, que penetra a través de los cristales del balcón de la sala de estar, muestran las afiladas pupilas dilatándose en la penumbra. Odiar al felino arrodillado en el suelo del cuarto de baño, las manos apoyadas en la taza del retrete. Hundir la cabeza en el inodoro. Vomitando mientras las paredes giran a mi alrededor.



EL ventanal, la lluvia, el gran salón, el perro *Niebla* echado sobre la alfombra. En el teclado del piano las manos, en el aire una mazurca de Chopin, su músico preferido. Esta mañana del sábado vino Presen, la manicura. Elogios a mis manos de marfil, mientras Mariona limpiaba el polvo de mi dormitorio. Advertirle una vez más que no me cambie las cosas de sitio.

—Pero si no lo hago, señorita —protestó.

Susurraba una canción, feliz con su novio, el empleado de Correos. Se casarán pronto. Quiere que yo sea la madrina. Presen contándome el argumento de una telenovela que ve. La protagonista es una rica heredera de Venezuela, secuestrada por una banda de asesinos. La manicura huele a melocotón, es joven, los dedos de largas uñas, su respiración y a veces el roce de sus rodillas en las mías, sentada en un taburete.

—Miriam, te llama Marielvi —me dijo Flora, trayéndome el teléfono portátil.

Mi amiga íntima. Dos años mayor que yo. Soltera y sin compromiso. Vidente. Si quieres, mañana quedamos con Chon en el *Iruña* por la tarde y después nos vamos al cine a ver la nueva versión de *Cumbres Borrascosas*.

—Me parece bien —dije.

Decoran las estanterías del salón, repletas de libros, figuras de plata y cerámica, colecciones de retratos de la familia. Los libros de gruesos lomos de piel, la yema de mis dedos tocándolos, sus páginas llenas de historias. Nunca podré leerlos. A veces, Flora me lee alguna novela; limitarme a las ediciones que traigo de Santa Lucía. Selva oscura es para mí la biblioteca de papá, mi mayor frustración. Abrir los libros, olerlos, adivinarlos. En ocasiones, mi hermana me envía de Inglaterra discos con fragmentos de obras literarias, que un actor lee en inglés. Poemas de Keats, *Hamlet* y *Macbeth* de Shakespeare. En un marco ovalado, Raquel y su esposo, Adalberto, diplomático, po-

sando sonrientes en el jardín de su preciosa casa a las afueras de Londres. En vano, tocando el cristal, sintiendo su fría pureza, puedo saber cómo es la sonrisa de mi hermana. ¿Te ha besado ya Berto?, le preguntaba al principio de su noviazgo. No seas impertinente, me decía. Después, una noche, acostadas cada una en nuestra cama de la habitación que usamos las dos hasta que ella se casó, me dijo cómo eran los besos de amor, lo que se sentía.

—No puedo imaginármelo —dije.

¿Me enamoraría yo alguna vez? ¿Experimentaría esa sensación dulce y embriagadora de la que hablaba mi hermana? Yo sabía lo que era el beso, pues a los doce años, en Santa Lucía, un compañero, invidente parcial, que se llamaba Mingorance, me besó detrás de la tramoya del *guignol*, durante la fiesta de Reyes Magos que dimos a los alumnos pequeños. En las caderas sus manos, acariciándome. Me volví como atraída por un imán. No me molestaba. Era una sensación nueva, sensual. Después sentí sus labios sobre los míos, tímidos, fugaces. Éso fue todo. No era el amor.

—¿Verdad, Raquel? —le pregunté a mi hermana.

—Claro que no. El amor es algo irresistible. Sin la persona amada no puedes vivir.

—¿Y tú crees que alguien sentirá por mí lo mismo que por ti siente Berto?

—Por supuesto —dijo ella—. Ya lo verás. Te imagino casada y con muchos hijos —añadió.

—¿Y serán ciegos como yo?

—Sabes que no tiene nada que ver tu ceguera con tu descendencia. Te lo han dicho los médicos. ¿Por qué te atormentas con esas ideas? —se enfadó Raquel.

—Quisiera ser madre algún día —murmuré.

En muchos momentos siento nostalgia de mi hermana. Inseparables, buena conmigo. A todas partes juntas, protegiéndome. Seis años mayor que yo. Este año ha cumplido treinta y dos y ha tenido su primer hijo, un niño, al que han bautizado con el nombre de Arturo Jorge.

—Toma, Miriam, cógelo en tus brazos —me dijo Ra-

quel, cuando fui a verla al hospital de Sava, donde dio a luz en enero.

Olor a bebé perfumado, lactante. Percibir la ternura de aquel cuerpo pequeño y delicado. Sentí miedo, como si pudiera caérseme de los brazos. En otro portarretratos mi hermano Carlos, vestido con el flamante uniforme de capitán de Artillería. Apuesto y atlético, enmarcado en plata, el artillero Montemar muestra su juvenil expresión, al tiempo que se apoya en un sable de gala y observa a la cámara con desvaída mirada. Soltero y muy independiente, mi hermano me llama con frecuencia por teléfono, emplazándome a realizar fantásticos viajes en su compañía.

—Este verano iremos a recorrer las estepas del Asia Central, y buscaremos el espíritu errante del compositor Borodin, el músico que hizo célebres aquellos remotos confines —me dijo la última vez que me llamó—. O, si lo prefieres, nos iremos a la estrella Sirio.

«*En Sirio hay niños*», dijo Federico García Lorca en un brevísimo poema de cuatro palabras que tituló *Cometa*. Nostalgia de nuestro pasado infantil. Rememorar la niñez. En la pared del cuarto de costura cercano a la cocina están nuestras señales. Tantear el muro hasta encontrar las marcas que hicimos de niños. Ésta es Raquel, que tenía entonces doce años. Su raya está a la altura del picaporte de la ventana. Esta otra raya es de Carlos, la más alta. Tenía diez años, el pelo ensortijado, y su línea rozaba el marco de una litografía de la Torre de Pisa. La señal de Miriam, que acababa de cumplir los seis años, coincidía con el borde superior de la piedra de mármol que cubre el radiador de la calefacción. Mamá todavía vivía y durante el verano venían a Sava la tía Desdémona, su única hermana; sus hijos, Pablo y Belén, y su marido, el tío Wenceslao, dentista en Lugo, el cual lo primero que hacía al llegar era alinearnos para comprobar si teníamos caries. Lejanos días en la playa con mis hermanos y mis primos, descubriendo cosas y sensaciones insólitas.

—¿Y no ves nada? ¿Nada absolutamente? —me preguntaba mi primo.

—¡No! —contestaba yo con laconismo.

Recuerdo su voz impertinente, su cuerpo delgado y escurridizo dentro del agua. De la misma edad que Carlos, él me enseñó a nadar, sosteniéndome con las palmas de las manos. En la orilla papá, don Edgar, sentado en su hamaca, leyendo el periódico, como un personaje de Thomas Mann en *Muerte en Venecia*. La abuela Virtudes a veces bajaba hasta el Paseo Marítimo, acompañada del chófer, Carmelo, que entonces era todavía joven, y observaba con sus prismáticos sentada bajo el parasol del Bar *La Pérgola*.

—Ten mucho cuidado —me decía, especialmente preocupada por mí—. El mar es traidor.

Como un león rugiente lo sentimos en invierno, cuando la galerna azota los abruptos acantilados y se producen los trágicos naufragios en esta Costa de la Muerte. Flotando en el océano, a la deriva, boca arriba sobre las aguas, con los brazos extendidos.

—Hazte la muerta —me decía Pablo—. No tengas miedo.

A veces, en el jardín, jugábamos todos a ser ciegos y ellos cerraban los ojos, mientras yo los dejaba abiertos.

—Eso no vale —dijo un día mi prima Belén, que era algo tonta—. Tú, Miriam, también tienes que cerrarlos.

—¡Basta! —gritó mi hermana, enfadándose—. Jugaremos a otra cosa.

—¿Por qué? —insistió mi prima.

—Porque puede castigarnos Dios y quedarnos todos ciegos —dijo Raquel.

Aquella frase me hizo daño y unos días más tarde le pregunté a mamá si el que yo fuera ciega era un castigo divino.

—¿De dónde has sacado esa idea absurda? —se extrañó ella.

—No sé —murmuré, sin poder contener las lágrimas.

—Vamos, ven conmigo —dijo mi madre, consolándome con tiernas palabras, sentándome sobre sus rodillas y besándome varias veces muy fuerte.

Durante los primeros años de mi infancia muchos fue-



ron los médicos que examinaron mis ojos. Multitud de veces me hicieron radiografías, análisis y pruebas. Era como llamar a una puerta cerrada o gritar en el desierto. Finalmente, papá guardó en su despacho los informes de los médicos y se resignó a considerar que mi ceguera era incurable. Al parecer, mi carencia de vista se debe, con bastante probabilidad, a lo que los científicos denominan *neuritis retrobulbar idiopática*, enfermedad de origen desconocido cuyo resultado fatal es la atrofia de la llamada *papila óptica*.

—¿Y cuál pudo ser la causa de que contrajera esa enfermedad antes de nacer? —me atreví a preguntarle al oftalmólogo con el que, periódicamente, paso consulta.

—Es posible que tu madre se viera afectada durante el embarazo por una extraña bacteria, produciéndose lo que los especialistas denominamos *toxoplasmosis* —dijo el médico.

A partir de entonces atravesé una etapa de insaciable curiosidad por el fenómeno de la ceguera y con la ayuda de Bernabé Rus, el bibliotecario de la Institución para Ciegos Santa Lucía, donde estudié como externa desde los ocho años y en el que hice primero el Bachillerato y después mis estudios de música y piano, tuve ocasión de leer por el sistema Braille muchas cosas sobre mi enfermedad. Supe entonces, produciéndome honda tristeza, que la ceguera era uno de los castigos que los griegos antiguos imponían a los adúlteros y a los profanadores de las cosas sagradas. En otros países, como en Alemania, se les quemaban los ojos a los que juraban en falso, a los traidores y a los falsificadores de moneda. Sueños terribles. Alguien me abrasaba los ojos con un hierro candente y, sorprendentemente, yo recuperaba la vista. Y gritaba ¡veo, veo! Pero, en realidad, no veía nada; todo permanecía en tinieblas y, como siempre, tenía que recurrir a tocar las cosas, a escuchar, a sentir a través del aire. En Santa Lucía asistía a conferencias, preguntaba a los profesores, indagaba sin descanso, poseída por un dramático afán de saber y de hallar alguna luz para mis tinieblas. Pero todo fue en

vano. Ni siquiera el milagro era posible. Recuerdo los años de mi adolescencia, cuando me abracé a la religión como un náufrago al madero. Coleccioné decepciones, angustias, llanto y terribles momentos de desesperación. ¿Por qué yo?, le preguntaba a Dios desde mi oscuridad, mientras paseaba incansable por la playa. Sólo me consolaba la música, a la que me inició mamá desde que cumplí los seis años. Ella me enseñó el solfeo y, sentada a su lado ante el piano, aprendí a pulsar las notas en el teclado, cuyos sonidos, que yo poco a poco descubría, iban iluminando con fascinantes resplandores mi monótona oscuridad.

—No desesperes —me decía don José, el antiguo director ciego del coro de Santa Lucía, en el que yo actuaba como soprano; ambos solíamos pasear al terminar los ensayos por el gran jardín de la Institución, él aprovechaba para darme ánimos, pues sabía que por entonces mi espíritu vacilaba. Muchas veces me sorprendió llorando en el aula de música cuando, después de las clases, yo me quedaba un rato más a ensayar mis lecciones en el piano.

—¿Hay alguien ahí? —preguntaba, y enseguida añadía—. ¿Eres tú, Miriam?

Recuerdo los pasos lentos y pesados de aquel anciano profesor, ya fallecido, arrastrando los pies sobre el entarimado del suelo, sus manos apoyándose en mis hombros.

**CERRAR** la puerta, echarme sobre la cama adosada a la pared. Es una habitación estrecha y larga, como un ataúd o un tranvía. En ella vegeto como un cadáver o viajó a ninguna parte, como un pasajero del *tranvía ovárico*, la fantasmagoría novelesca de Henry Miller, el enloquecido autor de *Trópico de Capricornio*. Las paredes con *posters* giran, dan vueltas a mi alrededor. La hierática *Giovanna Tornabuoni*, de Domenico Ghirlandaio, parece observar desde su litografía clavada en el muro a *La Sigaretta*, de Amieto dalla Costa, y a la joven protagonista del cuadro de Hopper *Habitación de Hotel*. Mundo de imágenes, cárcel de cristal, guarida de un fracasado llamado Armand Zaldívar. Este soy yo, ése del espejo del armario. Uno ochenta de estatura, raza caucásica, piel blanca, la corbata floja, la camisa saliéndose sobre los pantalones caídos, la americana arrugada, los zapatos sucios de barro. ¿Y el rostro? El rostro es alargado, la mirada febril, el pelo liso, peinado con raya al lado izquierdo, un mechón bohemio sobre la frente. Estoy pálido y siento otra vez náuseas. Vomitar me ayudaría, los dedos en la boca, apretándome la lengua. Esa viscosa miseria pestilente. Abrir la ventana, el cielo gris, la lluvia. El reloj del Mercado de Abastos da seis campanadas afónicas, antiguas; oigo rumor de carromatos, voces de asentadores, caos de claxons. Mi ventana, sin embargo, da al patio interior de la casa, a mi oscuro corazón deshabitado.

—Hijo, creo que necesitas enamorarte —suele decirme la pobre mamá Rosa—. El amor suavizaría tu espíritu, te liberaría de esa tensión que veo en tus ojos.

¡Ah, el amor de ella! Verla, buscarla. Echado sobre la cama de abombado somier vuelvo a sentir náuseas otra vez, el rostro espectral de la viuda Lupino, su matón Sine-labe amenazándome.

—Las deudas de juego son sagradas —advirtió el guardaespaldas al terminar la partida—. ¿Comprende usted?

—Sí —murmuro.

—¿No querrá que le raje? —insistió el gángster.

—Déjale ya —intervino la viuda—. Armand es buen chico y nos pagará a primeros de mes. ¿Verdad, cielo?

—Por supuesto.

Vomitara otra vez me ayudaría, limpiar totalmente mi alcantarilla interior, las ratas de agua de mi alma. El mareo al levantarse de la cama, el techo abajo, con la lámpara de globo creciendo como un árbol, el suelo inclinándose hacia arriba. Abrir la puerta y arrastrarse por el sombrío corredor hasta el retrete del fondo, en la galería acristalada con mecedoras, las jaulas con los canarios-flauta, los cristales empañados, llueve otra vez con fuerza. Arrodillado ante la taza del *water* ve su rostro desfigurado en el agua del sumidero. Realmente soy cloaca, intestino y estómago; un amargor repugnante persiste cuando, a su espalda, oye la voz de víctima de mamá Rosa. Está en bata, los bigudíes, la palidez del rostro.

—Hijo mío, estás arruinando tu vida —murmura, en dramática referencia al alcohol, al tabaco, al juego de cartas, a la vida nocturna de su hijo.

Media hora más tarde, agotado por el esfuerzo del vómito, Armand se ha hundido en un pesado sueño poblado con figuras de baraja, con corazones y tréboles, suicidas de casinos de juego. Se ha visto a sí mismo, en el amanecer frío y lluvioso de una playa solitaria, disparándose un pistoletazo en la sien, abrumado por las deudas. Sonámbulo, se levantó a las ocho de la mañana y se introdujo en la ducha del cuarto de baño. La cortinilla de plástico decorada con flores imposibles. Helarme, maldita sea. Agua semifría del hogar dulce hogar de mierda. Irme lejos, pero ¿a dónde? Dentro de unos meses cumpliré treinta años y todavía no he conseguido superar esas miserables ciento veinte mil pesetas de sueldo mensual. El sobre amarillo de la Comandancia, mi nombre escrito: Zaldívar, Armand, alias fracasado, ciento veinte mil treinta y tres. La ventanilla humillante de la Habilitación, el funcionario acartonado febril buscándome en el cajón de los sobres, mojándose el

dedo pulgar con saliva y encima sonriéndome como si me hubiera tocado la Lotería.

—Aquí estás —dice.

Embalsamado en mi ataúd de miseria, firmando la nómina, abriendo el sobre por el pasillo, las monedas. Una de veinticinco, otra de cinco, tres pesetas diminutas, que arrojo con asco y rabia. Con este salario es imposible pagar el alquiler de un pequeño apartamento, la luz, el gas, el teléfono, la alimentación, comprarme ropa, ilusorio pensar en un modesto automóvil utilitario. Vivir con los papás eternamente mientras desciendo por la escalera ruidosa de inclinados escalones de madera hasta el portal. La cabrona lluvia persistente, sin paraguas, la cazadora de cuero marrón, la calle estrecha, ese aroma a hortalizas podridas que llega del mercado por encima de los tejados laberínticos. Empujar la puerta del *Café Universal* en la esquina. Peste de parroquianos alineados ante el mostrador, pisando las virutas de serrín por la lluvia, el olor a café con leche, los *croissants*.

—Un café solo, por favor.

Me rodean tostadas con mantequilla y mermelada, la cajera gorda en su diminuto habitáculo, los platillos con las monedas del cambio, el televisor encendido sobre el armario de Coca-Cola. Fugaz, un instante, me hiere el corazón deshabitado el rostro de ella, su figura vacilante caminando con el bastón, otras veces con su perro negro. Averiguar su nombre, abordarla un día, cuando pasea por la playa.

—Señorita, *perdone que la moleste*.

Asustarla repentinamente, tal vez el perro ladraría antes, no me permitiría acercarme. Fornido, quizá agresivo, morderme sería ridículo. O mejor silbar antes aproximándome, para hacerme notar. Después un comentario inane.

—*Magnífico día, ¿verdad?*

Necesario entonces un día de sol, pero ¿cuándo en esta condenada región lluviosa? Amargor en la boca por el café, me escuece la lengua de tantos cigarrillos. Todo un fin de semana clavado ante la mesa de juego.

—*Permítame que me presente. Me llamo Armand y soy licenciado en Filosofía y Letras, aunque temporalmente me vea obligado a ganarme miserablemente la vida como informático.*

No soy digno de ella, de su gran palacete de piedra, el enorme jardín, las veletas que representan bergantines.

—*¿Es usted francés?*

—*No, el llamarme Armand fue un capricho de mi padre, que es un afrancesado y un entusiasta de la liberté, de la fraternité y de la égalité.*

Todo en ella me gusta, incluso su ceguera. No verme, no percibir esa viciosa decadencia prematura que, sin duda, se refleja en mis ojos. El lapicero sobre la oreja del *barman*, mi primer cigarrillo encendido con la cerilla temblorosa, dedos cadavéricos, alargados, de pianista, manchados de nicotina el índice y el pulgar, tampoco lo verá, sólo tocarlos. El primer impacto en el pecho de la bocanada de humo.

—*¿Es usted la que toca el piano?*

—*Sí, ¿por qué me lo pregunta?*

—*A veces paso cerca de su casa y a través de los ventanales oigo un piano.*

Esa vacilación del intérprete, las pausas, volver a empezar, como si ensayara. Otras veces, la música surge espléndida, perfectamente acabada. ¿Estoy enamorándome de ella o es simplemente una fascinación? Cuando la veo caminando con su perro por la inmensa playa que se pierde hasta los arrecifes, su pañuelo rojo al viento, la serenidad de la escena, me recuerda una película que vi hace tiempo y cuyo título era *La hija de Ryan*. Un paisaje irlandés, muy semejante al nuestro, el mar batiendo los acantilados y los arrecifes, esa espuma blanca y ese polvo de agua como una niebla. Abandonar el *Café Universal*, su suelo de virutas, las voces de los parroquianos, las muecas y las sombras. Huele a berza al salir a la calle, el callejón, las gruesas gotas de lluvia cayendo de los bordes de los tejados, doblar la esquina en dirección a la parada del autobús, los pies fríos. «*Escolapios-Arsenal*», dice el cartel so-

bre el parabrisas del ómnibus. Lunes primaveral, bajas presiones, una borrasca cubre las escarpadas costas de Finisterre, ensombreciéndolo todo con su manto gris plomizo. El alma también, el sentimentalismo sensual de la carne. Empujones en el autobús atestado de viajeros, los paraguas, señoritas pintadas, secretarias, cajeras, dependientas, tufo de perfumes, lacas de uñas, maquillajes, dientes blancos. Una nueva generación de damiselas *made in Hollywood*, las películas y sus astros, el amor libre, la independencia social de la mujer. Y, sin embargo, todavía engendran en su matriz, son esclavas del hogar y de los machos cabríos. Los maridos exigentes. Excepciones. Pensar en el feble papá Ismael, siempre en las nubes. No obstante, mamá planchándole la impecable raya del pantalón. Su genio también lo tiene. Mujeres, liberaos, sería mi mensaje si me dedicara a la cochina política. Caos del tráfico, el violento bramido del motor del autobús y sus frenazos intermitentes, los cristales empañados de las ventanillas. En una tapia carteles de toros, ferias y fiestas de. Automóviles por todas partes. Comprarme uno sería necesario para no olvidar la conducción. Tuve que vender mi viejo *Renault* para pagar una deuda de juego. Personas con paraguas por las aceras, toses, la humedad y los bronquios, el tabaco es un veneno, dejarlo sería beneficioso, pero ¿cómo soportar sin nervios en la mesa de juego la llegada del as de corazones? Un coche fúnebre detenido en un semáforo. Sin duda será el primer enterramiento del día, tal vez la incineración. Dudas al respecto. La sepultura y los gusanos horrorizan, pero el fuego consumiéndote, convirtiéndote en grasa semilíquida también es una visión dura, insoportable. Ver el féretro. Detrás los coches de los acompañantes, las caras serias, de circunstancias. Le acompañamos en el sentimiento, darse la mano unos a otros, los enlutados en fila, cansados del velatorio, impacientes por acabar de una vez este macabro ceremonial. Y dentro del ataúd el fiambre amarillento, imaginármelo. ¿Será hombre o mujer? Algún día yo también iré metido en un cajón acolchado, la nuca apoyada en una bo-

nita almohada de raso, el bamboleo bajándome por la angosta escalera. Si los muertos de los coches fúnebres pudieran pensar, imaginarían el trayecto. Ahora voy por aquí, por allá, reconociendo en los diversos giros y paradas el familiar paisaje urbano, como los ciegos. Ella de nuevo, otra vez su imagen, averiguar su nombre. Necesito nombrarla, dirigirme a ella como a un ser concreto y próximo, familiar, como si mi destino y el de ella se pertenecieran. Una mujer carnosa, al estilo de Rubens, limpia los herrajes de una puerta, me mira insinuante. Un súbito deseo sexual me asalta, una especie de fuego en el bajo vientre me sube hasta el estómago. Y otra vez el *flash* del tapete verde, las máscaras de los jugadores de póker, mis deudas urgentes. Un baile de cifras me aterroriza: la viuda Lupino; el mirón Estanislao; el capo don Gunter, cerdo narcotraficante; la ramera Nené. Ruina de la baraja, caprichosa suerte, demasiado esquiva para mí. Desdichado en el juego, afortunado en amores, dicen. *Merde*, dicho sea en el idioma que tanto ama mi padre. El autobús llega al final del Paseo Marítimo, el monumento a las víctimas del mar, las mansiones residenciales frente a los blancos edificios de la Comandancia de Marina. El antiguo palacete de ella se destaca entre las otras casas más modernas. Piedra y enredaderas, el frondoso parque. Un automóvil *Mercedes*, de color azul oscuro, sale en este instante por la puerta principal. Es *ella* en el asiento trasero, el chófer imperturbable. Otras veces, cuando no llueve, la veo bajando por el ancho camino de grava en dirección a la parada del autobús número 61, «*Paseo Marítimo-Reparadoras*». ¿A dónde irá cada mañana? La voz áspera del chófer anuncia el final del trayecto. La Comandancia de Marina es un edificio con tejados de pizarra y ventanas grises. Bandera nacional en el mástil, sobre el dintel de la gran puerta donde están dos marineros haciendo guardia, el rótulo de «*Todo por la patria*». Personal civil por la escalera de la derecha, fichar la entrada, el ascensor.

—Hola —me saluda una sombra.

Un agudo dolor de cabeza me taladra el cerebro. Los



corredores de moqueta, las grandes cristaleras de los rellanos de las escaleras, desde las que se ve el mar de plomo, con los barcos de guerra anclados en la dársena. Centinelas, radar giratorio.

—Buenos días —saludo a Salas Bernabé, mi compañero de despacho, un tipo con gafas, bajito y semicalvo, con un gran anillo de rubí falso en el dedo meñique de la mano izquierda.

—Hola —me responde este fanático de las tecnologías *middleware*, de las redes escalables videoconferencia, del *Microsoft*, de la voz transmitida *multiplex* y de los mil y un prodigios de los odiosos ordenadores.

Auxiliares administrativos de la Comandancia, los dos llevamos el servicio de *economía de medios y recursos humanos*. Salas como cerebro de nuestros dos ordenadores NCR TOWER 850, base de datos ORACLE, sistema operativo UNIX. Yo como simple tecleador, mirón de pantalla, sacrilego y blasfemo de la informática; disciplina que aprendí a la fuerza para salir del paro y ganarme, *por oposición*, esta miserable plaza de oficinista. Liberarme del ordenador es mi más intenso deseo, sólo comparable a leer a Rainer María Rilke o escuchar la música de Mahler. Sin embargo, aquí estoy, colgando la cazadora del perchero, viendo caer la lluvia sobre el mar de estaño, parapetado tras el mísero biombo que nos separa del resto de la sala. A mi derecha, la mesa del Jefe de la Sección, un oficial de Marina con cara de oso hormiguero, por nombre Lucas, ojos lánguidos, cuello de avestruz. Más allá, dos escribientes también uniformados de gris, sentados ante sus máquinas de escribir. Golpear las teclas vertiginosamente, sin mirarlas, demostrando gran dominio en todos los movimientos. Admirable verles trabajar con exactitud de máquinas. Teclas y palancas, mecanismos accesorios, habilidad de escribir sin dejar de leer en los papeles que copian. Las cabezas ladeadas, los cráneos rapados de reclutas. A veces, sabiéndome diferente, me dirigen algunas discretas rápidas miradas de corderos degollados. Al fondo, junto a una percha de pie, cerca de una escupidera amari-

lenta y desportillada, está el ordenanza-correo Bonifacio, un tipo escuálido y amarillento, vestido de paisano como Salas y yo, pero con guardapolvo azul oscuro y grandes ojeras.

—No olvides que hoy tienen que estar terminadas las nóminas —me dice Salas, sin apartar los dedos como garfios sobre el teclado.

*Procesador de Datos*, ¿para qué me sirvió la licenciatura en Filosofía y Letras? Aquellos años ochenta, cuando estudiaba en la Universidad de Sava. Ilusiones, sueños, amoríos. No obstante, por entonces, al final de los estudios, comencé a aficionarme al tapete verde y al marfil de los naipes. Y como castigo a mi mediocridad, ocho horas diarias metido en esta prisión burocrática. De nueve de la mañana a cinco de la tarde; de dos a tres, una hora para el almuerzo. Cafetería-restaurante para los empleados civiles. Algunas señoritas administrativas parloteando y riendo, la mayoría feas, elegidas entre los huérfanos de la Armada. Hueca parafernalia oficinesca, cuyas miserables imágenes aparecen obsesivas en la pantalla del ordenador NCR. Mi rostro de fracasado reflejándose en el cristal, la resaca en las profundas ojeras de los ojos, el intenso dolor de cabeza, aquel maldito trío de ases del teniente de carabineros fue el que me hundió. Imperativo resarcirme, volver a jugar lo antes posible, pero ¿con qué dinero? Inquietantes ideas, recuerdos del pasado, cuando era un adolescente que quería ser un poeta como Rainer María Rilke, ese espíritu errante entre las nieblas de castillos en ruinas: «*Cada ángel es terrible. Y, sin embargo, os canto, aves casi mortales del alma...*» Suena el teléfono, estridente en la resaca del podrido ron con Coca-Cola. Olvidar el veneno.

—Sí —digo.

—¿Con quién hablo? —dice la voz despótica.

—Soy Zaldívar.

—Ah, sí, bien. Aquí el teniente de navío Cuéllar. Necesito con urgencia un listado con los datos completos de los acorazados USA en 1914. Enviaré a un ordenanza a recogerlo en una hora.

—De acuerdo.

Ordeno y mando. En resumen: teclear *extranjero-flota*. Listados de astilleros, arsenales, unidades, dotaciones de hombres, armas de a bordo. La resaca continúa taladrándome. Imposible pedirle un céntimo a papá Ismael. El pobre ignora que el mes pasado tuve que vender mi pequeño y viejo auto *Renault*. Préstamos, deudas, la baraja casi siempre enemiga aunque en ocasiones me sonría la suerte como un espejismo. Otros, sin embargo, pueden vivir del juego. Orinar otra vez. El amplio pasillo decorado con fotos en blanco y negro que representan barcos antiguos de la Armada. Amarillentos navíos con las tripulaciones uniformadas de blanco, las banderas, la fecha en una pequeña chapa. Campañas de Cuba y Filipinas, desembarco de Alhucemas, el Diluvio Universal. En los urinarios el espejo alargado, mirarme pálido, macilento. ¿Cirrosis hepática algún día? Lavarme las manos. Regresar fumando. En la esquina del pasillo la máquina de Coca-Cola, el amargor persistente en la boca, la lengua áspera, quemada por el tabaco. Mirando por el ventanal compruebo que cesó al fin la lluvia unos momentos, pero volverá sin duda. Aquí en este rincón del país siempre llueve. Aunque a veces el astro Sol lo ilumina todo, lo pone como en relieve, diáfano y puro. Maravillosos paisajes fotografiados, la pantalla, el teclado otra vez.

—¿Quién era? —me pregunta el semienano Salas, mirándome por encima de las gafas.

—Un teniente, quiere un listado.

Responderle sin especificar, sin darle detalles, pues Salas cree que es mi jefe. Miseria de los oficinistas. Acorazados y cruceros, momias navales de otra época: *Arkansas, Delaware, Florida, Nevada*. Algunos todavía seguirán navegando, como papá Ismael. Calvos, artríticos, la espalda encorvada, chirriándoles el esqueleto y afónicas las máquinas, la inútil vacuna antigripal, oxidados y reumáticos, sin hacer el amor desde hace años.



A LOS seis años ingresé en el colegio de la institución para ciegos Santa Lucía. Qué niña tan encantadora, qué pelo tan rubio como el oro. Recuerdo la voz acariciante de doña Dorita, la profesora de preescolar, mi primera maestra. Aquella mañana húmeda y fría de mediados de octubre, cuando llegué de la mano de mamá Leticia y me introduje en la nueva oscuridad del colegio. Otra negrura me envolvió, otra atmósfera. En ella todos mis sentidos se extraviaban, porque no conocía las aristas, los bordes, las paredes, los escalones, los ruidos, los olores. Todo era distinto a nuestra casa.

—No llores —la consoló doña Dorita—. Vamos, límpiante con mi pañuelo. Toma.

Alargar la pequeña mano y secarme las lágrimas. La profesora estaba casi arrodillada delante de mí, en el pasillo. Aquel olor a ceguera y a noche. Un aire caliente, un aroma a carnes de niño cuando entré en el aula. Aquel ronroneo. Un rumor de pequeños dedos rozando en unos cartones los puntos del Abecedario Braille.

—Estos son tus nuevos compañeros —le dijo la profesora, caminando con ella entre los pupitres, y ayudándola a tocar a los alumnos.

El día de antes recuerdo que vino a casa el director del colegio, don Servando, invitado a comer por papá. Ciego de nacimiento como yo, era un hombre corpulento y afable, de sonora voz y perfume de melocotón, pues era así como a mí me olía. Persona muy cultivada, su charla era siempre amena, dejándome en el recuerdo, hasta hoy, una sensación amable.

—En las instituciones para ciegos se enseñan, lógicamente, las mismas disciplinas que en los colegios para videntes —dijo, mientras tomaba el café y fumaba un grueso habano en la sala aneja al gran comedor, sentado en un mullido sillón frente al sofá donde le escuchaban Edgar Montemar y Leticia Maldonado, teniendo entre ellos dos a

la pequeña Miriam—. Para leer y escribir, como sin duda ustedes conocen, utilizamos el sistema de puntos inventado por el ciego Braille. Otras materias, como la Geografía, se enseñan valiéndonos de mapas y globos en relieve, como les mostré el día que visitaron nuestro centro...

Su voz es ahora un eco remoto, algo difuso y fragmentario en la memoria. La Geografía en relieve, la Aritmética mediante operaciones mentales, las sumas, las multiplicaciones y divisiones con el ábaco de madera. Sus hermanos, Raquel y Carlos María, que entonces tenían doce y diez años, estaban también presentes, de pie a ambos lados del sofá, sin duda fascinados por aquel hombre imponente, al que veían vestido de negro, como los cristales de las gafas que ocultaban sus ojos marchitos y arrugados.

—Alarga la mano, toca esto —decía la voz de doña Dori.

La esfera, la pirámide. Cada día un contacto, una suavidad, una aspereza, un círculo, el triángulo, un cuadrado. Oler la tinta, tocar el pétalo, dibujar una circunferencia. Que anduviera por el suelo de linóleo del gimnasio con los brazos en cruz. Mi mejor amiga por entonces se llamaba Asun.

—Asun, ven conmigo.

Las dos de la mano hasta el pie del frondoso castaño del patio de recreo del colegio. Allí tenían sus *urnas* bajo la maleza: un agujero en la tierra, un cromo con una imagen que ninguna de las dos podíamos ver, un cristal encima.

—Ésta es Greta Garbo, una artista antigua que tenía mi madre entre las páginas de su misal. Le pregunté: ¿quién es? Una artista, dijo ella, no sé por qué la tengo en este libro, debe estar ahí desde que papá y yo éramos novios, me dijo ella —le explicó Asun.

Después nos hicimos mayores, pues habíamos cumplido diez años y cantábamos en el coro. Atrás habían quedado aquellos años difíciles de las primeras lecciones para acostumbrar las yemas de nuestros dedos a las figuras en relieve y a los puntos del Braille. Ésto significa arriba, ésto debajo. Grande y pequeño, alto y bajo, lleno y vacío. Igual

que mi corazón, cuando se quedó hueco y vacío sin mamá Leticia.

—Bésala en la frente —me dijo papá, llevándome de la mano hasta la cabecera del ataúd.

Como yo no alcanzaba ni aun poniéndome de puntillas, él me cogió en brazos y me puso muy cerca de su cabeza, hasta que mis labios rozaron aquel frío extraño, que me daba en la cara como si fuera el aire que sale del frigorífico de la cocina al abrirlo.

—No has debido hacerle eso a la niña —le reprochó a su hijo la abuela Virtudes, que todavía conservaba la autoridad en la casa.

—Los niños han de acostumbrarse a la muerte —replicó don Edgar en tono fatalista—. También la han besado Carlos y Raquel.

—Pero ellos son mayores —replicó la abuela—. Piensa que Miriam es una criatura de ocho años.

—Mamá tiene toda la razón —intervino la tía Desdémona, hermana de la difunta.

Se detestaban. Para don Edgar, la tía Desdémona era altiva, relamida y cursi, aunque para sus hijos era cariñosa y siempre les traía regalos cuando venía a visitarles desde Lugo, acompañada de su esposo, Wenceslao, el dentista.

—Son mis hijos y basta —cortó el Vizconde, persuadido de que la muerte era una realidad que no debía ocultarse a los menores.

Fueron años difíciles. A mi alrededor el Mundo, con todas sus complicadas formas, volúmenes y tamaños. Lo grande y lo pequeño, lo bueno y lo malo.

—Grande es Nuestro Señor e insignificante nuestra alma —aseguraba el capellán de Santa Lucía desde el púlpito—. Cantad, hijos míos, alabémosle.

*Pequeña mi alma  
sus culpas confiesa  
mil veces me pesa  
de tanta maldad...*

Nosotros éramos pequeños y, además, diferentes, porque no veíamos. Punto, línea, lágrima. Tocarlas cuando no podía contener el llanto. Agua caliente, amarga como el mar. La esquina y el ángulo, el primero y el último. Formados en hileras, en el patio, vestidos con el uniforme gris y azul marino del colegio, cantábamos alabanzas «*a la nueva luz del día y al Señor que nos la envía*». En el aula estudiábamos qué cosa era entera, cuál era la mitad. Aprender el uno y el dos, el tres y el cinco, el cero y el infinito de la oscuridad envolvente, aplastante, implacable y cruel.

—¿Y esto qué es? —oyó.

Era la voz de un profesor vidente, que le cogía la pequeña mano para situarla sobre algo. Fue la primera vez que palpó la máquina del tiempo.

—Un reloj —respondió.

Tocó las dos agujas, la larga y la corta, la ancha y la estrecha. Los números en relieve. Doce horas tiene el día, doce tiene la noche, doce apóstoles tuvo Jesucristo. El capellán olía a violetas sudadas. Nos reíamos, gritábamos, de alguna forma éramos felices. En el patio también aprendimos a cruzar la calle, a doblar la esquina, a subir y bajar las escaleras. Los bastones de ciego eran blancos, algunos plegables, unos con luz, otros con música. Risas. Teníamos que hacer que el bastón hiciera un semicírculo delante de nuestros pies. Un toque en el suelo a la izquierda, otro a la derecha. Evitar el abismo. Durante un tiempo lo odié, no quería usarlo en el patio, bajo los arcos, escuchando la lluvia, sintiendo el sol, intuyendo la niebla. Colorear las láminas de dibujo me parecía absurdo. Al azar las pinturas que yo desordenaba. Un perro verde, el cielo amarillo, el mar escarlata.

—¡Qué original! —decía papá cuando, de regreso del colegio, le enseñaba mis obras de arte.

Las clases de trabajos manuales eran más divertidas. Pintar animales en el fondo del mar, ponerle escamas a los peces, flores de papel en el jarrón. Mi primer puzle fue un oso; después construí una casa, recorté la lluvia.



—¿Qué es? —pregunté al terminar un trabajo de unión de puntos.

—El escudo de nuestra ciudad —me respondió el profesor.

Aprender el estómago de los ruminantes, las partes del oído interno, la reflexión de la luz, el Teorema de Arquímedes, todo en la oscuridad y a veces incomprensible, como las risas de mis primos Pablo y Belén, los hijos de tía Desdémona, durante las vacaciones de Navidad o en el verano, cuando ellos venían a la playa. Porque entonces pensaba que se burlaban de mí, sobre todo cuando me insistían para que tocara alguna cancioncilla en el piano. Dicen que la música es nuestra mayor habilidad y yo digo que lo más maravilloso de mi vida es el ejercicio constante de imaginármelo todo. Construir un mundo de tactos, de sonidos, de sabores y olores. Un mundo nuevo de deseos insospechados, como los de aquel verano, cuando papá alquiló unos días una casa con huerto en La Olmeda, un pueblecillo de la provincia de Teruel. Tenía yo por aquellas fechas quince años y en el alma una inquietud nueva, como un terror cuando escuchaba las voces de los muchachos.

—Relacionarse con videntes de ambos sexos es muy necesario —me habían dicho siempre—. Especialmente con personas de tu misma edad.

Pero yo era tímida y continuamente me encerraba en mi campana de cristal, en mi música y en mis lecturas. Por entonces ya había leído a escritores como Dostoyevsky, a Proust, a Shakespeare y a muchos más. Un mundo de fantasmas me rodeaba, iluminando mi noche continua, y sobre todo cuando conocí a Víctor. El motivo de nuestro viaje fue para que mi hermana, Raquel, que acababa de cumplir los diecinueve años, se repusiera de su operación de apendicitis, pues los médicos aconsejaron que se fuera a un lugar sano y soleado, ya que estaba un poco anémica. Y hasta La Olmeda nos llevó, en el viejo *Mercedes*, nuestro chófer, Carmelo, a mi hermana, a mí y a Flora del Beato, pues papá, siempre poco amigo de via-

jes, prefirió quedarse en Sava y mi hermano, Carlos María, se hallaba en Irlanda, estudiando inglés.

—Aquí podrá la señorita reponerse de la intervención quirúrgica —nos dijo al llegar el señor Isaac, que era el dueño de la casa, el cual vivía con Benita, su mujer, bizca, en otra casa próxima.

—Ya veremos —rezongó, escéptica, Flora, refractaria a la vida de los pueblos, de los cuales solía decir que *empobrecen, envilecen y embrutecen*.

Según me lo describió mi hermana, era el señor Isaac un hombre de unos cuarenta y cinco años, curtido por el sol y pequeño de estatura, recio como un roble y con unas manos fuertes y ásperas, como pude comprobar cuando me saludó estrechando con energía mi mano pequeña, de afilados dedos.

—Este es nuestro hijo, Víctor —dijo el lugareño—. Saluda a las señoritas.

—Mucho gusto —murmuró el joven.

Víctor era un muchacho de dieciséis años, tímido y respetuoso y, en opinión de Raquel, guapo, espigado y cetrino, de honda y negra mirada, cuya vida en el pueblo se limitaba a ayudar a su padre en los trabajos del campo y en el cuidado de los animales. Recuerdo todavía su voz recatada, como temerosa; el olor a lana y a leche que despedían sus ropas, y, sobre todo, su candor de aldeano, circunstancia que me daba seguridad y confianza al tratarle, a pesar de mi terrible limitación por ser ciega.

—¡Me encanta este lugar! —exclamó la convaleciente Raquel, abriendo la ventana de la habitación, con dos camas, que iban a compartir las dos hermanas.

—¿Qué se ve? —le preguntó Miriam.

Era la hora indecisa del crepúsculo de la tarde y entraban por la ventana los aromas estivales del campo. Aspirar con ansia, sentir, imaginármelo todo, siempre preguntar, un puro interrogante la vida.

—Pues mira, se ve la torre de la iglesia en primer plano, con su nido de cigüeñas —explicó Raquel—. Más allá de las últimas casas, veo una alameda y el río. Al fondo,

lejos, se ven las ruinas de un castillo en lo alto de una montaña. Debe ser el castillo de los Templarios que nos dijo papá.

En la habitación contigua, que comunicaba con la de las jóvenes por una puerta, entonces abierta, deshacía Flora del Beato las dos grandes maletas, yendo y viniendo con vestidos y ropas. Un horizonte rojizo iluminaba el cielo, se escuchaba el campanileo de los rebaños que salían de los apriscos y parideras para pastar durante la noche. Aullaban los vencejos y golondrinas, mientras Miriam, con todos sus sentidos alerta, permanecía apoyada en el alféizar del ventanal junto a su hermana. Vestida con un vaporoso vestido sin mangas, de finos tirantes, recogida la hermosa cabellera rubia y rizada con un lazo verde pálido, de perfil y a contraluz, mostraba su serena belleza, la finura de su talle, los firmes y pequeños senos. A su lado, Raquel, más alta y delgada, pálida y ojerosa, dejaba vagar la mirada de sus ojos negros por el amplio y rústico panorama. Enamorada ya del que, años después, sería su marido, el joven Adalberto Oyariz, hijo de un rico armador y aplicado estudiante de Leyes con la intención de ingresar más tarde en la Escuela Diplomática, la joven suspiraba románticamente, embelesada y soñando ya con las palabras de amor que le escribiría a su novio aquella misma noche.

—¡Lástima que no esté aquí Berto! —suspiró.

—Pronto os devorarán los mosquitos —dijo Flora, entrando con unos zapatos en la mano de la habitación contigua, rompiendo el encanto en el que se encontraban sumidas las dos hermanas—. Quitaos de la ventana y corred el visillo.

Isaac, el casero, era un tipo pintoresco, amante de los animales y gran enamorado del campo. Amable y parlanchín, discutía constantemente con su mujer, la estrábica Benita, agria de carácter, aunque de buen corazón. Durante el mes que las dos hermanas y el ama de llaves estuvieron en La Olmeda cocinó para ellas y les arreglaba las habitaciones, sin que la severa Flora del Beato pudiera evitarlo.

—Yo sobro aquí —decía la gobernanta de Montemar—. ¡Qué señora tan impertinente! —exclamaba la solterona—. Además, no tiene ninguna delicadeza. Siempre observándote durante las comidas.

—Déjala —le decía yo—. Pobre mujer; a mí no me molesta. Sin duda, le extraña que siendo yo ciega pueda manejar los cubiertos.

A mí me resultaba simpática su voz y muchas veces, a la caída de la tarde, fui con ella hasta el lavadero del río donde Benita hacía la colada al estilo antiguo, sobre una tabla de madera. Después, yo le ayudaba a tender la ropa en los arbustos de la orilla. Mientras tanto, Raquel pasaba las horas con las hijas de doña Amanda, viuda del último médico que tuvo el pueblo, las cuales eran de su misma edad. A menudo, al regresar del río, con el crepúsculo, me invadía la nostalgia del mar y me sentía melancólica. El bastón blanco en la mano derecha, la izquierda apoyada en el brazo de la señora Benita. Subir con ella la cuesta, tanteando el pedregoso sendero que iba al pueblo, frente al cerro donde me habían dicho que se hallaba el castillo de los Templarios.

—Mi Víctor es muy inteligente, señorita —decía la casera—. Tendría que atreverse a hablar con usted, pues son de una edad, pero es muy corto y piensa que la ofendería. Es tan listo que ve crecer la hierba, pero como no tenemos medios aquí ha de pudrirse con el ganado y el tractor.

La Olmeda era un pueblo que estaba a siete kilómetros del cruce de la carretera de Albarracín, y había que llegar a él por un estrecho camino de grava que ascendía por la ladera de una colina cuya vertiente opuesta daba al río que llamaban Dulce, rico en truchas y cangrejos, que los mozos pescaban a mano por la noche, ayudándose de linternas.

—¿Oyes? —le decía su hermana.

—Sí.

Insomnes en la noche, semidesnudas sobre las camas, sudando por el calor del mes de julio, escuchaban las voces y las risas de los mozos que bajaban al río a pescar y a

bañarse. Si yo pudiera ver ese reflejo de plata que dice Raquel que tienen las noches de luna. Si yo pudiera ver cómo son los jóvenes que se bañan desnudos en el río. ¿Cómo era Víctor, cuyo tono de voz me fascinaba? Una tarde, bajo la higuera del huerto, escuchó sus pasos aproximándose. Es él, se dijo la joven, la cual, apoyada en el tronco de una encina, leía en su libro de Braille la novela *Germinál*, de Emile Zola. A pesar de estar en la sombra, se cubría la cabeza con un sombrero de paja adornado con flores de seda que había hecho ella misma, y su aspecto era luminoso y dorado como las mieses que todavía ondeaban en algunos campos.

—Señorita Miriam —oyó.

Era su voz, la misma que desde su llegada al pueblo le había cautivado por su tono profundo y tímido, como si hablara siempre confidencialmente.

—¿Eres tú, Víctor? —preguntó, alzando la cabeza en dirección de los pasos que se aproximaban.

—Sí, soy yo —dijo él.

El joven se sentó en una piedra próxima, guardando silencio.

—Me ha dicho mi padre que sabe usted tocar el piano —dijo inesperadamente, con nerviosa decisión, venciendo su innata timidez.

—No me hables de usted, te lo ruego —dijo ella.

—Se lo digo porque en el Ayuntamiento viejo hay un piano que a lo mejor toca —dijo Víctor, volviendo a hablarle de usted—. Si quiere, un día la llevo a verlo.

—Te he dicho que no me llames de usted —insistió Miriam.

Sorprendentemente, aquel viejo piano *Petrof*, desvencijado y polvoriento, había conservado la afinación que meses antes le había hecho un músico constructor de relojes de Albarracín, cuando el concejo pensó en vender el instrumento a un comprador de Teruel que, a la postre, no volvió al pueblo. De ese modo, muchos días, durante la hora de la siesta, cuando todo el lugar dormitaba o permanecía absorto en la letal canícula, y Raquel bordaba

bajo el emparrado de doña Amanda, conversando con las dos hijas de la *médica*, como llamaban a la viuda del difunto galeno, Miriam interpretaba en el abandonado piano pequeñas piezas de Mozart y Chopin, que mantenían embelesado a su asombrado amigo.

—Me encanta cómo tocas —le decía Víctor.

Sentía su voz y también su mirada recorriéndola, como si la tocara. Ecos musicales en el ruinoso caserón de techumbres hundidas. Cuidado al bajar la tortuosa escalera de rotos escalones. Apoyarme en su brazo con la mano izquierda, mientras sostenía mi blanco bastón con la derecha.

—Atención a las piedras —advertía el joven.

Otras veces, muy de mañana, se levantaba sin hacer ruido para no despertar a Raquel y bajaba al zaguán de la casa, donde él la esperaba para que le acompañase al establo a dar el pienso y el forraje a los dos caballos, *Pinto* y *Saeta*, y a las tres vacas de raza holandesa. Ladraba siguiéndoles la perra *Lacy*, hija de un pastor de aguas y de una perra vagabunda; recelaban varios gatos saltando de los sacos de paja. Aquel olor húmedo, vegetal, caliente. El mórbido contacto del lomo de los caballos.

—Tócalos, no te harán nada.

Rumiaban mansamente las vacas. Rozaban sus mejillas las telarañas. Sentado en la banqueta, Víctor ordeñaba con rítmica destreza. Oír el afilado chorro de leche cayendo en el cubo.

—¿Quieres hacerlo tú?

—Creo que no sabré.

—Es fácil, ya lo verás. Ven, siéntate en la banqueta y no tengas miedo; *Mauricia* es muy mansa, sólo piensa en comer.

Los largos pezones, su cálido terciopelo. Los dedos delicados presionando, como él le decía, y, tras numerosos intentos fallidos, al fin el milagro, el burbujeo de la espuma. Leche y nieve eran para mí lo mismo, blanca era la letra *a*, pura y amiga como lo había sido mi madre y lo eran mi hermana y Flora del Beato. Un día, cuando Víctor cepi-

llaba el lomo de *Saeta*, su caballo preferido, me atreví a pedirle que me enseñara a montar.

—¿Te atreverías?

—Contigo sí.

Los caballos eran del color de la canela, ese perfume que tanto me agradaba cuando nuestra ama de llaves nos hacía *arroz con leche* y lo cubría con ese polvo astringente y aromático, excitante. *Saeta* era más alto que *Pinto* y más inquieto, pero a mí no me daban miedo ninguno de los dos y siempre que entraba en la cuadra les pasaba la mano por las grupas. Crines salvajes, el húmedo hocico, darles en la palma de mi mano extendida los terrones de azúcar que Víctor me traía del bar de la plaza.

—¿De verdad te atreverías? —insistió mi amigo.

—Sí, pero no quiero que lo sepa mi hermana.

Fue una noche de luna llena. ¿Cómo es la Luna? De niña, la tuve entre mis manos, de cartón, con sus relieves y cráteres. Éste es *El mar de la Felicidad*, me dijeron. Para mí eran iguales la noche y el día, la luz de la linterna que Víctor llevaba por el camino de La Dehesa, donde ya tenía atados a un fresno los dos caballos con sus monturas. Sobre mi cama había dejado un papel con una frase dirigida a mi hermana, por si se despertaba: «*Estoy con Víctor cogiendo cangrejos*».

—Pon aquí el pie y súbete a esta piedra —me dijo él.

Allí estaba *Pinto*, pacífico como siempre, con su montura puesta, que yo tocaba. Vestida con unos cómodos *jeans* y una blusa, me sentía excitada al máximo, aunque serena. Víctor iría delante de mí, sobre *Saeta*, llevando mi caballo de las segundas bridas.

—¡Arriba! —exclamó, ayudándola a encaramarse sobre el alazán.

Los pies en los estribos, apretar las piernas, inclinarse hacia delante. A intervalos se escuchaba el rumor del cucillo, cantaba la calandria y, a lo lejos, se oían las esquilas de los rebaños de ovejas, que pastaban por las cañadas. Nunca había yo experimentado sensaciones como aquéllas y jamás el tiempo tuvo para mí esa dimensión ancha y

honda, como inmovilizada en la inmensidad del Universo. Iban al paso los caballos sobre la gran llanura de la Dehesa Boyal; sentía el enérgico cabeceo de *Pinto*, la firmeza de sus pisadas, una leve sensación de vértigo.

—¿Vas bien? —le preguntó Víctor.

—Sí —respondió lacónica, absorta en lo que hacía—. ¿Podríamos ir un poco más deprisa?

Al trote corto de los corceles, el juvenil cuerpo de Miriam parecía fundido con el del animal. La inmensidad de la noche. El caballo la aceptó dócil, tal vez comprendiendo que ella era un ser frágil, que necesitaba ayuda. Sentía la brisa de la noche en las mejillas y, en crescendo, como una sinfonía hacia su apoteosis, fue experimentando el deseo de cabalgar más deprisa.

—¡Más rápido! —le grité a Víctor, que iba siempre delante, sujetando las riendas largas de mi montura.

Fue un galope solemne y efímero, como de ceremonia, o al menos eso me pareció a mí. Y, aunque todo lo hermoso no puede ser duradero, yo vivía aquella ilusión alada con frenesí. Por primera vez me sentía totalmente libre, perdida en aquella blanda llanura que vibraba al ser hollada por los cascos de los caballos. Después, cuando finalmente nos detuvimos otra vez junto al fresno y Víctor me ayudó a bajar, me abracé a la cabeza de *Pinto* y le besé con ternura, sintiendo su olor a caballo, el excitante roce de su piel, entre áspera y suave.

—Gracias, amigo —le dije.

A la entrada del pueblo, cuando regresaron a pie llevando a los caballos de las bridas, se detuvieron en el olmo de la Fuente del Ejido, junto a las eras.

—¿Te ha gustado? —le preguntó el joven.

—Mucho. Lástima que tal vez no podré volverlo a hacer nunca más —murmuró Miriam.

Él le cogió la mano y se la besó. Después, un abrazo entrañable, mudo y prolongado. Y en su oído un susurro.

—Mañana, si quieres, te llevaré por la tarde a los prados del río.

—¿A los prados?



—Sí —asintió el joven—, quiero enseñarte a escuchar cómo crece la hierba.

Y así fue aumentando el deseo de estar junto a él, con la consiguiente alarma de mi hermana, que me advertía del peligro de enamorarme de un muchacho tan diferente en todo a nosotras.

—Déjala que se divierta y sea feliz —le recriminaba Flora—. ¿No tienes tú novio?

—Lo mío es diferente —protestaba Raquel.

Muchos días merendábamos Víctor y yo en las praderas del río, bajo los sauces. Recuerdo, sobre todo, el perfumado sabor de las manzanas de los huertos del señor Isaac, que tenía almacenadas en una sala baja y fresca de su casa, junto a la cuadra, donde guardaban también el vino y los ajos colgados de las vigas y las ristras de chorizos y los jamones y perniles de tocino de las matanzas. A mí me gustaba mucho bajar a esa sala que llamaban la cueva para aspirar el olor embriagador de las manzanas, tan intenso como yo nunca lo había sentido. Tampoco jamás volví a percibir aquel aroma de los tomates recién cogidos de la mata, cuando íbamos a los huertos, muy lejos, cerca de un molino derruido que había por el lado contrario del despeñadero del castillo de los Templarios, a donde también subí un día con Víctor, mi hermana y las hijas de doña Amanda. Pero mi lugar preferido eran las umbrías de las orillas del río, el puente de madera y el manantial. Allí, entre las frondas de los sauces llorones y los álamos que el viento ondulaba haciendo temblar las hojas, Víctor y yo nos escondíamos de las miradas de las ventanas de las casas del pueblo, que nos dominaban desde la altura del cerro, al borde de la ladera, o de los pocos caminantes que transitaban por los senderos. Poníamos sobre la hierba el pañuelo que yo llevaba en la cabeza cubriéndome del sol, o como un lazo recogíendome el pelo, y yo me sentaba sobre él, apoyada en el tronco de un árbol, y hablábamos. Él me relataba las cosas sencillas del campo, de los animales y de las flores. Yo le hablaba de música y, a veces, de mi ceguera.

—Tus ojos son los más bonitos que he visto —le decía el joven.

Después, cuando ya nos habíamos besado y yo ya tenía suficiente confianza, me tendía sobre el pañuelo y apoyaba la cabeza en su muslo, mientras mordía una brizna de hierba.

—Qué pelo tan precioso tienes.

—Para ti todo lo tengo bonito —susurraba, tímidamente, Miriam—. El tuyo sí que me gusta, tan espeso y rizado. ¿Sabes? La primera vez que lo toqué supe que era de un color negro muy diferente a como me lo había descrito mi hermana.

Negro y ensortijado, espeso, ¿siempre brillante? ¿Cómo es lo brillante? ¿Cómo es el sol en la cara? ¿Cómo es el sol en el agua? Recordar aquel sabor dulce de sus labios, el aroma frutal de su cuerpo, cuando Víctor la besaba con pasión y a ella le temblaba todo su ser y respiraba como un animal cogido en la trampa del cazador. Aquellas tardes, escondidos junto al río Dulce, no las olvidaré jamás, por mucho tiempo que transcurra encerrada en esta oscuridad que me impide escapar de mi cárcel y ser libre. Y como siempre supe muchos poemas de memoria se los recitaba a Víctor, mientras oíamos el rumor del agua del río y nos besábamos a intervalos, como si, cada cierto tiempo, nos faltase el aire para respirar.

*Gigante ola que el viento  
riza y empuja en el mar,  
y rueda y pasa, y no sabe  
qué playa buscando va...*

—¿Te gusta el mar? —le preguntaba Miriam.

—Mucho, aunque prefiero las montañas —respondía el joven.

—Me gustaría que algún día fueras a verme a Sava.

La separación fue como si le amputaran una mano. Un vasto dolor se extendía por su cuerpo, sepultándola en la desesperanza y en el vacío de la noche. El chófer Carme-

lo había anunciado su llegada para un domingo, después de las fiestas de La Olmeda, que se habían celebrado la semana anterior. Y aquel día señalado, ya con los equipajes dispuestos, doña Amanda invitó a almorzar a las dos hermanas, a Flora y a Víctor y sus padres. La comida se celebró en el caserón de la plaza, acompañando a la viuda sus dos relamidas hijas, Aurea y Delfina, que se habían hecho muy amigas de Raquel.

—Quiero que os marchéis de mi pueblo con el buen recuerdo de una despedida familiar —les dijo.

Imágenes brumosas de voces y sabores, de olores e intuiciones, hacen que Miriam recuerde las palabras de su hermana, descubriéndole el aspecto de doña Amanda aquel día, con sus rizos postizos y sus brillos de cremas y maquillajes amasados con sudor.

—Toca el mantel, mira qué bordados —le dijo su hermana.

Suavidad de las yemas de los dedos, relieves de claves. Aurea y Delfina lucían los vestidos que estrenaron en la fiesta, rameados de flores, bustos firmes y caderas, cinturas de avispa. Miriam, con un traje veraniego de rayas, sabía que frente a ella se sentaba Víctor, al que sentía también triste. La víspera, por la noche, había sido la despedida en casa de los padres del joven y, tras la cena al aire libre en el corralón que unía las dos casas del señor Isaac, Víctor y ella lograron unos minutos a solas, sentados ante la mesa de piedra junto al árbol de las lilas. Recuerdo que en el aire flotaba como un perfume de azufre y de puñalada, de dolor y calambre, sobre todo cuando sentí en mis labios los suyos, sabiendo que eran los últimos besos.

—Prométeme que irás a verme algún día.

—Lo prometo.

Antes de acostarme, mientras Raquel hacía sus últimos recorridos por la plaza con sus amigas y amigos del pueblo, experimenté una gran congoja y, sentada en el borde de mi cama, comencé a llorar.

—Es triste enamorarse, niña. Te lo advertí —dijo Flora, yendo a sentarse a su lado.

Cuarentona y rígida, el ama de llaves conservaba, no obstante, un semblante todavía intacto, no ajado por las vicisitudes del matrimonio. Sana y fuerte, de firmes senos, su recato monjil no la había liberado de despertar carnales deseos en algunos hombres del pueblo, a pesar de la altiva indiferencia con la que trataba a todo el mundo.

—¿Y siempre es triste el amor? —le preguntó la joven.

—Casi siempre —respondió el ama de llaves, buscando su pañuelo para enjugar las lágrimas de la muchacha, a la que, como a sus dos hermanos, había visto nacer.

Seguro que ella me miraría entonces con los ojos de bondad y de sabiduría que yo le imaginaba, tratando a toda costa de hacerme olvidar mi ceguera.

—Siento mucho separarme de Víctor —murmuró—. Me he acostumbrado a él. ¿Es eso malo?

No, Miriam, no es malo que le quieras. Pero tanto tú como él sois todavía muy jóvenes, casi unos niños. Además...

—Ya lo sé —cortó, triste, la joven.

—No me refiero a lo que tú crees, sino al hecho de que él y tú no tenéis casi nada en común —dijo la gobernanta—. El es un chico de campo, demasiado sencillo para ti.

Pero ¿cómo era el amor, existía realmente? Flora del Beato aseguró, al fin, que ese sentimiento era lo más maravilloso que había en el mundo. Yo también lo he sentido, confesó. Pero le habló también de los espejismos del corazón y de los engaños de la vida.

—De todas formas —añadió—, cuando el amor llegue hasta ti lo reconocerás sin ninguna duda. Lo que ahora sientes por Víctor es el cariño lógico de haber convivido con él durante estas semanas.

Al día siguiente, después de la comida en casa de doña Amanda, llegó al fin Carmelo con el *Mercedes*, subieron los equipajes, y todo el mundo estaba en la plaza, ante la puerta de la casa de la viuda del médico, para decirnos adiós.

—Escríbeme con tu máquina —me rogó Víctor al oído, cuando nos besamos en la mejilla.

Ya en el auto, comprendió que de nuevo se sumergía en su mundo cruel y que eran vanos sus esfuerzos por mostrarse alegre y feliz. Volvía de nuevo al mar y a la playa, al rumor de las olas y de las gaviotas, al eco potente de los buques que surcaban la bahía. Poco a poco se iría extinguiendo en su alma ese espejismo del que le había hablado Flora.



**LENTEJAS** estofadas, lenguado *menier*, postre variado, agua, pan y vino. Menú del día. La cafetería del personal civil llena de momias masticando; en el rincón, la mesa donde habitualmente me siento a comer solo. Alrededor, los oficinistas, algún militar, marineros. Las secretarías embadurnadas con sus cremas antiarrugas, *body-milk* en el cuerpo, la laca de uñas, las risas, los comentarios, las miradas. Orinar primero empujando la puerta batiente del *water-closed*. Caballeros, un sombrero y un bastón, una cara redonda con mostachos. Señoritas, un sombrerito *belle-époque*, ojos rasgados, una fina mano enguantada. Peste de ácido úrico apoyándome en el interruptor del agua, la resaca del jueves quedó atrás. Entre mis dedos, el muñeco erótico; en la mente, la obsesión de mis numerosas deudas. Todavía faltan nueve días para cobrar la nómina. Puerca miseria lavándome las manos. El espejo, abrir la boca, tal vez una caries, dolor a veces.

—Esas molestias son de los nervios —me dijo el médico del personal civil la última vez que acudí a su consulta.

Don Florentino de Sebastián, viudo, obeso y congestionado, alcohólico, como yo sin rumbo, sexagenario y excelente colega, también jugador, asiduo a un garito nauseabundo que llaman de las Hermanas Viacrucis, siamesas del extramuro. ¿Mi último recurso en los préstamos? Hablarle si me falla lo de Nené. De nuevo, la bofetada de la cafetería. Masticando, engullendo, beber agua mineral, segundo plato excrementos. No ser tan negativo. Reciclarme, regenerarme. Hacer amigos aquí, en la Comandancia. Alguna de esas señoritas que me miran. Quizá sumergirme en una sauna y sudar la miseria del mortal que me tiene rehén de mí mismo. Eres joven, me digo. Sano, ágil, atlético, persona culta. Y, sin embargo, ¿quién si yo gritara me oiría desde los órdenes angélicos? Cosmonauta perdido en el espacio, ¿podría salvarme esa aparición dorada que desciende casi a diario por el sendero de grava, camino

del autobús o de la playa? El bastón blanco de ciega, la mano sosteniendo el arnés de su perro negro y poderoso. Espiarla con los prismáticos que guarda en el cajón de la mesa de la oficina, cuando su compañero Salas se despide con su habitual gruñido inane, la gabardina, el paraguas. Por la tarde, suele ser a las cinco cuando se abre la cancela del jardín. Rubia, de mediana estatura, los ojos verdes. Un día la seguí por la playa, el perro delante. Impávido, amaestrado, como si ambos, ama y esclavo, fueran dialogando. Me senté a observar cómo regresaban en las escaleras del Club Náutico. A un metro de distancia sus maravillosas pupilas ciegas, fijas en un punto del infinito, su cutis de alabastro, los labios de grana, la cintura, las caderas, el beso que soñé una noche. La estrechaba entre mis brazos. Y, sin embargo, nunca me he atrevido a hablarle, tímido con ella.

—¿En qué piensas? Te noto como distraído —le dijo ayer su único amigo en Sava, el escultor Gervasio Menéndez.

—No sé.

Menéndez vive solo en un pequeño y ruinoso chalet del Puente Viejo, muy cerca de los depósitos del gas, en el centro de una explanada cubierta de escombros y de vertederos de basura putrefacta, junto a la tapia del monasterio franciscano de San Pedro, convertido hace años en chatarrería municipal. Conminado por el Ayuntamiento reiteradamente a abandonar su vivienda, ha recibido recientemente una orden de desahucio de la que, siguiendo su costumbre, no ha hecho el menor caso.

—Nadie sino Lucifer en persona puede desahuciarlos —le dijo aquella noche a su amigo Armand, con un deje de amargura fatalista en la voz—. Me limpio el trasero con las requisitorias del concejal, con el podrido ensanche y con la circunvalación.

Corpulento, cubierto con un roto y manchado blusón gris, rodeado de sus esculturas incomprensibles, se sienta frente a mí ante la gran mesa de pino de la cocina. Grandes mordiscos al pan, manos como garfios, peludas, fuertes.



—¿No comes? —me pregunta.

—No tengo hambre —digo.

—Estás en *off-side* —dice él—. Vamos, desembucha. Estás tieso, por no variar, ¿me equivoco?

—Digamos que estoy algo *incómodo* con la cuestión *money*.

—Si pudiera te echaría un cable —dice Gervasio—. Pero yo también estoy para el arrastre.

—No importa, déjalo —murmuro, bebiendo un trago de vino y apartando el plato de lentejas—. Lo mío no es un apuro pasajero, sino la ruina total. Algún día me rajan en una esquina.

—¿Sigues con esa mierda del póker?

—Sí.

Responder sordamente. El cielo gris a través de las ventanas sucias que dan a la explanada. Y otra vez el rostro de ella, alabastrino, los ojos verdes, la asociación de ideas.

—Todo se arreglará. A ti te acosan esos sucios acreedores, pero mi castigo son las ratas. Esta noche las ratas han rodeado mi cama, han cerrado la puerta con cerrojo, han corrido los pestillos de las ventanas y me han presentado un ultimátum —dice Gervasio.

—No te quedes conmigo.

—En serio. Han rodeado mi cama pidiéndome queso de Rochefort. De lo contrario te devoraremos, me han dicho. La vida es una cochinidad, una mentira de campeonato.

—Pues sí que estamos buenos. ¿Y tú eras el que hace un momento trataba de darme ánimos? —le digo.

Un requemado lenguado con unas gotas de limón, la botella de vino tinto. Gracias por invitarme a cenar. Menéndez sigue con su retahíla. Su veneno antirrata.

—Pero ¿qué diablos te pasa? Estás como ausente. ¿Es que te ha dado calabazas la ciega?

—No la llames la ciega, por favor.

—Pues, ¿cómo se llama?

—No lo sé.

—Estás enamorado, lo percibo. Yo, en cambio, no tengo más ilusión que el cochino raticida.

Los ojillos de oso de Menéndez van de un lugar a otro de la cocina mugrienta. A su lado, sobre la mesa, la cachimba y el paquete de tabaco holandés. Ex maquinista de buques de cabotaje, Gervasio lo dejó todo por su escultura subrealista, que malvende en los rastrillos de la provincia. Soltero y solitario, ha renunciado a encontrar una mujer que le ayude a soportar este mundo. Su voz grave y bien timbrada, hablándome ahora del último gran premio automovilístico. Fanático de los bólidos de carreras, su obsesión es la velocidad. Su viejo *Porche*, reparado, rojo sangre. Somos complementarios —suele decirme—. Tú, literato fracasado; yo, escultor de kilómetros por hora. Tus manos, pálidas, de largos dedos manchados de nicotina; las mías, garras de oso. Sin embargo, es un hombre honesto, mi único amigo en esta triste y lluviosa ciudad. Noche cerrada. El recuerdo de ella caminando guiada por su perro. Verla sentada al sol pálido sobre una roca, frente al mar que no puede ver. Aunque quizá sus ojos perciban la luz, un fragmento del mundo, los borrosos perfiles de estas porquerías que nos rodean. Preguntárselo algún día. El bastón blanco es un signo negativo que sugiere la ceguera total. Su lentitud al caminar, el cuerpo un poco echado hacia atrás, como recelando dar un paso en el vacío, tropezar con algo. Pensar en ella y sentirla. Millonaria tal vez, la gran casa. El papá con su *Mercedes*, el chófer al volante.

—Si te casaras con ella te resolverías la vida, pues debe ser rica en cantidad.

Repugnarme la idea. No relacionar el cochino dinero con ella, no mezclarla con los fantasmas del póker, las momias, los embites, los tragos de ron con tónica, la saliva sanguinolenta del teniente de Carabineros. Tísico. Menéndez encendiendo su cachimba, el humo azul aromático, su rostro de cíclope, como esculpido en la roca, sus grandes cejas, sus labios rojos emergiendo del descomunal bigote de foca, y el redondo cráneo calvo y brillante, surcado de venas que parecen querer estallar. Su gran mano peluda vacía la botella de vino en nuestros vasos.

—He vuelto a ir al doctor —dice de pronto—. Me orde-

nó análisis de sangre, de orina, de mierda. Hace una semana fui a que me diera los resultados.

—¿Y qué? —le pregunto.

—Tengo cáncer —responde impasible.

La sucia y maloliente cocina se ha convertido en una enorme campana donde resuenan trágicas sus palabras.

—¿Estás seguro?

—Seguro, tengo un cáncer en el páncreas. Las ratas me comen, Armand, soy un desahuciado total...

La noticia me paraliza. Ante esto, ¿qué importancia tienen mis deudas de juego, mi caos mental, esa ansiedad que me domina? Dejarme caer en un sillón en la pequeña y húmeda sala, mientras mi amigo abre una botella de *Long-John*. Vapores del alcohol, imposible éxtasis del olvido, mirarnos recíprocamente a los ojos con sorna cruel. La noche es negra, la mortecina luz de una lámpara de pie, los tonos cadavéricos de nuestras facciones.

—Creo que estoy enamorado de ella —digo, anhelando olvidarme del cáncer de Gervasio.

—Pues díselo, no continúes espiándola con los prismáticos y declárate. ¿No ves mi médico? Ayer se me declaró. Me dijo: tiene cáncer, la muerte se ha enamorado de usted.

—Por favor, olvídate de eso ahora —le digo, estúpidamente.

—Estoy cercado, inundado, encharcado. Cualquier día reventaré —dice él.

Los objetos se difuminan en la penumbra. Sobre el trincherero, una foto de la hermana de Gervasio, con el vestido de novia. La dedicatoria en ángulo a su querido hermano y a su idolatrada madre, ya difunta. Sempiterno sentimentalismo carnal de las familias. Miseria del mortal. Ciegos, cancerosos, dementes seniles, jugadores de póker, amores imposibles. Y, sin embargo, como escribió el poeta, *«estar aquí es maravilloso. Porque siquiera durante una hora, cada cual hemos sido, toda la plenitud que anhelamos...»*. Cada hombre en su noche, cada luz en su sombra. Difuminarme también, diluirme.

—¿Sabes? A partir de ahora haré más a menudo el amor. Tengo que aprovechar el tiempo —dijo, súbitamente, Gervasio—. Mientras tenga fuerzas —añadió, tras una breve pausa.

Eran ya las once de la noche cuando Armand se dispuso a marchar. Su amigo se había quedado dormido en su sillón y salió de la casa sin hacer ruido para no despertarle. Obsesionado por la idea de conseguir dinero para volver a jugar, se dirigió a casa de Marina la Pelirroja, dueña del prostíbulo que llaman *Mar Caribe*, un vestigio del pasado que todavía perdura en la ciudad.

—Pase —le dijo el conserje al abrirle, un tipo renqueante llamado Evangelio, ex chófer de los autobuses de la estación del ferrocarril, reumático, alcoholizado y bonachón.

Vestíbulo de paredes empapeladas con cestillos de flores, corredor con cortinas de pálido raso fucsia, murmullo de voces femeninas, prostitutas reencarnadas de las ramerías de ayer, escándalo de inmoralidad para los vecinos del Paseo del Espolón, la avenida flanqueada con castaños de Indias, el templete para la música, edificios burgueses con balcones y miradores. Un espejo en la pared, mi rostro demacrado, el horror en mis ojos donde veo el fantasma de mi amigo Gervasio con su cáncer de páncreas. Sólo después de haber frecuentado con alguna asiduidad esta casa de lenocinio, este burdel de la clase media, resto de una época de legendarias marinerías y de barcos remotos, pude compartir la sugestión erótica que emana de estas reproducciones litografiadas de los mares exóticos del trópico, el dibujo de sus palmeras, el frenesí diabólico de los ojos negros de las mujeres en tecnicolor, en poses de tentación. Es como un sueño, cuando Sava era otra, antigua y melancólica, sumergida en su eterna memoria. Al final del corredor la puerta entornada, el conserje cediéndome el paso, como un edecán al servicio de una princesa. Los cortinajes de terciopelo se abren. De un macetero de alabastro surge un gran cactus, espinoso y enhiesto como un diabólico símbolo fálico. El conserje Evangelio me abre los cortinajes, retirándose después al vestíbulo.

—Pasa, Armand, hace un siglo que no te dignabas venir por aquí —dice Marina la Pelirroja, recostada en su sofá.

La habitación es amplia, decorada en exceso. Las paredes, empapeladas con grandes flores rojas y amarillas, producen un efecto enervante. Hay colgaduras de gasa ante el ventanal, macetas con plantas tropicales, encajes, una consola con retratos antiguos. Al fondo de la estancia, próxima a una puerta acristalada, hay una mesa de camilla, con faldas de terciopelo verde oscuro. Sentada ante la mesa, frente al sofá, la madre de Marina, una mujer anciana, de expresión ausente y algodonosa cabellera blanca recogida en un moño, hace un solitario con una baraja española.

—Acércate —repite Marina, sin dejar de mirar al recién llegado.

Los naipes en la mano de la anciana, la mirada vidriosa perdida en la indiferencia a todo lo que la rodea. La Pelirroja es una mujer exuberante y carnosa. Viste una bata de seda decorada con motivos orientales y se cubre los hombros con un echarpe calado de hilo. Las chinelas de lentejuelas asomando por debajo del borde de la bata, sobre el mullido sofá con dos gatos de angora. Blanco y negro. Un periquito en una jaula colgada de un macetero de pie. Poderoso busto, maquillado el rostro, el pelo rojizo oscuro, peinado en bucles. Hay algo de caballo en ella, un concupiscente aliento de vitalidad y de perfume, una mirada caliente que se prolonga en su piel blanca y sonrosada. Náyade pintada en un libro de mitología griega, le hice el amor un día.

—Vengo más a menudo de lo que crees, pero no siempre estás.

—Cierto, pero tú vienes a ver a Nené, y no te lo reprocho —replicó Marina.

Cincuentona, sus ojos marrones, sus labios besándome en la boca cuando me inclino a saludarla. Su aliento a pasta de dientes y a tabaco. Pensar en el SIDA. Esta gorda sonrosada y ebúrnea no. Espero. Además, ¿me contagia-

ría con la simple saliva microscópica en las comisuras? Todavía hay restos de los vapores del *whisky* de Menéndez en mi cabeza.

—Estás más delgado —me dice, observándome mientras me quito la cazadora de gabardina dejándola sobre una silla—. Tienes unas ojeras terribles —añade—. ¿Quieres que te traigan algo de cenar?

—No, solamente tomaré una copa.

—Sírvelo tú mismo.

*Lord Jim* en el carrito de metacrilato, la botella de *Oporto*, el vaso, las servilletas de papel, el hielo con las pinzas.

—¿Quieres tú?

—Ponme un dedo sólo, sin hielo.

Brindar ridículo con la gran ramera, sociedad aristocrática de Armand. Si mamá Rosa y papá Ismael me vieran. Educarme en el temor de Dios para esto. Me sudan las manos. Algo dentro de mí vacila. ¿Le pediré dinero a Marina o a Nené? A la Pelirroja menos conveniente. Obligatorio devolvérselo. Pero ¿cómo? A Gervasio le rodean las ratas del cáncer y a mí las ratas de los acreedores. Amenazas por teléfono. Romperme la cara, rajarme, dejarme marcado para siempre. Caminar al borde de un abismo es la sensación. Tose la anciana, bebe un trago del vaso de agua.

—No me has saludado, Armand —murmura.

—¿De veras?

—No la hagas caso —le dice Marina—. Mamá, no te pongas impertinente. Armand te ha dado inclusive un beso —miente la Pelirroja.

—¿Sí? —inquiere la anciana, alzando la cabeza.

—Pues claro —dice su hija.

—De cualquier forma, ¿cómo está, doña Evelín? —la saluda Armand desde su silla, levantando la voz.

—Con un pie aquí y otro allá —dice la vieja—. Deseando irme de una vez.

Descansar para siempre. El último momento. Saberlo, qué horror. Soy yo, la muerte, vengo a por ti. Ideas maca-

bras acosándome, la lluvia otra vez, la escuchamos cayendo a ráfagas sobre las baldosas del balcón y los cristales.

—No piense esas cosas —le digo a la anciana, por decirle algo.

—¿Cómo no voy a pensar en ello? —insiste la momia exangüe—. Cuando me veo en el espejo me pongo a llorar recordando lo que he sido. Vosotros no sabéis cómo fue mi vida aquí, en Sava. Cuando vine de Cuba con mis ahorros, reciente viuda de un corredor de Bolsa, me traje ya unas mulatas que fueron la admiración de todos... Al principio le pusimos a este negocio el nombre de *Anaconda*, que es una serpiente americana...

Es curiosa la vieja puta. Viuda de un corredor de Bolsa. Las mulatas. Sin embargo, está inspirada y sigue relatóndonos que el prostíbulo tenía antes de la guerra civil un restaurante de lujo en la planta baja, hoy establecimiento de droguería y perfumería. En él se reunían a celebrar banquetes las personalidades más relevantes no sólo de la ciudad, sino de toda la región. Reservados en el entresuelo, salas de cartas y de billar.

—¡Todo se lo llevó el Demonio! —suspira la anciana, deshaciendo el solitario y arrojando las cartas lejos de ella sobre la mesa.

Desolación de doña Evelin, otra tos. Marina se incorpora en el sofá y, sin una palabra, levanta a su madre de la mesa de camilla y sale con ella diciéndome mamá tiene sueño, es su hora, vuelvo enseguida.

—¿Y bien? —me pregunta Marina cuando regresa unos minutos después—. ¿Quieres estar con Nené?

—Me gustaría, pero estoy sin blanca —digo.

—Entonces, ¿a qué has venido, a verme?

Mientras, de pie a mi lado, fuma en una larga boquilla un cigarrillo, con la otra mano me acaricia el pelo. Sentado en mi silla, sosteniendo la copa de *whisky*, percibo el roce de su abultado y mórbido vientre en mi hombro.

—¡Pobre Armand! Veo en tus ojos el deseo —dice Marina—. De acuerdo, ve con ella y ya me pagarás algún día...

Sobre la cómoda un frutero de plata repujada decorado

con frutas y flores. La Pelirroja me pellizca indulgente la mejilla, tira del cordón llamador con borla y vuelve a mí. Lentamente, me quita el vaso de la mano, lo deja sobre la mesa de camilla y me invita con la mirada a que me incorpore y la bese. Ritual miserable, intercambio de limosnas, bacterias y salivas, abrazándome sinceramente apasionada. Poco después los cortinajes de terciopelo rojo se abren y aparece el ujier Evangelio.

—Usted dirá, doña Marina —grazna.

—Dile a Nené que se prepare, que tiene un cliente.

Llueve torrencialmente; el rostro de la Pelirroja, a estas horas de la noche, refulge de afeites, brillos y colores. Asco de mi indigno comportamiento, le huele extraño el aliento, a *rouge*, un vestigio de caries. Mientras camino por el pasillo en dirección a la habitación de Nené, que está al otro lado de la galería que da al jardín, recuerdo la primera vez que vine y Marina me introdujo en el gran salón-exposición donde se exhibían semidesnudas una docena de jóvenes.

—Elige la que más te guste, no seas tímido —le dijo la dueña del prostíbulo.

—Una cualquiera —dijo él.

—No, una cualquiera no. Con tu dinero tienes derecho a elegir —replicó ella.

Risas de las prostitutas. Oficio terrible. Prostituirme yo. Tal vez debiera introducirme de una vez por todas en el sucio y criminal negocio del tráfico de drogas, tan boyante en esta región. Ganar millones, dinero fácil, acabar con esta pesadilla de las deudas del juego. Atraviesa la sala y, como aquel día lejano de su debut en el *Mar Caribe*, oye sus voces, ve sus caras pintadas, los labios sensuales, los ojos de fuego. Una negra que se ondula bajo la suave tela de la bata multicolor.

—*Hello, baby* —le dice al pasar, insinuándose.

Sus pies desnudos sobre la moqueta, las uñas pintadas de rojo, grandes aros de plata en los lóbulos de las orejas. ¡Qué diferente a ella! Sus ojos verdes, su dignidad doliente, ciega en la playa, guiada por el perro. Hablarle. Sin



embargo, algo en ella le detiene, como si temiera mancharla. Muchas veces, como hoy, cuando el deseo le asalta y es presa de la sensualidad, acude como un perro al vómito del prostíbulo. Espejismo de formas y perfumes. Le conmueve, sin embargo, la condición humana de las prostitutas, siente una indefinible simpatía por ellas, como si, a pesar de su miseria, fueran un seguro refugio para él. Con timidez eligió aquel día como cliente un cuerpo delgado y esbelto, una expresión húmeda y confiada, un semblante sensitivo junto a los cortinajes púrpura de cabaret y sala de juego, que le miraba fijamente a los ojos con una mueca amable. Sus ojos eran de un color indeciso entre el verde y el azul, el pelo negro como la noche, recogido en la nuca con un lazo que le daba cierto aire infantil. Le miraba sin obscenidad, pero intensamente.

—Ábrete la bata, para que el señor te vea el cuerpo —le dijo Marina.

Se llamaba Nené y accedió con suave y delicada complacencia a lo que la Madame le ordenaba. Las demás sonreían con picardía, cuchicheaban entre ellas, asistían a la escena como animales destinados a la venta en un mercado. La Pelirroja, mientras tanto, sonreía dando a entender lo acertado de la elección.

—Has elegido bien —murmuró.

Joven cuerpo de alabastro aureolado por la bata abierta como una bandera, senos pequeños y compactos, la naturalidad de su leve sonrisa. Desde entonces sólo ella me interesa en este antro. Y a ella acudo en esta noche de ruina y de cáncer. Su voz al otro lado de la puerta entornada.

—Pasa, Armand...

Es una habitación pequeña, con una cama sencilla y un lavabo. Una ventana de cristal esmerilado deja pasar el reflejo de la luz de un farol de la calle. Nené, siempre delicada y acariciadora, le hace una indicación con la mano para que se aproxime a ella. Está desnuda sobre la cama, como una rediviva *Olympia* de Manet. La mirada serena y confiada, unas flores de seda en el pelo, los pechos juveniles y compactos, la mano izquierda cubriéndose pudorosamente

el sexo. En el centro de la habitación, iluminada débilmente por una pequeña lámpara sobre la mesa de noche, hay un brasero apagado de cobre, con alta caperuza labrada.

—Ven... —murmura.

Nené también está equivocada. Me confunde con un hombre dominado por el deseo carnal irrefrenable y lo que soy es un barco a la deriva, un tapete verde, una baraja de póker, cinco naipes en la mano. Barajar las cartas con habilidad de tahúr, el cigarrillo encendido en la comisura de los labios, el humo azul ascendiendo, rozándome el ojo. Laberinto de la fortuna, descartes, poses de momia, el dinero sobre la mesa, no se admiten pagarés. Pero también el sexo, aunque preferible no aquí, en un prostíbulo. Desnudarme lentamente, sentado en el borde del lecho. Besos dulces en los labios, en los ojos, el preservativo preparado en la mesilla. Otra vez el horror del SIDA. Su cuerpo desnudo junto al mío, su respiración anhelante, fingida tal vez, como una súplica auténtica.

—¿Qué es lo que sientes por mí? —le pregunto—. ¿Soy uno más?

—Sabes que no, contigo es diferente —dice ella.

Intentarlo. Abrazarla bajo mi cuerpo y concentrarme en la noche de su mirada, en el brillo tenebroso de su pelo, en el rojo carmín de sus labios. Sin embargo, una sudorosa debilidad me atenaza.

—No puedo —digo, apartándome a un lado del lecho—. Hoy me siento mal. Además, te he mentado. No he venido a hacer el amor, sino a pedirte dinero. ¿Puedes prestarme algo?

Una pausa, el cigarrillo, de nuevo sentarme en el borde de la cama, el hilo musical creando una atmósfera de oficina en esta alcoba de burdel.

—¿Cuánto necesitas?

—Poco, me vendrían bien cincuenta.

Vergonzosa pausa, aminora el aguacero. De espaldas a ella, percibo cómo se incorpora de la cama, abre el armario, un cajón, el sonido metálico de su caja fuerte, sujeta con una cadena. No es la primera vez que me presta.

—¿Sabes que me debes cien mil?

—Naturalmente —digo—. Te lo liquidaré todo a primeros.

—De acuerdo —dice ella, convencida de que no cumpliré mi promesa.

Me repugna el contacto de los cinco billetes nuevos de diez mil, pero, al mismo tiempo, no tengo fuerzas para rechazarlos. Huir por la escalera, el conserje idiota, la puerta de la calle abriéndose, la callejuela que bordea el jardín del límitefó Círculo de la Amistad, la plaza iluminada del Espolón. Caminar enfurecido por las calles, bajo la lluvia omnipresente. Me irrita no poder ser libre, sentirme encadenado al maldito ordenador de la Comandancia, al tugurio del *Bar Clotilde*, a la puerca viuda Lupino y a sus matones, al sucio travesti Eduarda, al tísico teniente de Carabineros, de mirada asesina, que ya me ha amenazado con volarme la cabeza con su pistola de reglamento si no le pago pronto lo que le debo. Entrar en un bar, tengo sed.

—Una tónica, por favor —pido en el mostrador.

Después voy a los lavabos, cojo agua del grifo con las manos, me lleno la boca y me la enjuago con furia cobarde, por miedo a la saliva de Nené.



UNA cabeza de león, garras de águila bicéfala, esculpida en madera de las antiguas colonias de África. La gran mesa al fondo del despacho. Las paredes rodeadas de crespones y banderas, escudos heráldicos, armaduras y tapices con escenas de batallas navales. En una vitrina lateral, como parientes pobres, las colecciones de libros de Derecho, impolutas, primorosamente encuadernadas en piel. Sobre un atril una Biblia abierta. Cantos de oro, páginas de pergamino donde monjes medievales dibujaron antaño las venganzas de Jehová, el castigo divino, los hechos prodigiosos del rey David frente a los filisteos. A la izquierda los ventanales de cristal emplomado que dan al jardín, desde donde puede verse la inmensidad del mar. Cuántas veces, siendo niña, penetré en este despacho y, a tientas, con mis pequeñas y tiernas manos, palpé las garras de león de las robustas patas de la mesa, el perfil de los guerreros de las estanterías, los tallados rostros barbudos, los cascos. Audaz y temeraria, llegué incluso a arrastrar sobre la alfombra una de las pesadas sillas con respaldo de cuero, para arrimarla a las armaduras medievales. De ese modo, encaramada en el asiento, palpé el yelmo y la abombada coraza. Después, de rodillas en el suelo, toqué los largos agujones de las espuelas, y me pregunté cómo serían aquellos guerreros de siglos pasados. Imaginaba las batallas en campo abierto, los torneos. Todo tenía que tocarlo, pero el mundo era tan multifacético y variado, que me rendía impotente y lloraba. En mi colegio aprendí a distinguir los rascacielos de Nueva York de las humildes chozas de los indígenas. Con modelos de cartón aprendíamos a conocerlo todo, como si los ciegos fuéramos Gulliver en el País de los Enanos. Mi padre, siempre severo y riguroso desde la muerte de mamá, experimentaba conmigo, se obstinaba en adiestrarme, para que me moviera por la casa como un robot.

—Ven, aproxímate —me decía—. Estoy delante de la

mesa. Si cuentas seis pasos en línea recta, sin desviarte, llegarás a mí.

La sensación es hoy idéntica, las tinieblas siguen, pero ahora ya no siento aquel terror que muchas veces me paralizaba. Mis pasos sobre la mullida alfombra, sin desviarme, los brazos ligeramente abiertos. A mi espalda, al acecho, el ama de llaves, como si temiera por mí.

—Usted retírese, Flora. Mima demasiado a la niña. Váyase arriba y vigile si estudia Raquel sus lecciones —le ordenaba papá.

Mi hermano Carlos, mientras tanto, dos días en semana practicaba la equitación en el Regimiento de Caballería, donde papá tenía un primo segundo comandante. Yo avanzaba lentamente, imaginándome sobre el borde de un abismo. Acantilados de Las Sirenas. ¿Cómo serían? Papá, en su afán por ayudarme, encargó a un topógrafo que diseñara un modelo de escayola para que yo pudiera tocar la Boca del Infierno.

—¿Cómo son los caballos, Carlos? —le preguntaba a mi hermano.

De cartón, de plomo, recortables, hinchables como globos. Por esa razón para mí fue tan fantástico poder montar a *Pinto* en La Olmeda de Teruel, cuando conocí a Víctor. Durante muchos meses no pude olvidarle. Nos escribíamos. Yo a máquina, él a mano. Cartas ingenuamente apasionadas, que mi hermana me leía riéndose de nosotros.

—Tiene cantidad de faltas de ortografía —me decía.

Después vino el distanciamiento y el olvido, para alegría de papá, que no veía con buenos ojos mi amistad con aquel muchacho al que no conocía. Sin duda nuestro padre ha sufrido mucho, de ahí su carácter retraído y huraño. Primero por la decepción de no haber podido ser marino a causa de su lesión de cadera; después mi falta de vista y, finalmente, la repentina enfermedad y muerte de nuestra madre. Sin embargo, una inmensa ternura me invade cuando pienso en él. Cuántas veces, de niños, nos llevaba al cine a los tres y me colocaba siempre a su lado

para explicarme cómo eran Pulgarcito, Pinocho o Peter Pan. Remotos son aquellos tiempos en los que yo jugaba con él y con mamá sobre la cama y, curiosa, palpaba a mi padre para *verle*: una cara afilada, un fino bigote. Unos hombros altos y un cuerpo delgado, enjuto, envarado. Ahora estará en su despacho. Es domingo y hemos regresado de misa en el automóvil con Carmelo. Carta de Londres.

—Tu hermana Raquel dice que Arturo Jorge tiene la escarlatina.

—¿Vendrá para Navidades? —pregunto, ilusionada.

—No lo menciona —responde, lacónico.

Severo y silencioso, el Vizconde de Montemar tiene las manos delgadas y suaves, con abultadas venas, y muy calientes, como si tuviera fiebre. Siempre atildado, le gusta vestir chaquetas de *sport* con trabilla, botones de cuero, camisa de hilo y pañuelos de seda inglesa alrededor del cuello. A menudo lleva puestas unas relucientes botas de montar, aunque hace años que dejó de hacer equitación un día a la semana en la Remonta de Caballería, donde solía ejercitarse con un primo segundo, el comandante Práxedes. Sin embargo, don Edgar, como si regresara de los campos de la Hípica, pasea por el jardín con las botas puestas y la fusta golpeándose suavemente el muslo, mientras el jardinero, Hervás, trabaja con la podadera o cava la tierra. Diálogos sobre el tiempo, el estado de los semilleros del invernadero. No es locura vestirse de equitación, sino la nostalgia de otros tiempos del señor Vizconde, piensa el viejo jardinero, un hombre de sesenta años, piel curtida por el sol y manos robustas, al tiempo que hace un alto en su labor para explicarle al amo lo que está haciendo.

—Este año van a prosperar mucho los rosales —comenta Hervás, encendiendo un cigarrillo, mientras el señor Vizconde, con la cachimba apagada entre los labios, observa con el monóculo los últimos injertos.

Es mediodía. Poco después, Montemar se ha encerrado en su despacho de la planta baja a revisar su colección de

sellos con motivos navales. Los álbumes, la lupa, el sosegado y silencioso recorrido por los primorosos grabados de la serie de barcos ingleses de principios de siglo. Ante él navega la fantasía del célebre *Colossus*, el *Emperor of India*, el legendario *Neptune*. «Antes de que la famosa Arca de Noé flotara en las aguas del Diluvio, el arte naval reinaba sobre los mares...» Con esa frase iniciará algún día su siempre aplazada conferencia en el Ateneo sobre la Marina de Guerra. Resplandeciente el cielo. Un ligero viento del Sur se ha llevado las nubes hacia las costas de Francia. Son estos días claros y tibios, en los que se siente en las mejillas la caricia del sol, cuando Miriam experimenta dentro de sí un poso de tristeza como si la luz le recordara las tinieblas. Es entonces cuando necesita abandonar el palacete y caminar con *Niebla* por la playa interminable. Perderme lejos, aspirar el aire del mar, oír el rítmico rumor de las olas. Diferentes son los días de lluvia, cuando se adueña de todo la densa tenebrosidad de la Costa de Finisterre, el plumizo color del cielo, la niebla, el vendaval o el aguacero. Horas de opaco recogimiento en la casa, al regresar de sus clases en Santa Lucía, sentada ante el piano en la gran sala, memorizando las partituras que sostiene sobre sus muslos. La mano izquierda leyendo el Braille, la derecha en el teclado. Pero hoy luce el sol y es domingo. Por la tarde vendrán a buscarla sus amigos Chon, Mamen y Marielvi para ir al teatro. Ahora el beso en la frente de la abuela, ya aseada, peinados sus escasos cabellos blancos, perfumado el frágil cuerpo por Flora del Beato.

—Aquí, al solecito —dice el ama de llaves, situando el sillón de ruedas ante el ventanal de la alcoba.

Rezando interminables letanías, frente a sus ojos grises marchitos el cielo azul, el mar, la mano de su nieta en su hombro.

—¿Quién eres?

—Soy yo, Miriam. Vengo a decirte adiós.

—¿Te vas?

—Sí, a la playa, a pasear. Hace un día maravilloso. Y esta tarde voy a ir al teatro, a ver *Hamlet*.



—¡Oh, *Hamlet!* ¡Qué tiempos! —suspira la anciana—. Tráeme unas guindas al marrasquino, hijita —añade.

—Descuida, abuela.

El gato *Apoliner* en el regazo, acariciarlo mecánicamente, mientras se sienta a su lado la doncella, Mariona, para leerle el *Ritual de la Misa*, como todos los domingos.

—No sé por qué no quieres oír la misa en la televisión —le dice su nieta.

—Porque la televisión es un invento del Diablo —replica doña Virtudes—. Prefiero que me lea Mariona.

En un rincón de su alcoba desgrana su monocorde tic-tac un reloj holandés de pie. En la casi deshabitada memoria vagas reminiscencias de otros tiempos, el lejano eco de la voz de la doncella: «*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...*» Mariona tiene el pelo negro, ondulado y brillante, recogido con una cinta roja de terciopelo, el uniforme de seda negra, brillante, el blanco delantal.

—«*Hacedme justicia, Dios mío, y defended mi causa contra la gente no santa; libradme del hombre fraudulento e inicuo...*» —escucha Miriam cuando sale de la habitación.

En el vestíbulo, *Niebla* la recibe alegre, ansioso también por ir a la playa.

—Toma —le dice el ama de llaves, entregándole el arnés de hierro forrado de cuero que sujeta al perro por el pecho—. Y ten mucho cuidado.

—Descuida.

Idéntico ritual cada día, los mismos pasos, las escaleras descendiendo al jardín, la puerta de hierro con el escudo de los Montemar, el camino de grava, *Niebla* delante, con su paso rítmico, el bastón en la mano derecha. Esta noche escuchó una voz de hombre mientras dormía, la besaron labios ardientes, volvió a soñar con el tahúr del Mississippi. Una voz muy diferente a la de Esteban Peláez, un compañero, invidente parcial, de Santa Lucía, profesor de Educación Física.

—Me gustaría salir contigo —le dijo, en un susurro, al final del último claustro de profesores.

Cogerme la mano, verme a través de una leve rendija de sus pupilas enfermas. Su olor ácido, fuerte. ¿Cómo decirle que no?

—Te lo agradezco mucho, pero últimamente estoy muy ocupada.

—Entiendo.

Tono triste. En la ducha, esta mañana, acariciarme el cuerpo. La pastilla de jabón suave, el olor a lilas, el deseo de un hombre, el presentimiento de que alguien la está observando allí, al final de la playa, sentada en las rocas donde muere el mar, cerca del acantilado de la Boca do Inferno. Por la tarde, a las seis, vinieron a buscarla sus amigas, las tres videntes, solteras y sin compromiso.

—Disponibles para cualquier evento de amor —como suele decir, bromeando, Mamen, la hija del Recaudador de Contribuciones.

Poco después llegaron a la ciudad en el *Honda Civic* de Chon y, tras aparcar en el subterráneo del bulevar, fueron a merendar al *Café Iruña*. Junto al ventanal cómodas, rientes, despojándose de las chaquetas primaverales, los bolsos, el cigarrillo encendido de Marielvi, la mayor de las cuatro. Continuando la conversación que traían, pues sí, Mamen, decía Miriam, estoy convencida de que la vida no es sino la segunda lectura de una historia que ya nos sucedió. Marielvi, la poetisa del grupo, pelirroja y con el rostro pecoso, bebió un sorbo de su naranjada con unas gotas de ginebra y dijo estoy completamente de acuerdo contigo.

—Es más, yo os pareceré una loca, pero estoy segura de haber tenido antes otras muchas existencias, no sólo como persona. Estoy segura de haber sido muchos seres antes, incluso árbol. A veces sueño —prosiguió, apagando su cigarrillo en el cenicero de porcelana— que crezco en la orilla de un río de aguas verdosas, que discurren lentas. Y siento que un enamorado escribe en mi tronco con una navaja el nombre de su amada y después una fecha...

—Jo, Marielvi, qué cosas dices —exclamó Chon, más prosaica que su amiga; morena y de pequeña estatura, telefonista del *Gran Hotel Finisterre*, bebía a pequeños sor-

bos una copa de *Oporto*—. No sabes cómo envidio tu imaginación —concluyó, con un suspiro.

—Yo también experimento sensaciones parecidas —dijo Miriam, sosteniendo su batido de fresa entre las manos marfileñas, de cuidadas uñas pintadas de rojo coral.

—Yo, en cambio, debo de ser un espíritu muy poco poético, pues ni siento ni imagino esas cosas —dijo la espigada Mamen—. Lo único que me preocupa es que un guapo mozo se enamore de mí, pues, francamente, estoy un poco harta de ser soltera y de dormir sola —concluyó, removiéndose en el mullido asiento oval que compartían las cuatro amigas.

Ruborizarme súbitamente, como si Mamen hubiera adivinado mis pensamientos. Experimentar desde hace unos meses una presencia a mi alrededor. Sobre todo cuando paseo por la playa. La inquietud de *Niebla*, como si alguien nos siguiera de lejos. Una mano tendida, una voz en sueños:

—*Dígame, Mademoiselle, ¿nadie la ama siendo tan joven y tan hermosa? Me fascinan sus ojos verdes.*

—*Y, sin embargo, soy ciega.*

Sintió que la abrazaban, que caía en un pozo profundo y vertiginoso. ¿Existirá el Infierno?, pensó. ¿Puede una persona condenarse a causa de sus deseos? ¿Es pecado este fuego que me abrasa y estos labios soñados, dulces y tiernos, jugosos como fruta madura?

—Realmente, sin amor nos pudrimos —apostilla Mamen.

Innumerables tardes en el *Iruña*, la gran sala, los asientos de cuero artificial, los camareros con las bandejas, el rumor de los grandes ventiladores del techo, el chocolate con bizcochos, las infusiones, los exóticos *cocktails*. A través de los amplios ventanales del café, sobre las copas de los castaños de Indias y de los álamos, emerge la torre gótica de la catedral, como una aguja clavándose en el enrojecido cielo crepuscular.

—No seamos pesimistas, cualquier día aparecerá nuestro príncipe azul —dice Chon.

Azul principesco y frío, como la hoja de un cuchillo. Mis amigas no deben ser pesimistas. Encontrarán un hombre adecuado y se casarán, serán madres, como mi hermana Raquel. Y yo, ¿seré como esos maniqués de las casas de modas? ¿Estaré hueca como ellos? Es el día el que me hace diferente, cuando los demás todo lo ven. De cerca, de lejos, en todas direcciones. Rostros y semblantes, miradas. A través de los altavoces en forma de grandes conchas marinas de los cuatro ángulos del salón llegan hasta mis oídos las notas de la *Danza Húngara*, de *El Lago de los Cisnes*, de Tchaikowsky. La noche, sin embargo, me iguala a la inmensa muchedumbre de los videntes. Por la noche, cuando no hay luna, y las tinieblas se apoderan de todo, yo renazco, revivo, sueño. El día, por el contrario, me da miedo, es para mí un desafío, y sólo haciendo un gran esfuerzo de voluntad, me lanzo a mi ciega aventura cada mañana. Caminar, sola o con *Niebla*, caminar siempre. Controlar con el oído la posición de mis alumnos de Música en el aula de Santa Lucía. Sentirlos en sus pupitres, cada uno con las yemas de sus dedos sobre los puntos en relieve del Braille, los cuadernos de partituras abiertos. Yo en el piano, interpretando lo que ellos leen a través de su piel. Hablar y reír, mostrarme animosa en este laberinto de ciegos y de videntes que me hablan y me solicitan. Escuchar la voz de Esteban Peláez, el profesor de Educación Física.

—Te quiero, Miriam. Lo he pensado muy bien, ¿por qué no quieres que seamos novios? Mi intención es casarme contigo, crear un hogar.

Peláez huele a linimento, es alto y fuerte; y en su voz siento que también es apasionado y sensual. Su falta de vista es casi total, pero, según me ha dicho, percibe las sombras, los perfiles de las cosas, el movimiento.

—Te lo agradezco mucho —le digo siempre que vuelve con el mismo tema—. Pero no estoy enamorada de ti. Te estimo, pero creo que eso no es suficiente.

Desviar mi mirada ciega hacia otra parte, en dirección a la atmósfera más fría del ventanal. Su voz en un susurro

muy cerca de mí. El bastón, levantarme del taburete del piano, guardar las partituras en mi bolso. Eran las siete de la tarde del último viernes, llovía mansamente, ecos de alumnos y sus bastones por los corredores, risas e, incluso, carreras. En la próxima cancha de baloncesto, juegan los invidentes de Séptimo. Un balón con cascabeles en su interior. Los movimientos exactos, medidos. A través de la pared oía sus gritos, sus exclamaciones.

—¡Déjame! —le dijo a Peláez, apartándose de él.

Su abrazo, el desagradable forcejeo. Quería besarme. Por un instante sintió la tentación de abandonarse a la sensualidad, abrazarse a aquel cuerpo de atleta. Sus brazos desnudos, la camisa de tirantes, el *chandail*.

—¡Te quiero! —insistía el profesor de Educación Física, con apasionado nerviosismo.

La puerta estaba entornada, pero él la cerró con el pie. Gritar no, sería ridículo. ¿Qué es lo que quería aquel hombre realmente? ¿Hacerle allí mismo esa cosa que llaman amor?

—¡Por favor! —exclamó Miriam, casi a punto de llorar.

El amplio corredor, la pared de baldosines, la mano guiándola, los ecos, iba huyendo y, al mismo tiempo, se sentía excitada y anhelante. Ahora, al recordarlo, rondan a su alrededor las voces de la gente que llena el *Café Iruña*, giran las múltiples vibraciones del aire, flota deshaciéndose el hielo en los vasos. Chon discute con Mamen.

—Hoy me toca pagar a mí —interviene Marielvi, la poetisa.

El paciente camarero espera el resultado de la amistosa discusión.

—Vamos a llegar tarde al teatro —digo.

Me sentí desnuda por el largo corredor de Santa Lucía, huyendo de aquellos labios que habían rozado los míos. Ahora, en el patio de butacas del *Liceo*, mientras los actores representan el drama de Shakespeare, y Marielvi, a intervalos, me va explicando los personajes que intervienen, reconozco que aquel abrazo apasionado de Peláez me excitó sensualmente. Por unos instantes recordé mi ya lejano

enamoramamiento de Víctor, el joven adolescente de La Olmeda, que desapareció de mi existencia como las nubes barridas por el viento, sin dejar más rastro que aquel temblor. «*Ser o no ser. He aquí el problema*», exclama el príncipe Hamlet en el escenario.

**POR** la ventana el sol, es mediodía, domingo. Ha sonado el teléfono de la salita y después los pasos de mamá por el pasillo, dos suaves llamadas en la puerta.

—Hijo, ¿estás ya despierto? —me pregunta, asomando su rostro en el umbral.

—Sí, ¿qué sucede?

—Te llaman por teléfono.

—¿Y quién es?

—Es una voz de hombre.

—Dile que he salido, que no estoy.

Incorporarme a medias, el codo sobre el colchón, la cabeza embotada, sobre la mesilla de noche el reloj japonés que imita un *Rolex*, sustitutivo del *Longines* de oro que vendí. Son las doce y veinte, la lengua áspera, la boca amarga. En el cajón de la mesilla las miserables treinta y cinco mil que gané anoche, tras una absurda partida de póker en casa de un puerco traficante de la urbanización *Campo de Golf*. Encender el primer cigarrillo, la bocanada de humo en el pecho.

—Dice que llama de parte de un tal Gómez, que esta tarde, a las cinco, te esperan en donde tú sabes, que no faltas —dice mamá, regresando con semblante preocupado.

En la boca del estómago el agujero del miedo. Mamá pequeña y frágil, acercándose hasta la silla donde dejé mi ropa. Ordenarla, doblar los pantalones sobre el respaldo. Siempre activa a pesar de su insuficiencia cardíaca. Cuánto me vas a echar de menos el día que me muera, es una de sus frases preferidas. Suspirar, la mirada cansada recorriéndome. Mamá Rosa tiene el pelo blanco, cincuenta y cinco años y la absoluta convicción de que en *la otra vida* Dios nos ha de juzgar con arreglo a nuestras acciones en este valle de lágrimas.

—Dime, hijo, ¿en qué malos pasos andas? —me pregunta con los ojos húmedos, conteniendo a duras penas el llanto.

—¿Malos pasos? No entiendo qué quieres decir.

—Sí lo entiendes —dice con ansiedad—. Tú me ocultas algo, Armand. Dime la verdad, ¿es cierto, como dice tu padre, que estás atrapado por el vicio del juego?

—Por favor, mamá, te he dicho muchas veces que no te metas en mi vida, ya soy mayorcito para cuidarme por mí mismo —le replico—. ¿Está papá en casa?

—No, no está, ha ido al Rastrillo, como todos los domingos. No te preocupes, que él no sabe nada de mis sospechas. Pero yo sí, yo te oigo hablar por teléfono con los que te llaman y por tus respuestas sé que les debes dinero, mucho dinero. Dime, hijo, ¿cuánto? ¿Es que no tienes miedo de que te hagan algo o de ir a la cárcel?

—Te lo ruego, mamá, sal de la habitación, necesito vestirme.

A las cinco en casa de Gómez, ese gánster obeso y sudoroso al que sus compinches llaman don Gunter. En el espejo del armario la mueca, bajo la ducha una sombra de pánico. ¿Y si le dijera a mi amigo Menéndez que me acompañara? Sin embargo, bastante tiene él con su cáncer de páncreas. No ser cobarde. Pero ¿cómo voy a salir de este laberinto? La viuda Lupino me exige su dinero ya; Gunter sus seis millones. ¿Desde cuándo se los debo? Tiempos ya lejanos de las partidas en su casa de la Playa de la Maldonada. El vengativo y vicioso traficante, armador de buques. Vengarse ahora. Varias llamadas de sus siervos, sobre todo de Culebra, ese asesino picado de viuelas. Esperándome hace días frente a la Comandancia.

—Paga, chorbo —me dijo con voz sorda—. No te vas a ir de rositas. Don Gunter me ha dicho que te diga que él no va a cargar con tus impagos. ¿Está claro?

Ojos hostiles, luces malignas, como parpadeos, aliento de alcohol. Camello del narcotráfico, Culebra ha estado varias veces en la cárcel. La navaja de muelles, entrar y salir en prisión es lo suyo. Amigo de policías y de delincuentes como él. Dicen que tiene montada una agencia de criminales a sueldo que matan por encargo. Peinarme mientras reflexiono, canta el jilguero de mamá en la gale-



ría. Día de sol primaveral, mayo florido, sensaciones contradictorias y, sobre todo, el miedo cercándome. ¿Y si me largara de esta ciudad? Planearlo, pero ¿a dónde ir? Sentado ante la pequeña mesa de la cocina, mamá me sirve el desayuno. Olor a tostadas y a café. No fumes tanto, me insiste, tira ese cigarrillo y come.

—¿Me oyes?

—Sí, mamá, te oigo.

—¿Cuándo te vas a cortar el pelo? Lo tienes ya demasiado largo, Armand.

—No seas pesada.

La jarra de leche en la mano, mirándome con su clásica expresión sin expresión. Ojos abombados como los de Bette Davis, gesto amargo e imperativo.

—Qué dirán de ti en la Comandancia.

No parezco un *señor*. Con mano nerviosa va untando las tostadas de pan de molde con mantequilla y me las va poniendo en el plato. Mermelada de melocotón encima. Comérmelas en silencio, pues estoy hambriento como un perro sin amo. Sin pausa, nerviosamente. Culebra llamó ayer también. Su insistencia me preocupa, quieren llegar al fondo. Mamá va y viene delante de mí. Abre el grifo, lo cierra. Lava unas tazas, las seca con un paño.

—Tendrías que preocuparte un poco de tu padre, hablar con él, pues cree que le ignoras, que le desprecias. Me lo ha dicho.

—No nos entendemos, eso es todo. Él tiene su mundo y yo el mío. Él sueña y yo no —replico.

—Tú no sueñas, desde luego. Pero ¿qué haces? Con tu sueldo podrías vivir mejor y más tranquilo. Aquí no tienes gastos —dice ella—. Pero te pierdes ese vicio del juego, eso te mata.

—Mamá, por favor, déjame en paz.

—No te dejas —insiste ella—. Cualquier día vienen a decirme que te han encontrado tirado por ahí o que estás detenido en una comisaría. ¿Es que crees que no tengo ojos en la cara? Te veo extraño, desencajado, inquieto. ¿Por qué no te sinceras conmigo?

Ahora está sentada en un taburete frente a mí, limpiándose las lágrimas con el pañuelo. Su voz apagada y resignada me sube por el pecho desde el estómago, me llena de compasión y de ira al mismo tiempo. Oigo su letanía y su martirio.

—¡Basta ya! —grito, apartando con violencia el desayuno y levantándome de la silla.

Siempre lo mismo. Martirio, escapularios colgados en el respaldo de la cama, llanto, plegarias. Tengo unos padres inmejorables, ahorrativos, me ofrecen su desinteresado amor paternal y yo, como un Judas, les devuelvo mal por bien, me entrego al vicio y a la crápula, dilapido mi sueldo jugando a los naipes, soy un tahúr, me van a matar mis enemigos en cualquier momento. ¿Será hoy?

—¿Qué es lo que sucede, Armand?

—Nada. —respondo, lacónico—. Sólo quiero que me dejéis en paz. Ya resolveré yo mis problemas.

—Pero ¿cuáles son tus problemas? Si te sincerases con nosotros podríamos ayudarte. A veces pienso que nos hemos equivocado dándote estudios, procurando que fueras más que nosotros, pues parece que nos desprecias.

Nos hemos equivocado, distanciado, muerto. Desciende las escaleras repitiéndome soy un Judas, el hermano de Jesucristo que le vendió por treinta monedas. No vas a la iglesia, no crees en Dios ni en nada, me ha dicho mamá. Estoy maldito y lo sé. Si me miro en un espejo comprobaré que en mi corazón anida una serpiente de fatal angustia. Tengo cara de demonio, cuernos, rabo. ¿Qué es lo que me sucede? Este deseo de huir, esta náusea incesante, esta contradicción, esta basura. Debería hacer las oposiciones a profesor de Instituto y marcharme de Sava. Volver a la Literatura, regresar a Rainer María Rilke, mi ídolo: «*¡Que yo, a la salida del saber sombrío, alce algún día mis cantos de júbilo y de gloria a los ángeles afirmativos!*»

—Hola, Armand —me saluda Trinidad, la vecina del bajo derecha, mientras friega el zaguán de la calle—. Hace tiempo que no te veo, ¿estuviste fuera?

Responderle estuve en el Infierno, en un estercolero, en las fronteras de las tinieblas. Murmurar algo ininteligible, será que no coincidimos, pues permanezco como tú, gorda, encadenado a esta ciudad lluviosa del fin de las tierras. O quizá mentirle: Estuve haciendo alpinismo en la Morgue escalando las altas cumbres de la Muerte, ¿no ves mi rostro céreo, mi expresión de hambre en movimiento? Sus grandes pechos, la cara de leona, su marido alfeñique, dominado, oír por las ventanas cómo le grita.

—Estuve haciendo alpinismo —le digo.

—Pues no se te ha pegado el sol.

—Ya ves.

—Te quieres quedar conmigo —dice ella, riendo—. ¡Menudo alpinismo haces tú!

Muchas veces la he oído hablar en la cocina, cuando sube del mercado las cosas que mamá le encarga, a cambio de una propina. Hoy en día, doña Rosa, la juventud no valora nada, no tiene obligaciones, ni se comprometen con otra cosa que no sea divertirse. Y gastar dinero, apostilla mamá. Eso es, pulirlo todo, dice la gorda Trinidad. Mi hijo, mismamente, añade, se gasta íntegro el dinero del paro en divertirse con sus amigotes. Doña Rosa no me alude, pues, aunque podría criticarme, tiene la convicción de que nosotros pertenecemos a otra casta. Mis defectos son diferentes, mi perdición otra. Sin duda le impresionan las estanterías llenas de libros de nuestra casa, o tal vez papá ante su atril del comedor, leyendo a los clásicos con ayuda de una lupa.

—Don Ismael es un sabio —dijo un día.

—No exageres, Trini —murmuró doña Rosa con modestia.

—Se lo digo en serio. Mi Ceferino lo refiere muchas veces, don Ismael tenía que estar mucho más alto de lo que está en la Diputación.

—Eso puede ser —reconoció la esposa del bibliotecario.

—No hay justicia en el mundo —concluyó la obesa vecina del bajo derecha.

En la playa, más allá del monumento a los náufragos, lejana y sola, acompañada de su perro, veo a mi musa ciega, mientras en el mar algunos jóvenes se ejercitan con sus patines a vela. El cielo azul, el diáfano colorido de estos días despejados. Su vestido fucsia, el pelo recogido en una primorosa trenza cuando, ya muy cerca de ella, la oigo incluso hablar con su perro. Por el Paseo, matrimonios con hijos, que llegan hasta *La Pérgola* y allí dan la vuelta hasta los jardines de la Comandancia de Marina. Jubilados en grupos tomando el sol, ella regresando con su perro negro, cogido del arnés con la mano derecha, en la izquierda los zapatos. Sentada en las escaleras para calzarse de nuevo, quitarse la arena. Nadie diría por su aspecto que es ciega. Tal vez muy rica. Una idea macabra. Enamorarla como el protagonista de *La Heredera*, la novela de Henry James. Casarme con ella y hacerme rico, pagar mis deudas. Asco arrojando la punta del cigarrillo. ¿Es amor lo que siento por esta viajera de la noche que ni siquiera sabe que existo? «*¿Es que, verdaderamente, no te he visto nunca? Me pesa tanto el corazón, lleno de ti, como el comienzo de mi agridulce sentimiento que el corarbe corazón aplaza.*»

—Pase, la puerta está abierta —oye, a través del intercomunicador adosado al muro exterior de la casa.

Son las cinco de la tarde y siento como un valor suicida al presentarme en casa del gánster don Gunter. ¿Cuánto debo? ¿Seis millones? Para él una miseria. Algo trama. Empujar la puerta de madera de lujo, cuidadosamente barnizada, claveteada con ornamentales remaches de bronce. La mirilla superóptica desde donde poder espiar las máscaras de los visitantes que llaman al timbre, las flores del jardín a mis espaldas, el rótulo *Villa Xenon*. Pasar al vestíbulo con el agujero del estómago haciéndose más hondo y más ácido por la nicotina del tabaco, tal vez el ajo en la comida de mamá. ¿De dónde sacan los ricos el dinero para hacerse con estos chalets de lujo? Antiguo palacete de mi musa ciega. Piedra y musgo, estatuas. Espiar su casa por la parte de atrás del acantilado. Contraluz tras las ventanas,

el piano, ella sentada al lado de una anciana inválida en un sillón de ruedas. ¿Quién tiene la palabra mágica que abre la cueva del dinero? Eres un tipo vulgar e inútil, me digo. Un falso informático, un pobre burócrata con un sueldo de miseria. Divagar. El mundo es una selva y todas las fieras que lo pueblan afilan sus garras. A sus espaldas, el golpe seco de la puerta del vestíbulo cerrándose automáticamente. Ser ciudadano depredador, hombre de negocios, armador de buques, narcotraficante. ¿Por qué no? ¡Qué diferente el piso de sus padres en el Callejón de Mulcento a esta lujosa mansión del cerdo Gunter! Tras el mercado, a doscientos metros de la casa del bibliotecario Zaldívar, comienza la miseria del extramuro, las chabolas dominadas por las ratas que, en las madrugadas, salen de sus agujeros a devorar los cuerpos de los durmientes, esa carnaza tirada sobre los sucios jergones, la escoria náufraga del barrio de Corralejos, con sus chamizos contruidos con cartones y hojadelata, planchas de pizarra y barro pestilente solidificado al intermitente sol enfermo. Basurero y letrina de la ciudad costera y portuaria, fondo miserable de tiburones y emigrantes. Escombros de marineros, drogadictos y traficantes al por menor, víctimas de los grandes capos que permanecen en la sombra. Abismo de resignación y rencor, tren de carga. Cuna de delincuentes y navajas, rebaño de cuyo hedor llegaban efluvios hasta su angosto piso, tan diferente a estas paredes forradas de tela.

—¡Un momento! —oye.

Voz atiplada de una mujer invisible, la amplia escalera de caracol, los muebles de estilo, las alfombras, el suntuoso salón al fondo con las puertas abiertas. Lo recuerda todo igual a la última vez que estuvo allí, jugando una partida de suerte dudosa. Sentir, al mismo tiempo que el miedo a esta cita amenazante, una inmensa sensación de fracaso. Hombre solitario y sin familia, Salustiano Gómez, alias don Gunter, oficialmente armador de barcos de pesca, había hecho sus primeros millones explotando el negocio de los congeladores de altura que faenaban más al norte del Gran Sol. Mirarse en el gran espejo del vestíbulo,

el barroco y ancho marco dorado, su palidez, la cazadora de cuero marrón y el jersey gris de cuello alto. Tener conciencia de ser material de derribo, hoja muerta empujada por el viento. El tic, esa contracción que, desde hace unos meses, le cruza la comisura del lado derecho de la boca. Jungla y trampa. Víctima y verdugo, comer y ser comido, cuerpo encima y cuerpo debajo. Esperar que aparezca la mujer de la voz, saber que es un paria contradictorio. Súbitamente piensa en la ciega del perro negro y un resplandor fugaz, de íntima alegría, le cruza el corazón. Sentirlo. ¿Es esto el amor del que hablan? ¿O acaso es éste un sentimiento tan raro como el de la fe en ese dios concreto y justiciero de los creyentes? Son las cinco y diez minutos de la tarde en el falso *Rolex* que compró por dos mil pesetas a un indio del *Zoco Cosmopolitan*, frente al Museo Provincial de Arqueología. Al fin, los pasos por la escalera, los zapatos de alto tacón, los tobillos redondos, las piernas desnudas visibles por la abertura de la larga bata. Moldeado su cuerpo escultural, el rostro moreno y brillante, de crema de belleza. El pelo negro y ondulado, los ojos también negros, la boca grande, recién pintada. Los pechos sueltos, sin sujetador, bailándole bajo la tela semitransparente. Su olor.

—Perdone el retraso —dice—. Venga conmigo.

Parece una mujer joven y alegre. La mirada encima, recorriéndome la piel, el cuerpo, la cazadora de cuero, los ajustados pantalones *Levis* de pana. Contoneándose delante de mí me conduce al salón. Recordar los cuadros pésimos, chillones, el lujo hortera de los muebles. Huele a dinero fácil y sucio, pero, sobre todo, al perfume de ella. El dibujo de su espalda carnosa, las caderas. Sentir una sombra de deseo, como la caricatura de una pasión momentánea y suicida. Abrazarla súbitamente y besarla sería una locura. Gritaría. Aunque tal vez no. Se le ve mueca de golfa. Unas nubes ensombrecen la claridad que entraba por el ventanal.

—Es una lata estar sola. ¿Quiere una copa mientras llega *Salus*? —me pregunta—. Siéntese, por favor.

El sofá es de cuero verde claro, hondo y blando como una trampa. Ella de pie, frente a mí, ofreciéndome una copa de lo que desee. La mirada fugaz al carrito con botellas y bebidas.

—Tal vez un whisky —digo, haciéndome un poco el estúpido interesante.

Los vasos. Sentada en una silla, tiene una pierna sobre la otra. Su carne morena, de infrarrojos. Tal vez Gunter la conoció en un *night-club*.

—Es una lata estar sin servicio —dice—. Pero el domingo se me va la chica después de comer y la cocinera no viene hasta poco antes de la cena.

Apliques de cristal tallado. Realmente es una hembra provocativa. El brillo del *rouge* sobre los labios gruesos, las manos cuidadas, las largas uñas pintadas de un rojo oscuro.

—Espero que no tarde Salus en llegar. ¿Nos conocemos?

—Creo que no.

—Sin embargo, su cara me resulta familiar —insiste.

Quizá hemos coincidido en algún estercolero, le diría. Absurdo decirle soy Armand Zaldívar, pues parece que entre nosotros las reglas de urbanidad son imposibles matemáticos.

—Si quiere, quítese la cazadora, pues todavía tenemos puesta la calefacción —dice.

—No es necesario.

La primavera del Noroeste equivalente al invierno del Sur es una reflexión breve. La cabeza de ella echada hacia atrás y su bocanada de humo con gesto de cabaretera de lujo.

—Me llamo Olga.

—Encantado.

—Gómez y yo vivimos juntos desde hace dos meses —me explica.

—Estupendo.

—¿Se conocen ustedes hace tiempo?

—Bastante —respondo, alucinado por el tipo de conversación de esta *starlet* de serial televisivo.

—Pues es raro que Salus no le haya invitado a casa. Últimamente hemos tenido mucha vida de relación —me aclara, sonriendo.

Nunca le llama Gunter, como solía hacerlo Consolación la Fúnebre, la otra amante del gánster que yo conocía, una rubia hosca y recelosa, que siempre nos recibía como si fuéramos a quitarle algo. Sobre la pequeña mesa de cristal, un *Flaminaire* de oro junto a la tabaquera de piel de serpiente.

—¿Un cigarrillo? —me ofrece, cogiendo la tabaquera y mostrándomela abierta.

—Gracias —respondo, eligiendo un *Winston*.

Su mano aterciopelada sostiene el encendedor con la ondulante llama. ¿Pretexto para tocarla? El rumor del gas saliendo, los labios aspirando el humo. Por un instante me asalta la idea de conquistarla para tenerla como cómplice y conseguir que el cerdo Gunter me deje en paz. Tal vez olvidaría mi deuda. ¿Y si ella es un cebo, una trampa? Besándola se abre súbitamente esa puerta del despacho del mafioso Gómez y salen sus dos matones. Cogido *in fraganti*. ¿Cómo te atreves? Ella gritaría. Me forzó, cariño, yo no le provoqué. Quería violarme. Fue un instante, una suposición lógica y a la vez absurda. Lo mejor no bajar la guardia. ¿Para qué me han llamado? Pedirme el dinero, por supuesto. Pero ¿por qué aquí?

—Parece que tardan —dice ella, viniendo a sentarse inesperadamente en el sofá—. Quitate la cazadora, hace calor —tuteándome.

Miedo súbito. Es una trampa. Pueden matarme, buscar un pretexto. Violar a su hembra es más que jugarte la vida a la ruleta rusa. Su brazo detrás de mi hombro, apoyándose indolente. Creo que tiene acento cubano. Llorona, gatzmoña, mimosa, falsa.

—Perdona, pero si Salus no viene creo que debo irme. Volveré otro día —digo.

—Ya le conoces, él suele llegar tarde a sus citas, pero nunca falta. Si hubiera cambiado de opinión me llamaría... —murmura Olga, aproximándose más, echándose



una bocanada de humo al rostro—. ¿Es que no te fias de mí?

—¿Yo?

—Sí, tú.

Ahora tiene en una mano el cigarrillo y en la otra el vaso de *whisky*.

—Brindemos.

—¿Por qué?

—Por nuestra amistad. ¿Es que no vamos a ser amigos?

Sus senos mórbidos aflorando por el escote de la bata, la carne aterciopelada, de un moreno mate. Poner mi expresión fría, *cara de póker*, hacerme el caballero con ella.

—No te preocupes, oiremos llegar el coche —dice.

Miradas, contactos con sus rodillas, las piernas desnudas, uno de los zapatos de fino tacón sobre la alfombra y, sobre todo, el perfume. Intenso, penetrante, embriagador. Una mezcla de exótica esencia y visceral olor a carne de mujer. Limpia, enjabonada, con cremas *body-milk*. Maldita sea. Aborrecer mi enfermedad, mi vicio por el juego, ese imán poderoso que me aparta de las mujeres. Sólo Nené, la ramera. Y Miriam, la ciega; pues hoy averigüé su nombre, cuando la llamaron desde el jardín de su casa al regresar de la playa.

—Un sorbito más.

Llenarnos las copas, sol y sombra por el ventanal, pasan las nubes. Sentir su mano en mi pecho desnudo, desabrochándose la camisa. Caricias de mujer sensual, sin dejar de mirarme a los ojos, muy cerca su boca de la mía. Qué brillante pelo negro como la noche. Lentamente abrazarla, los cuerpos en tensión, las copas, los cigarrillos abandonados por inservibles. Su mirada muy cerca, quemándome sus labios gordezuelos y sensuales. Ligeramente estrábica tal vez, su ansiedad de hembra, me roza con los labios el lóbulo de la oreja, besándome en el cuello. Recoñéndome el rostro, los ojos, los pómulos, mi boca. El cuerpo desnudo bajo la bata, sus manos de largas uñas accionando con prisa la cremallera del pantalón. La pose-

sión mutua, apresurada, delirante y febril. Después, en el mullido sofá, el abandono de los cuerpos, la voz entrecortada de Olga susurrándole ha sido maravilloso. Vestirse y componer el escenario, el pelo, el arrebol de la mirada. Eliminar cualquier vestigio del placer, antes de que en la puerta de *Villa Xenon* se detenga el *Citroën XM* de Salustiano Gómez, que viene acompañado de su chófer, Pulgui, y de los guardaespaldas Chino y Culebra.

—Ya vienen —dice la mujer—. Tú, tranquilo —añade.

Todavía en el aire queda la obnubilación de los sentidos, las palpitations del corazón, como libélulas iluminando la luz sombría del cielo que, poco a poco, se ha ido cubriendo de nubes. Seremos buenos amigos, dijo ella, yendo a abrir la puerta. Asentir con la cabeza, ponerse de pie. Encender, nervioso, otro *Winston*. Le dominaba una viscosa apatía, manchada de miedo. Conocía lo suficiente a don Gunter como para sospechar que le iban a dar un ultimátum. Entraron rápidos, en silencio; Gómez seguido de sus dos matones, mientras Pulgui continuaba al volante del automóvil escuchando por la radio las incidencias de los partidos de fútbol.

—Tienes una visita —oyó que le decía Olga en el vestíbulo al dueño de la casa.

El despacho del capo, donde Zaldívar ha sido conducido poco después, es amplio, de paredes sepia, con óleos representando el mar, muebles modernos, la mesa escritorio lacada en blanco y negro, como una ficha de dominó. Dos sillones, tres sillas, un mueble bar, el suelo de parquet. Sobre el suntuoso sillón giratorio, tras la mesa, Salustiano Gómez, alias don Gunter, ha cerrado los ojos durante unos segundos, como si murmurase una plegaria. Después se ha aflojado el nudo de su corbata, de un rojo chillón con motas negras, y observa inquisitivo y hostil a Armand, el cual ha sido invitado a sentarse en uno de los dos sillones colocados en ángulo ante la mesa. Los dos matones, Chino y Culebra, como dos estatuas de rígido cartoné, permanecen de pie a ambos lados de la cerrada puerta del despacho. Tose don Gunter, su gruesa mano peluda levanta la tapa de

una caja de taracea, extrae un grueso y largo habano, lo agujerea con un punzón de plata. El Chino, aproximándose solícito, toma de encima de la mesa el pesado encendedor que representa un elefante y prende la llama para que su amo encienda el cigarro. Nubes de humo azul, varias sucesivas aspiraciones, otra tos. Se incorpora don Gunter y, en silencio, como reflexionando, de espaldas a los presentes, mira por el ventanal que da al jardín. Arboledas, los tejados rojos de las lujosas viviendas de la urbanización.

—Sírreme un *vodka*, Chino —dice.

Rumor de cristal en el mueble bar, el sonido del tapón de la botella. Salustiano Gómez es obeso, de abultado abdomen y de mediana estatura, fornido cuello corto, semicalvo, vestido con un traje de alpaca azul oscuro. Su rostro cuadrado, de duras facciones y pobladas cejas negras, recuerda el de un rudo descargador de muelle.

—Tenga, jefe —dice el Chino, ofreciéndole el vaso con *vodka*.

—Sírvele a Armand lo que quiera —dice el capo.

—No, gracias —rehúsa Zaldívar, encendiendo un cigarrillo de los suyos con un fósforo.

El Chino es un sujeto diminuto y amarillento, con el pelo lacio y oscuro, brillante como si le hubieran echado aceite. Mirarme al pasar junto a mí entrecerrando los ojos, escrutándome. Su traje negro a rayas grises. Detrás de mí, Culebra, como llaman al matón principal de don Gunter, tose dos veces. Quebradiza y agresiva, afónica tos de rata de alcantarilla. Alto y flaco, corbatín de pajarita, alborotada cabellera hirsuta y canosa, patibularia expresión. Malhechor genuino, reencarnación de pirata o verdugo, Jack el Destripador. Sobre todo por la mueca que altera la expresión de su rostro, debido a la profunda cicatriz que surca, como un latigazo, su mejilla izquierda. Ojillos de roedor repugnante, de un matiz cobarde y sádico.

—Te he hecho venir por lo que tú sabes —dice don Gunter, sin volverse.

Fumando el habano con parsimonia, a intervalos un sorbo de su cochino *vodka*.

—Lo supongo —dijo el joven.

Pausa breve, suena un claxon en la avenida de la urbanización, la tarde languidece, el Chino enciende la lámpara de pie del rincón.

—¿Y qué tienes que decir? —inquire el obeso Salustiano Gómez, volviéndose hacia Armand y dejando la copa sobre la mesa—. ¿Crees que voy a tragarme esta mierda? —exclama, furioso, sacando de uno de los cajones de la mesa un grueso fajo de billetes que arroja con desprecio a la cara de Zaldívar—. ¡Esto es dinero falso, cabrón! ¿De dónde lo sacaste? ¿Es así como vas a pagarme lo que me debes?

—No sé a qué te refieres —protesta Armand—. ¿Qué rollo es éste del dinero falso?

Los billetes de mil dispersos por el suelo. La voz de rata insistiendo:

—Entonces, ¿me lo he inventado yo? ¿Es que me tomas por imbécil? Vamos, Chino, dilo —dice don Gunter.

—Este capullo me citó en los billares *Nevada* y me dio un paquete con ese falso dinero. Me dijo, dile a don Gunter que gracias por esperar tanto tiempo a que le pagara, que no lo olvidaré nunca. Yo, lógicamente, me alegré. Dije para mí, Armand es un tipo legal y así se lo expresé allí mismo —informa el Chino, como recitando una cantinela aprendida de memoria—. Luego comprobamos que eran billetes de imprenta y dijimos esto no puede quedar así.

—¡Todo eso es mentira! —grita Armand, intentando levantarse del sillón, pero Culebra se lo impide—. ¡Sé que te debo seis kilos, Salus, pero jamás he tenido nada que ver con el Chino ni con este dinero!

—¡Mierda! —vocifera don Gunter—. ¿Sabes que puedo denunciarte a la Policía? ¡Tengo los recibos de lo que me debes! ¡Traficar con dinero falso es un delito! ¡Quién me indemniza a mí? ¡Chino, otra copa!

Era una farsa, una invención. Nube negra del miedo, me acosan. Mientras el Chino repite conmigo no se queda ningún figurín, Culebra, en tono de predicador, me recrimina mi vicio por el juego de cartas. Intentar tranquilizarme.

—¡Te prometo pagarte en un mes, Salus! ¡Te lo juro!

—¿Cómo? Dime, guapo de cara, ¿cómo me vas a pagar? ¿Con más billetes como éstos?

Un engranaje diabólico me cerca, lo sé. Inútil repetir que no tengo nada que ver con ese dinero. Una baba pegajosa, Culebra a la derecha, el Chino a la izquierda, frente a mí el obeso don Gunter. Van a pegarme. ¿Qué quieren que haga? ¿Qué es lo que ocultan? El capo dejó el habano en el enorme cenicero de cristal de roca, rodeó la mesa, se colocó ante el joven Zaldívar.

—Bien, creo que ya es tiempo de que se te aclare la memoria —dijo.

El sudor frío. Sin embargo, la cazadora le daba calor. Los ojos saltones y abombados de don Gunter, sus manos gruesas y peludas. Una sortija de oro con tres piedras preciosas en el dedo anular de la mano izquierda. Brillante, rubí, brillante. Su barriga de cerdo, su calavera semicalva, la corbata chillona.

—¿Dónde está mi dinero? ¿Cuándo me vas a pagar?

—Nunca, jefe, estos viciosos miserables no pagan nunca —dijo el Chino, en tono monocorde.

—Seguro, don Gunter —apoyó Culebra—. Este tipo de elementos no carburan si no se les engrasa como es debido.

Y su mano le cogió por el hombro, como una garra. Le levantó con inusitada fuerza de la silla, le giró hacia él. El mentón, la cicatriz, la mueca cruel y despectiva.

—¡No te hagas el *agnus dei* con nosotros! —dijo, arrojándole otra vez sobre el sillón, como si fuera un despojo repulsivo—. ¡Ahí lo tiene, jefe! ¡Es un maldito hijo de perra!

—¿Dónde está mi dinero? ¿Cuándo me vas a liquidar? —insistía don Gunter—. Para mí seis millones es calderilla, ¿lo oyes? Pero está en juego mi prestigio, ¿entiendes? Además, me has timado con los billetes falsos y eso no te lo perdono.

—No sé de qué me hablas, Salus —repitió Zaldívar.

Me agarró con las dos manos por la camisa, tiró de mí hacia arriba para que me pusiera otra vez de pie. A los la-

dos se refan sus dos matones. Los ojos de Gunter frente a los míos. El dolor de estómago, los intestinos revolviéndose.

—Yo sí sé de lo que te hablo —dijo él—. ¿Sabes que puedo hacerte fosfatina? —añadió, golpeándome con repentina furia en el bajo vientre.

Un dolor punzante, de ahogo, que me subía hasta la garganta.

—¡De mí no se ríe ni Dios!

Bofetadas en el rostro, el puño en el estómago, la rodilla otra vez clavándose en los testículos. Gritar como un niño, me empujó hasta la puerta, cayó el sillón, se me clavaban en la espalda los relieves de la madera. Pensé, me rajan con una navaja, me envuelven en un saco de plástico y me tiran al mar. La cabeza girando, el dolor del labio partido, sangraba, los testículos. Don Gunter siguió golpeando a intervalos regulares.

—¡Te juro que te pagaré, Salus! —repetía Armand.

En el suelo le patearon el Chino y Culebra, mientras don Gunter encendía otro habano. Era ya de noche cuando le introdujeron a empellones en el *Citroën*.

—Arranca, Pulgui —dijo Culebra.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chófer.

—A la escombrera —respondió el matón.

Poco después, casi inconsciente, sintió que le arrojaban sobre el informe material de derribo. Un dolor punzante en la espalda, el sabor a sangre en la boca.

**NOCHE** de luna llena. Me lo ha dicho Flora:

—Esta noche hay luna llena.

Su voz en mi dormitorio de la planta primera. La puerta entornada y echado sobre la alfombra del rellano de la escalera, *Niebla*, como todas las noches, se dispone a velar mis sueños fuera de la alcoba. Pasos acolchados del ama de llaves doblando la ropa de su señorita Miriam, el camión que huele a esencia de lilas, la bata de seda. Sentarse ante el espejo de la coqueta. Las manos de la joven buscan el cepillo mientras Flora le deshace la trenza. Son las once de la noche de un día de finales del mes de mayo, el anticiclón sobre el noroeste, en la cadena musical un disco compacto con uno de los cuatro *improntus* de Federico Chopin. Al piano Ernest Obermaidan, uno de sus mejores intérpretes. Por el entreabierto ventanal ascienden los aromas primaverales del jardín. ¿Cómo será el resplandor de plata de la luna?

—Hoy me ha ocurrido una cosa extraña —dice.

Flora guarda silencio, la trenza deshecha, el cepillo arriba y abajo, suavemente, mientras la joven juguetea con sus horquillas sobre el mármol frío. Ha sido esta tarde, en la inauguración de la nueva sala de música del Colegio Santa Lucía. Papá en las primeras filas, detrás mis amigas Chon y Marielvi, pues Mamen no ha podido asistir. En el escenario el director, señor Azcárate; los directivos, un concejal del Ayuntamiento de Sava. Han cantado primero los niños y niñas del Coro, dirigidos por el nuevo director, un joven músico recién ingresado en el Claustro. Pálido, desmedrado, con largos cabellos enfermizos y gruesas gafas. Después ha habido una serie de discursos y, para clausurar el acto, *la profesora del Centro, señorita Miriam Montemar, interpretará al piano algunas obras de Federico Chopin*. Un cartel en el vestíbulo, un anuncio en la prensa local: *Cincuenta aniversario del Colegio Santa Lucía de la Organización Nacional de Ciegos*. Por la ma-

ñana fiesta escolar, pruebas deportivas, chocolate y bizcochos para los párvulos. Entrada libre.

—No he estado nada nerviosa, aunque sentía que el salón estaba lleno. ¿Sabes? Los niños del Coro han cantado *La nana del azafrán*. ¿Te acuerdas?

El ama de llaves ha detenido un instante el ritmo del cepillado del pelo.

—Naturalmente que me acuerdo —murmura—. ¿Cómo no acordarme si te la he cantado miles de veces?

Sensaciones remotas. En la inmensidad oscura de su noche, Miriam siente un instante cómo Flora le cantaba aquella *nana* para que se durmiera.

—Pero dime, Miriam, ¿qué cosa extraña te ha ocurrido hoy?

—Ha sido al terminar el acto, cuando abandonaba la sala con papá y mis amigas. Mucha gente se ha acercado a mí para felicitar-me...

—Eso es estupendo, no tiene nada de extraño.

—No, claro que no. Me refiero que en un momento dado, ya en el vestíbulo, se me ha acercado un hombre, alto, yo creo que delgado, y joven, quizá algo mayor que yo y...

—¿Y qué?

—Me ha cogido la mano y me ha dicho, enhorabuena, Miriam, has estado genial...

—¿Y después?

—Después nada, se ha debido marchar, pues ni siquiera me ha dado tiempo a darle las gracias.

—Tendría prisa. De veras, querida, sigo sin ver que eso te extrañe.

—Lo que me ha llamado la atención ha sido su voz.

—Me lo imagino —comenta el ama de llaves, terminada su labor de cepillarle el pelo.

Miriam ha girado su cuerpo en el taburete de la coqueta, ha dado la espalda al espejo y se ha puesto de cara al ama de llaves, la cual se ha sentado a los pies del lecho, todavía con el cepillo del pelo en la mano. Su rostro delgado, la mirada severa y lejana, la cabellera entrecana recogida en un moño.



—Al oírle he sentido un estremecimiento porque su voz ya la había oído antes, pero no en la realidad, sino en sueños —dice la joven.

—¿En sueños?

—Sí, varias veces he soñado que voy en un barco de esos antiguos que iban por el Nilo, o el gran Mississippi, de enormes paletas y altas chimeneas...

—Yo también suelo soñar con la misma escena —dice Flora—. Sueño que me caigo por el espacio y cuando me voy a estrellar mi pobre madre, que en Gloria esté, me coge en brazos. Y le digo, madre, te he visto antes diciéndome adiós con la mano... Ella se ríe y me besa. No es raro soñar a veces las mismas cosas. Y dime, ¿qué te dice la voz de tu sueño, lo mismo que ese señor de la sala?

—No, el joven de hoy sólo me ha dicho lo que te he contado. El otro, el del sueño, me habla más. Viaja en el mismo barco que yo y me suele preguntar por qué voy sola siendo tan hermosa...

—¡Mira qué bien! ¡Qué chico tan inteligente! —exclama la gobernanta.

En el aire ha cesado la música del cuarto *improntu* de Chopin. La brisa es ahora más intensa, agita los suaves visillos transparentes del ventanal, en el que, a intervalos regulares, se refleja el débil destello del Faro de Poniente. En la penumbra del dormitorio, decorado con algunas delicadas litografías enmarcadas representando escenas campestres y miniaturas de músicos célebres, abren sus ojos de vidrio en la vitrina las numerosas muñecas que Miriam conserva como un tesoro desde su niñez. Frente a Flora, las piernas semidesnudas cruzadas, el escote de la bata y el camisón, muestran a la cansada contemplación del ama de llaves toda la delicada belleza del cuerpo de Miriam, al tiempo que, como una cruel paradoja, sus bellos ojos verdes miran hacia ninguna parte, con la soñadora expresión del que busca un mundo amado, perdido en el laberinto de las tinieblas.

—Pero lo extraño es que la voz de hoy era la misma, y lo que imagino cuando sueño, las sensaciones que tengo,

son idénticas a las que he sentido hoy. Ha sido un instante, pero dentro de mí es como si el saludo de esa persona hubiera durado mucho tiempo... Por eso te digo que me ha ocurrido algo muy extraño...

—Quién sabe, hijita —dice Flora—. A veces las cosas que suceden tienen un sentido anterior o una trascendencia futura. Porque, como me inculcó mi madre, todas las cosas tienen un porqué. ¿Y dices que este señor de hoy no te ha dicho nada más?

—Nada más que lo que te he contado. Pero, al estrecharme la mano, he experimentado una sensación profunda, como si su contacto me quisiera decir algo, pedirme alguna cosa... Inquieta, le pregunté a Marielvi si él se había ido, pero ella me dijo que no se había dado cuenta, pues estaba hablando con papá.

Suspirar hondamente, levantarse del taburete, caminar en diagonal hasta el ventanal y aspirar el aire marítimo de la noche.

—Será que ya estás impaciente por enamorarte de alguien —murmura el ama de llaves a sus espaldas—. Cuando el amor está a punto de llegar, se presiente.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Por cierto, ¿estuviste enamorada alguna vez? —le pregunta la joven, sin volverse.

Flora del Beato hace un respingo. Espesa y vigorosa cabellera gris ceniza, pómulos salientes, palidez, manos huesudas, frías. Aunque la conoce desde que nació, todavía el ama de llaves es un enigma para ella.

—¿Te molesta mi pregunta?

—No, hija, nada de lo que tú me digas puede molestarte.

—¿Entonces? ¿Estuviste enamorada?

—Sí —dice al fin la gobernanta—. Cuando tenía tu edad, o quizá menos, me enamoré de un sacerdote.

Sorpresa al oírla.

—Resulta fascinante —dice Miriam, sin cambiar de postura, como si estuviera embelesada ante la apoteo-

sis de la luna llena que ilumina la inmensidad del Atlántico.

—Yo era entonces pura como las blancas azucenas. El era el párroco del pueblo donde nací y, durante su primera Misa cuando llegó, supe que era mi amor imposible. Se llamaba Celso y era rubio, como tú, y también inocente e idealista. Pretendía enseñar la verdadera doctrina cristiana en la aldea, pero fracasó.

Presentimiento de lobos en torno a los amantes, olfateaba el Demonio la sangre del Cordero. Helados vientos, aguaceros sobre los frondosos bosques de pinos. Me emocionan las palabras de Flora, me estremezco. Siento todavía, como un hierro candente, el calor de la mano de él en la mía. Y un oscuro drama en el corazón de nuestra buena ama de llaves. Una estrella fugaz surcó el cielo de plata en dirección a la Nebulosa del Cangrejo, pero Miriam no la pudo ver. El rumor del surtidor del jardín. A veces la sirena de un barco.

—¿Qué es lo que piensas? —le preguntó Flora.

—Realmente no pienso en nada —respondió la joven—. Siento dentro de mí una extraña inquietud. Pero no es miedo, sino una especie de impaciencia, como cuando esperas una noticia importante en tu vida.

—Lástima que no pudieras hablar más con esa persona que te saludó y que, al parecer, te impresionó tanto.

—Sí, lástima. Aunque, quién sabe, tal vez vuelva a encontrarme con él. Del mismo modo que hoy llegó hasta mí puede hacerlo en otra ocasión.

Cuando Flora del Beato apaga la luz de la lámpara y abandona la estancia, después de dejar a Miriam en el lecho y de besarla en la frente, como cada noche desde que era un bebé, la alcoba aparece iluminada por la diáfana claridad de la luz lunar. En la mesilla parpadea el tic-tac rojo del radio-reloj digital que marca las doce de la noche. Miriam, boca arriba en el lecho, con los ojos abiertos a su permanente oscuridad, escucha el rítmico palpar de su corazón como un eco lejano de algo que no le perteneciera. Porque su mente toda, su exuberante imaginación de

sensaciones, sonidos, olores, tactos y temperaturas, está viajando con ella sobre la cubierta de un barco antiguo, de tres altas chimeneas empenachadas de humo negro y grandes ruedas de paletas. El poderoso rumor de sus máquinas, la estela espumosa que va dejando en el agua verde, el ondear de una bandera en su mástil. Brilla el sol en el cielo, mientras ella se protege de sus rayos con una sombrilla multicolor.

—*Perdone mi atrevimiento, pero ¿cómo es que se encuentra tan sola después del clamoroso éxito de su concierto de piano?* —oyó a su espalda.

Era la misma voz que había oído al salir del salón de actos de Santa Lucía, después de interpretar los cuatro *improntus* de Chopin, cuando aquel hombre desconocido le tomó suavemente la mano y, estrechándosela con calor, dejó en ella una sensación honda y cordial, como una llamada lejana, o un grito de auxilio.

—*Ya ve, viajo sola porque nadie me ama* —dijo ella, volviéndose hacia la otra tiniebla desde donde venía la voz.

—*¿Nadie la ama siendo tan joven y tan hermosa?*

—*Nadie* —respondió.

¿Se había dormido ya y estaba soñando o estaba despierta? Una intensa emoción embarga su alma. Una impaciencia del corazón la atenaza. ¡Quiero ver! ¡Necesito ver! ¿Por qué, Dios mío, por qué?, se pregunta en un raptó de debilidad. Inmóvil en el lecho, gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas de porcelana, satinadas por la luz de la luna que penetraba por el ventanal. Al otro lado de la puerta, *Niebla* siente un escalofrío y alza la poderosa cabeza. Su negra figura tiene sugerencias de misterio, como un *medium* capaz de comunicarse con el inconmensurable universo de lo desconocido.

SU mano como un pájaro en la mía. Tan cerca su ciega mirada de esmeralda. Sus cabellos dorados. El timbre de plata de su voz. Muchas gracias, me dijo. Realmente le robé su mano como un ladrón al acecho y, sintiéndome indigno de ella, huí. Estuviste genial, fue mi entrecortado elogio. Y ahora, como si su contacto de terciopelo me trajera la suerte, estoy ganando al póker en esta nueva partida con otras momias. Todavía me duelen en el rostro, en el pecho y en el bajo vientre los golpes de don Gunter, del Chino y del patibulario Culebra. Arrojado a la escombrera como si fuera basura. Salvar la vida.

—Te hemos dado un ultimátum que termina el uno de septiembre —me dijo Culebra por teléfono al día siguiente—. O pagas, o considérate un fiambre.

Es medianoche y mis ganancias ascienden a más de cuatrocientas mil. Pero mi vieja deuda con don Gunter son seis millones. Después está la viuda Lupino y su matón Sinelabe. Deudas menores con el mirón Estanislao, el *inversor*, y con Nené. ¡Puerca miseria! Un cigarrillo encendido, el vaso de *whisky* con hielo, la mesa con el tapete verde. Mi casi diaria decoración, mi liturgia. Recordar la novela *El jugador*, de Dostoyevsky. Pero ahora es diferente. He estrechado su mano tierna; he estado junto a ella, siquiera un instante. Le he dicho: Enhorabuena, estuviste genial. O algo similar. Su dulzura, su sorpresa dibujada en las pupilas verdes.

—¡Estás enamorado como un imbécil! —exclamó Gervasio Menéndez cuando se lo conté.

—En todo caso sería un amor imposible —le dije.

—¿Imposible? ¿Por qué? ¡Solamente hay un imposible, poder escapar de la cochina Parca! —gritó, fuera de sí.

A jugar a casa de las Siamesas Viacrucis me ha traído don Florentino de Sebastián, el médico del personal civil de la Comandancia de Marina. Recetarme unas pastillas sedantes. Buen tipo. Cuando supo la gravedad de mi esta-

do financiero, las amenazas de muerte de don Gunter y las tenaces requisitorias del matón teñido y con gomina de la viuda Lupino, me aconsejó que me dejara llevar un poco por los acontecimientos, sin obsesionarme.

—Yo mismo, siendo un facultativo, padezco crisis y en ocasiones no sólo juego a las cartas, sino que, sinceramente, bebo hasta embrutecerme —me dijo.

Viudo, obeso, cincuentón, congestionado, el pelo gris, el traje grasiento, la corbata antigua, la camisa amarillenta, el sombrero de fieltro tipo las películas de Edward G. Robinson. Está a mi lado, mirándome a través de los cristales de sus pequeñas gafas de plata, que se le escurren hacia el extremo de la nariz. Ojos claros, rodeados de grandes bolsas. Al andar arrastra los pies con cierta dificultad, como si sus deformes zapatones los llevara lastrados de plomo. En la comisura de los labios un cigarrillo, la mueca de circunstancias.

—Tú barajas —me dice, con una mirada de complicidad.

Por el camino hasta la casa de las Siamesas ha venido haciendo sarcásticos comentarios sobre nuestra ruina común y de la esperpéntica desolación que nos rodeaba por el extramuro de Entrevías.

—Lo importante, amigo Zaldívar, es sobrevivir —me dijo—. Entender que el significado de la vida es idéntico al de la muerte. Serenar nuestro espíritu, mi joven amigo, pues a la postre no somos otra cosa que el eslabón de una cadena que llega al infinito. La precariedad económica tiene estas cosas, es como un tobogán. Si caes en él lo probable es llegar al fondo del pozo, con los sapos y las culebras. De modo que intentemos no caer —prosiguió—, y para ello lo mejor es ganar al póker esta noche, aunque sea haciendo trampas. Por cierto —se interrumpió—, yo soy viudo y no tengo hijos. Y tú, ¿eres casado o soltero?

—Soltero —respondí.

—¿Y tienes novia?

—Por el momento no.

Hubiera querido hablarle de Miriam, pero la sentía tan

inaccesible, a pesar de su frágil vulnerabilidad de invidente, que preferí no decir nada. Estábamos frente a la vieja y abandonada estación del extinguido ferrocarril de vía estrecha. Un edificio en ruinas, de una planta, que se alzaba ante nosotros, con sus muros sin techumbre y los escombros de los edificios contiguos rodeándolo todo. Espectros del pasado, los andenes, el reloj con el cristal roto y sin la aguja del minutero, colgando como un ahorcado de una escuadra de hierro. Un poco más allá las vías férreas levantadas y, más lejos, al otro lado de la fantasmal torre de control, un grupo de casas modestas, de mustias fachadas. Un antiguo convoy de plataformas se hallaba estacionado en una vía muerta, con las oxidadas ruedas entre los altos hierbajos. Su apariencia de fósil.

—Me parece bien que no tengas novia —me dijo el estrambótico doctor—. Pero lo que sí has de procurar es tener un amor. Aunque sea imposible. Es más, yo diría que lo mejor es esto último, es decir, que sea imposible, como un sueño inalcanzable. Pues nada hay más excitante que los deseos largo tiempo insatisfechos —añadió.

Este es el momento de hablarle de Miriam, pensé, mientras nos dirigíamos hacia las casas de enfrente. El último destello del sol crepuscular en su cara, los pelos de su barba mal rasurada, un mechón de pelo gris escapando bajo el mugriento sombrero.

—En ese sentido he de decirle que creo estar enamorado de un imposible —murmuré.

—No me hables de usted. Y enhorabuena entonces. No obstante, te eximo de contármelo, pues esas cosas son muy íntimas y, como las flores cuando se tocan, se marchitan si se habla de ellas. El amor, cuando es verdadero, hay que sufrirlo, sentirlo y gozarlo en lo más profundo del corazón —dijo él—. Y ahora vamos a echar una partidita con las Siamesas Viacrucis —conchuyó, haciendo un gesto hacia una de las casas de enfrente.

A lo lejos se alzaban los edificios de la ciudad, las grúas del puerto, la colina con la estatua del Sagrado Corazón, el mar sombrío y rojizo.

—Tengo lo justo, doctor —le informé.

—Eso es lo de menos —murmuró él, sin apartar la mirada de los edificios—. Yo llevo lo suficiente y, sobre todo, una baraja marcada que, si cuela, nos puede venir de perlas.

Brillaban sus pupilas grises. Las tinieblas de la noche se cernían ya sobre la explanada, por la que deambulaban bultos oscuros, como almas en pena. Habitantes de los suburbios, mendigos harapientos hurgando en los montones de basura. Al fin, penetramos en un angosto portal, alumbrado por una débil lámpara. Un hombre encorvado nos salió al encuentro.

—Vamos a casa de las Siamesas —dijo don Florentino.

—Escalera tercera, puerta cuatro —rezongó el otro.

En el rellano del tercer piso, una ventana sin cristal. A través del hueco veo la explanada, ahora iluminada por la luz de la luna llena, las vías, el andén, la fantasmagórica estación. *Ella* otra vez, su mano cálida y tierna. Son momentos fugaces, los siento. Llamarla por teléfono. Buscar el número en la guía. Montemar. El doctor aplica el oído a la puerta, llama con los nudillos.

—Señora doña Viacrucis —dice en un susurro, acercando la boca a la mirilla metálica.

Su rostro, su expresión de científico loco. Un instante después vuelve a llamar.

—Soy yo, don Floren —insiste.

Oír su entrecortada respiración, tal vez enfermo de bronquios. Voluminoso, hueco, lleno de líquidos y gases. Imaginarle flotando en un estanque, o en el mar. Un tonel. Un naufrago. Ideas absurdas. Unos pasos menudos se acercan al otro lado de la puerta.

—Están, creí que a lo mejor no había nadie —dice.

La puerta se abre lentamente y aparece un rostro de mujer en el pequeño espacio que deja una cadena de seguridad.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—¿No me conoce? —pregunta don Florentino—. Soy el médico que vino a vacunarlas. ¿No me recuerda? Usted



misma me invitó a venir a las partidas de los viernes por la noche. Incluso, me dijo que podía traer a un amigo; por esa razón me he permitido venir acompañado de este joven, el cual no sólo es de toda confianza, sino que yo respondo por él —se explica el doctor.

La mujer, que aparenta tener unos cincuenta años, hace un gesto de extrañeza y, no muy convencida, desengancha la cadena y nos franquea la entrada. Olor a humedad, un gato pardo en el pequeño vestíbulo, un largo corredor. Sobre la consola de la entrada la imagen de una santa muestra las palmas abiertas de sus manos taladradas por clavos como las de Jesucristo.

—Pasen —dice la mujer—. Usted debe haber hablado con Loli, mi hermana siamesa, la cual, lógicamente, se llama también Viacrucis oficialmente, como yo, pues somos idénticas, ya que nacimos unidas por el vientre y luego nos separaron. Sin embargo, en familia ella se llama Loli y yo Chelo, para distinguarnos.

—Sin duda tiene usted razón, debí hablar con su hermana Loli —asiente don Florentino—. Entonces, ¿tienen hoy partida?

—Sí, pero vienen muy pronto. Todavía no han llegado los jugadores. Se suelen retrasar por el tráfico —nos explica.

La mujer camina delante de nosotros por el corredor y cojea visiblemente al andar. Su cuerpo, menudo y enjuto, vestido de negro y con la teñida cabellera color caoba cogida con rulos y cubierta con una redcilla, va dando bandazos al andar a lo largo del pasillo, en un vaivén que me crispera los nervios. Manos huesudas de la mujer apoyándose en las paredes agrietadas y sucias. Recordar ahora la extraña llamada telefónica del travesti Eduarda esta mañana: Armand, soy yo, Edu, ¿me recuerdas? Dudé unos segundos. La voz amanerada, la imagen pintarrajeada surgió súbitamente en la memoria. Naturalmente que te recuerdo, le dije. Sé que tienes problemas, me dijo. Y añadió: Además, quisiera pedirte perdón por lo de la navaja. Recordar la aguda presión en el costado, sus manos as-

querosas tocándome en el rellano de la escalera de mi casa. Lo lamento muy de veras, susurró el maricón. Pero, en fin, te llamo por otra cosa. Frente a mí, al otro lado del ordenador NCR, el chupatintas Salas Bernabé, atento a mis respuestas. Dime, dije, lacónico. Esto no son cosas para hablarlas por teléfono, prosiguió Eduarda, pero se relacionan con tus deudas de dinero a causa del póker. Yo puedo ayudarte, pero tenemos que hablar. Y una cosa, ¿oyes? Sí, murmuré. No se trata ni de un chantaje ni de un préstamo. Jamás iba yo a ponerte en manos de un usurero, prosiguió. Y tampoco quiero que me relaciones con esa loca de la viuda Lupino y de su maromo Sinelabe. No, lo que te voy a ofrecer es algo limpio. Luego, si te va bien, aquí estoy yo para recibir tus migajas. ¿Me entiendes? No, dije. Me refiero a tus labios en forma de corazón y a lo otro, susurró, en tono apasionado. Voy a colgar, repliqué, sintiendo cómo me subía la rabia desde el estómago. ¡Por favor, no lo hagas!, exclamó él. Si vieras, solamente al escuchar tu voz al otro lado del aparato, me excito a lo bestia. Piénsalo, Armand, te llamaré cualquier día de éstos. Tus deudas pueden reducirse a cero si accedes a escucharme y, por supuesto, olvídate de ese asesino de don Gunter. No tengo nada que ver con él, ¿me oyes? Pero sé lo que te hicieron, amor. Chao. Eduarda colgó el teléfono. Encendí un cigarrillo, me levanté de mi escritorio. Miré por el ventanal a la colina donde se alza el palacete de Montemar y vi la casa envuelta en la niebla. Y tú, Miriam, ¿dónde estás ahora? ¿Dando tus clases de música en tu Liceo para ciegos desventurados? ¿Quién escucha tu voz? Una puerta al fondo. La mujer siamesa llama antes de abrirla.

—Loli, soy yo, Chelo —dice, entrando—. Estos señores vienen a la partida. Uno de ellos asegura que nos conoce, que es el médico que nos vacunó.

Entramos en una habitación de grandes dimensiones, con una mesa redonda cubierta con un tapete verde y seis sillas a su alrededor. Yo no he estado nunca en esta habitación, me dice por lo bajo don Floren. Una mecedora mo-

viéndose y a su lado un cestillo de costura. Al fondo, en un ángulo de la estancia, sentada en una mecedora igual a la que está vacía, una mujer idéntica a Loli, pero bien peinada con bucles su pelo plateado y con lentes sobre la punta de la nariz, cose a la luz de un quinqué que tiene junto a ella apoyado en un taburete.

—¿Qué desean? —nos dice, alzando su mirada oscura, cálida y triste hacia nosotros.

—Soy don Floren, el médico que vino de la Comandancia a vacunarlas. ¿No me recuerda, doña Loli? Antes de la partida estuvimos hablando de apariciones y de sueños. Hace ya un par de meses. Me fue bien y me he dicho, voy a casa de mis amigas a ver si vuelvo a ganar —dice el doctor, con el sombrero en la mano.

—Sí, ya me acuerdo que fue usted el que nos vacunó —dice doña Loli, alzando los ojos por encima de sus lentes—. Puede sentarse —prosiguió, indicándonos la mesa redonda con un gesto—. Pero la partida tardará un poco en empezar. Hoy vienen cuatro jugadores muy diferentes, dos hombres y dos mujeres, con variada suerte. Quiero decir que unas veces ganan y otras pierden. ¿Y su amigo? ¿Trae dinero?

—Sí —respondo.

—¿Cuánto? —inquiérese ella.

—Cincuenta mil —digo, como sintiendo vergüenza.

—Poco es —dice doña Loli—. Tenga en cuenta, joven, que aquí las primeras puestas son siempre de dos mil. Y de ahí para arriba.

—Lo sé —murmuro—. Pero hoy tengo el pálpito de que voy a ganar muchas manos.

Sentarnos en sillas contiguas. Pueden fumar, nos dijo doña Loli; y tú, Chelín, pregúntales si quieren beber algo. Se alarga el tiempo, como si fuera un sueño. Si pudiera liberarme de esta pasión por el juego. ¿Qué es lo que siento? Una avidez voraz, una impaciencia, como un hormigueo en mis dedos cuando barajo los naipes. Ese misterio al ir desplazando las cartas lentamente, para que aparezcan las figuras, los números. Y la concupiscente desazón

de los descartes, la espera del naipe nuevo. ¿Será el as de corazones que me falta para el trío? Después, y por encima de todo, las expresiones de mis rivales. Las pupilas, los tics, los movimientos de manos. Fundamental conocer los actos reflejos, instintivos, el supremo instante de *saber* que tu rival más peligroso va de *farol*. Si pudiera escapar de esto. Esperábamos con nuestro dinero encima de la mesa y, al fin, llegaron las momias. Las presentaciones, los saludos. Las dos mujeres eran ya maduras, solteronas, empolvadas. Los dos hombres eran uno alto y otro bajito. No se conocían, al parecer. El alto sacó del bolsillo interior de la chaqueta una alargada cigarrera de habanos.

—Perdonen que no les ofrezca, pero los traigo justos. Suelo fumarne uno cada dos horas —nos informó.

El bajito lleva puesto un corbatín de lazo, azul oscuro con motas blancas. Al alcance de su mano tiene un inhalador nasal que usa a intervalos regulares.

—Benigno Paredes, para servirles —se presentó al llegar.

Las Siamesas salieron de la estancia, dejándonos las botellas y los vasos en una mesita con ruedas después de cobrarnos por anticipado y a partes iguales. Las dos mujeres, opulentas, eran muy distintas también. Una tenía cara de loro y la otra de rata. Serafina dijo llamarse la primera. Carmen era el nombre de la segunda, la cual, según confesó de *motu proprio*, tenía un vicio peor que el del póker.

—¿Cuál, si puede saberse? —le preguntó el doctor.

—Jugar al parchís japonés —dijo, en tono infantil, al tiempo que daba rienda suelta a una sonora carcajada.

—CUENTA, cuenta —dijo Mamen, con impaciencia.

La indiscreción de Marielvi, contándosele a sus dos amigas, le desagradaba. Aunque, realmente, la culpa había sido suya por hacerle esa confidencia. ¿Quién sino ella podría comprenderlo? María Elvira es poetisa, compone versos, es visionaria, no vive en la realidad. O, al menos, eso es lo que todo el mundo dice de ella. Mamen es diferente, más parecida a Chon.

—En realidad no me ha ocurrido nada especial —murmuró.

—No la hagáis caso —dijo Marielvi—. Miriam ha encontrado su príncipe azul.

Sentirme mal por dentro, pero no puedo ofenderme, porque sé que me quieren de verdad. Las cuatro amigas están en el jardín del Consulado de Argentina, durante una fiesta a la que han sido invitadas por D'Alessandro, un amigo argentino de Chon, relaciones públicas del *Hotel Finistierre*, donde ella trabaja como telefonista. Gran jardín, laberinto de arboledas, glorietas con estanques de cantarina agua. Antiguo *Pazo de San Fiz*, de ancestrales ecos conventuales, el Consulado Argentino mira al mar y a la noche de luna en menguante, creando todavía en el cielo un resplandor de plata que empalidece las estrellas. Camareros con bandejas ofrecen a los invitados bebidas y aperitivos, mientras al fondo, sobre una tarima engalanada con guirnaldas, una orquestina interpreta tangos. Mamen, Chon, Marielvi y Miriam, sentadas ante un velador, beben sus refrescos, ríen y parlotean en la noche primaveral de finales de mayo.

—Vamos, Miriam, no seas tan reservada con nosotras —insiste Chon, encendiendo un cigarrillo.

—Pero si no fue nada, sólo una sensación —se defiende la joven—. Son imaginaciones de Marielvi.

—Yo no me di cuenta de nada, porque estaba distraída. Pero vi a Miriam muy agitada, como el niño al que se le ha escapado su cometa —dice la aludida.

Marielvi, con su intuición de poetisa, siempre acierta a describir mis pensamientos. Porque, entre otras sensaciones, eso fue lo que sentí: como si se me escapara una cometa de las manos.

—Sencillamente —murmura Miriam, dejando pasar la yema de los dedos por el borde de su vaso de limonada—, un hombre, al que supongo joven, más o menos de mi edad, se acercó a felicitar me después de mi actuación al piano.

—¿Nada más? —inquiere Mamen.

—Sólo eso. Me cogió la mano, como si tuviera prisa o se sintiera nervioso, me la estrechó con fuerza y me dijo que había interpretado a Chopin de manera genial. Aquella expresión suya me agradó, pero lo extraño de todo fue el tono de su voz —dice Miriam—. Quise decirle algo, retenerle unos instantes, pero no me fue posible, pues desapareció tan rápidamente como había surgido.

Chon y Mamen han intercambiado una mirada, que no pasa desapercibida para Marielvi.

—No es sólo eso, chicas —dice—. Miriam se calla lo mejor. ¿Me dejas que lo diga?

—Haz lo que quieras.

Un agridulce sentimiento. Por una parte se siente débil e ingenua, tan necesitada de afecto, que se compadece. Porque eres como una hoja de otoño arrastrada por el vendaval. Un poco más y las lágrimas asomarán a sus ojos. Pero no sería justo, ellas son mis amigas; tanto, que con ellas tengo más confianza que con mi propia hermana Raquel.

—Lo misterioso es que la voz del hombre que la saludó es la misma que la de ese joven que a veces se le aparece en sueños, sobre la cubierta de un barco antiguo... —explica Marielvi.

—¿El jugador? —pregunta Mamen.

—Sí. No sólo estoy persuadida de que la voz es la misma, sino que estoy segura de que es él —responde Miriam, como ausente.

Huele a carne a la brasa, que el ligero viento del Sur

trae de una barbacoa instalada en un lateral del Pazo. La orquesta interpreta el tango *Garufa*, que canta al micrófono un joven vestido de gaucho. Algunas parejas bailan en la pista.

*«Con un café con leche  
y una ensaimada  
acabas una noche  
de bacanal...»*

—Yo creo que lo que dices puede ser verosímil. El mundo es un misterio del que poco sabemos —dice Marielvi.

—Yo también pienso igual, Miriam, ¿por qué no pueden suceder cosas misteriosas? ¿No creen muchas personas en los milagros? —reflexiona Mamen.

—No es que la creamos o no —interviene Chon, nerviosa—, es que ella está segura de que este hombre real del concierto se corresponde con el personaje de su sueño. No es una figuración, sino una realidad soñada. Para mí eso es lo importante.

—La realidad de los sueños es cierta —dice Marielvi—. Lo mismo que la metempsicosis o transmigración de las almas. Lo estudié en Filosofía o en Religión, no me acuerdo.

—Chica, ¡qué emocionante! ¡A mí se me eriza la piel al pensar en estos temas! —exclama Mamen.

Canta el gaucho su elegía. Fascinantes e irreales son algunas sensaciones que llegan hasta ella. Prisionera de la oscuridad, los sonidos, los contactos, los olores, son su único mundo. Dos voces perdidas en la negrura; una en sueños, otra muy cerca de ella, como la prolongación del calor de su mano. Un calor en forma de grito, como una llamada de auxilio.

—Me habló como si me conociera de antes —dijo a sus amigas.

—¿Quién, el de la realidad o el del sueño? —preguntó Marielvi.

—Los dos, pero sobre todo el de la realidad. Experimenté dos sensaciones distintas. Por una parte, el contacto de su mano me pareció que me salvaba de algo y, por otra, tuve la convicción de que él me deseaba y me necesitaba.

—Pero no se atrevió a decirte nada —opinó Chon.

—Hija, tampoco era el sitio adecuado —dijo Mamen.

—Yo creo que muy pronto él volverá a ponerse en contacto contigo —aventuró Marielvi.

—Y, sin embargo, ¿no creéis que estamos fantaseando un poco? —inquirió la propia Miriam, persuadida de que al decir aquello no era sincera—. Pudo ser un aficionado cualquiera a la música. Quién sabe.

—A lo mejor es ciego también —sugirió Chon.

—No lo creo —murmuró Miriam, sintiendo que un tic nervioso le cruzaba el rostro—. Pero, en fin, hablemos de otra cosa. Os pareceré ridícula.

—¡Huy sí, nos reímos de ti! —exclamó Mamen—. ¡No digas tonterías, encanto! ¡Lo que pasa es que tú eres una privilegiada y por eso te tenemos envidia! —bromeó, abrazando a su amiga.

Los amigos de Chon se acercaron a la mesa. Sentir sus manos al saludarla. Diferentes contactos, voces distintas. D'Alessandro y su nasal acento argentino.

—¿Conocés mi país? —le preguntó.

—No. De Argentina sólo conozco los tangos y la literatura. Sobre todo a Borges y a Cortázar —respondió Miriam.

Confiada, bailó lentamente un tango con D'Alessandro. Sentía su cuerpo varonil rozando el suyo. Una mano en la cintura, la otra mano cogiéndole la suya. A veces, en los giros, la pierna de él entre sus muslos. La ropa primaveral, la sangre. Sentía que le traicionaba, como si el hombre del barco del Mississippi y el que le estrechó la mano en la sala de conciertos, le reprocharan que bailase con el relaciones públicas del *Hotel Finisterre*.

—Vos os dejás llevar de maravilla —le dijo el joven—. Tenés un sentido innato del ritmo.



Le gustaba el acento argentino, pero sabía que la sensación de su sueño era más intensa. Y la voz del desconocido felicitándola era como suya, como si tuviera una segunda voz de hombre.

—Me encantás, Miriam —la galanteó el argentino—. Me gusta tu sencilla arrogancia.

—¿Yo arrogante? ¡Pobre de mí! —exclamó.

Caminaron después hasta el estanque. Ella cogida del brazo de él, mientras continuaba la fiesta. Hasta ellos llegaba el rumor de la música, el eco de las conversaciones y de las risas.

—Aquí hay un banco, ¿quieres que nos sentemos?

—De acuerdo —aceptó Miriam.

—Hace una noche maravillosa —dijo el joven, con un suspiro—. No se ve ni una nube en el cielo.

—¿Ves la luna?

—Sí, está allí, como caída sobre el mar —dijo D'Alessandro—. Está en cuarto menguante o en cuarto creciente. Nunca lo sé.

—En menguante —dijo ella—. Lo dice mi calendario Braille.

Pausa de los diálogos. En el cielo los cuerpos celestes, en el corazón una especie de congoja. Sentir que él me abraza por los hombros, quiere besarme.

—¿Te molesta? —le pregunta el joven al sentir que ella le aparta con suavidad.

—No, pero prefiero estar así —dice Miriam, alzando el rostro hacia la frescura perfumada de la noche y a la brisa del mar.

Sentada en el banco de piedra del jardín del Consulado, le recuerda y le siente como si su extinguida presencia le rozara la piel sonrosada y suave. Porque siempre tuvo una piel como de terciopelo, semejante a pétalos de rosa. Como brisa de la mañana. ¿Son reales sus sueños? La orquesta interpreta ahora *Venecia sin ti*, imita el cantante la voz emotiva y gangosa de Charles Aznavour.

—¿Fumas? —le invita D'Alessandro.

—No, gracias.

El clip del encendedor, la aspiración honda del humo por parte de su joven acompañante. Sabe que ha levantado entre ellos un muro al rechazar su beso. Canta una calandria, se oye la hueca contrasena del cuco, ladra un perro.

—¿Te he molestado antes? —le pregunta D'Alessandro.

—No, ¿por qué?

—Por intentar besarte. He ido demasiado aprisa, ¿no es cierto?

—No es cuestión de ir más o menos deprisa —responde Miriam—, sino del estado de ánimo. En otro momento tal vez, pero ahora prefiero estar tranquila en este jardín que me recuerda al mío.

—¿Tienes novio?

—No.

—Debí suponerlo, a veces hago preguntas absurdas —se recrimina el joven—. Si estuvieras enamorada no estarías aquí conmigo —añade—. ¿Y estás enamorada?

—Podiera ser, pero no estoy segura. ¿Y tú?

—Yo quiero enamorarme a toda costa de una española —dice D'Alessandro.

—¿Y pensabas enamorarte de mí, de una ciega?

—Vos sos una de las mujeres más bonitas que he visto en mi vida —exclama el joven, con sincero entusiasmo—. Tus ojos verdes son de lo más fascinante. Créeme.

En la memoria de Miriam danzan unas estrofas de un autor que no recuerda: *«Aunque pudiésemos desenterrar ese tesoro desde hace largo tiempo sepultado, aunque pudiésemos lograr ese deseo, no conseguiríamos aprender nunca el canto del amor. Aunque el pasado de pasión que ha huido pudiese llamar de nuevo a sus despojos, ¿podríamos revivirlo por entero?»*

—Si querés regresamos con Chon y las otras —dijo D'Alessandro, aplastando sobre la hierba el resto de su cigarrillo.

Caminaba cogida de su brazo, en silencio, distanciada de él por una barrera que separaba sus corazones, como islotes cercados por la marea de su mutismo. Qué horror

esta tumba de no poder ver el mundo. Si pudiera salir de la oscuridad de este féretro. Es terrible la vida, pensó. Y, sin embargo, sentía dentro de su espíritu una fuerza indomable que la impulsaba a soñar.



—SOY yo, Edu —dijo el travesti al otro lado del hilo telefónico—. ¿Estás decidido a que nos veamos?

—Sí —respondió Armand.

—¿Hoy?

—De acuerdo, hoy.

—¿Te parece bien en el *Bar Cheyenne*?

—Vale, ¿a qué hora?

—A las nueve.

—¿Tan tarde?

—Oye, monina, no creas que esto es llegar y besar el santo. Ten en cuenta que ahora tengo que quedar con tía Lucrecia —dijo el travesti—. Si no te llamo en media hora, nos vemos allí a las nueve. ¿Okay?

—Conforme.

Dentro del cerebro, distorsionado por el asco de sí mismo, siente todavía el miedo a los matones de don Gunter, a la fría expresión de Sinelabe, el guardaespaldas de la viuda Lupino. Un ultimátum de fechas y de deudas le cerca, puñales le taladran, alaridos, sombras y sospechas.

—¿Y tu coche? —le ha preguntado su padre esta tarde, en la cocina, mientras ambos tomaban el vaso de café con leche que mamá Rosa, siempre solícita, ha colocado sobre la mesa—. Hace mucho tiempo que no lo veo aparcado por el barrio.

—Lo he vendido.

—¿Lo has vendido? ¿Por qué? —se extraña don Ismael—. ¿Es que iba mal?

—No es eso, papá. Lo vendí porque necesitaba el dinero.

—No te metas, Isma —interviene doña Rosa.

Enferma del corazón, abnegada madre bendita. Un gesto de preocupación en su rostro, las zapatillas de borla, el delantal con clavellinas bordadas. En los estantes de la cocina cerámicas, un ramillete de flores de tela.

—Creo que tengo derecho a saber por qué se ha vendi-

do el auto. No olvides que la mitad lo pagué yo —replica el bibliotecario.

Rapsodia miserable, papá roedor, excrementándose con su miseria en aquella admiración que sentía por él de niño, cuando me recitaba *La canción del pirata*, de Espronceda.

*«No corta el mar  
sino vuela  
un velero bergantín...»*

—Tienes razón, papá. Lo he vendido porque necesitaba el dinero para pagar una deuda —dice Armand.

—¿Has vuelto a jugar entonces? —inquire su padre.

—Nunca dejé de hacerlo.

Voz sorda, cortante, levantarme de la mesa. El bibliotecario, nervioso, limpia con el pañuelo los cristales de sus gafas.

—Te dije que fueras al psicólogo. Que te sometieras a una terapia —dice don Ismael.

Si mi padre supiera que ya es demasiado tarde. Quieren el dinero ya. Matarme tal vez. Olga, la concubina de don Gunter, me llamó anoche. ¿Sabes que me gustó hacerlo contigo? Tengo unos ahorros, si quieres nos vamos lejos. Renuncio a todo. Préstame, le dije. Prestarte no, que es como tirarlo por la ventana. Lo mío es tuyo si nos vamos juntos de aquí, si lo dejas todo por mí. Loca. Le olía el aliento a tabaco putrefacto, la mueca de momia desenterrada. Hermosa, sin embargo. Si no me presta el dinero que necesito, lo mejor es que no vuelva a llamarme. Además, no me fío de ella. ¿Qué es lo que tramasa?, le pregunté. ¿No sabes que los asesinos a sueldo de ese víbora de Gunter con el que te acuestas quisieron matarme? Lo sé, dijo ella, por eso te ofrezco huir. Tengo posibilidades con la coca, joyas también, amistades en Madrid que pueden ayudarte. Tú eres culto, incluso en plan decente te convendría hacerme caso, insistía ella. Irme de aquí, huir lejos. Demenciales sueños, odio, voces confusas. Papá ha salido refunfuñando de la cocina. El mundo se hunde, no hay

respeto. ¿Qué será de nuestro hijo dentro de unos años, cuando su madre y yo faltemos? El bibliotecario confiaba en mí y le he fallado.

—Me has fallado miserablemente —repite desde el pasillo.

—No le escuches, Armand —solloza mamá—. Tú no has fallado, hijo; es este mundo odioso el que ha acabado con todo. Yo te comprendo, sé que en la Comandancia te ahogas. Pero, es verdad, tu padre tiene razón en lo del juego. Eso es tu ruina. Al diablo el auto, pero ¿por qué no te liberas de una vez de esa pasión?

—¡Déjame en paz! ¿Quieres? —exclamo.

Me odiaba a mí mismo intensamente cuando salí de casa camino del *Bar Cheyenne*. Era un rótulo intermitente, al final del puerto. Allí, en un rincón del mostrador, estaba Eduarda. Pantalones de cuero ajustados, cazadora de tachuelas, el pelo a lo *Tomawak*. Un pendiente enorme, otro diminuto. Hoy va de *mujer-hombre*. Los senos abultados, saliéndose de la camisa desabrochada. Remangados los puños de la cazadora. Pelos del brazo. Ardiente desierto de los suburbios del alma. ¿Quién, si yo gritara, me oiría desde los órdenes angélicos?, ésa es mi constante pregunta. Ella, tal vez, la dulce Miriam, mi luz. Hoy tuve descolgado el teléfono en la mano para llamarla. Sentirme sucio, desistir. Debe de ser en otro momento cuando le diga lo que siento por ella. La penúltima sed me consumía, todo a mi alrededor gira. El local está poblado por maniqués automátatas, *gays* inmisericordes, de mirada suplicante. Densas penumbras. Una música de fondo de tintes macabros. Pose de momias. Beben espumosa cerveza en grandes jarras de metal, al estilo *Far-West*. Decoran las paredes espuelas, herraduras, penachos de plumas, calaveras de bisonte. En varias mesas se juega a las cartas con fichas. No mirar. Alzar la mano saludando a Eduarda. Máscaras de rameras y de homosexuales, calaveras enfermas de *SIDA*. Al fondo, sobre un escenario fúnebre, canta sin que nadie la escuche una cupletista pintarrajeada, a la que acompaña al piano un individuo flaco y desgarbado.

—Tengo sed —le digo a Eduarda, como si él fuera responsable de mis deseos.

—Paco —llama el travesti—, ponle aquí a mi amigo lo que quiera.

—Una *Coca* —digo.

—Tenemos que hacer tiempo —dice Eduarda—. Mi tía nos espera a las diez y media.

—De acuerdo.

Su mirada viciosa, sus labios pintarrajeados. ¿Llevará hoy también la navaja de muelles?

—La he puesto en antecedentes —me dice la escoria.

La mirada, viciosa otra vez, recorriéndome de arriba abajo. Son las nueve y diez en mi reloj y tengo hambre.

—Ponme unas almendras —le digo al *barman*.

Aproximarme después a una de las mesas donde juegan estos maricones de mierda. Cigarrillos finos, largos, estrechos, multicolores, cuyo humo apesta a extraños aromas. Una de las jugadoras, maniquí hembra con voz de macho, me sonríe, fuma con una larga boquilla.

—Esa que te mira es Paca, la Evax, una golfa de mucho cuidado —me informa Eduarda, que me ha seguido hasta la mesa—. No la hagas caso, o te líe.

—*Please, sit down* —me invita la Evax, señalándome una silla a su lado.

—Él no juega —rehúsa por mí Eduarda—. Además, viene conmigo. Mira, porque es aficionado y un sociólogo del póker, ¿te enteras? —añade, en tono desafiante.

—¿Juegan en serio? —le pregunté al travesti, indicándole las fichas con un gesto.

—A medias. Unas veces sí y otras no. De todas formas estas golfas son muy flojas. No son *heavy metal* como los del *Bar Clotilde*. Aquello sí que es un orgasmo, ¿verdad, cielo?

No responder. Una hora después salimos del *Bar Cheryenne* camino de la casa de la tía segunda del travesti, en los altos del Clavín.

—Si no te importa, vamos en taxi, lo pago yo. No me



gusta ir de semihombre en el autobús, pero es que a mi tía no le agrada verme con faldas —me sugiere Eduarda.

Media hora después el taxi nos dejó ante una casa antigua, de dos plantas, situada en la vieja barriada del Faro de Poniente. Una cancela, un timbre afónico, el pequeño jardín ruinoso y cubierto de malas hierbas. Un torcido farol ilumina la decrepita casa, que todavía conserva algún detalle de su remota gracia arquitectónica. El tejado japonés, las chimeneas de pérgola, restos de un zócalo de baldosines con laberínticos dibujos.

—Mi tía es un poco rara —me advierte Eduarda—, pero muy profesional.

Es noche cerrada, el cielo cubierto de espesas nubes. Un relámpago en el horizonte. Sólo se percibe una luz encendida en la decrepita casa. Comienza a llover cuando dejamos atrás la abierta cancela y, sorprendido por tan insólita falta de precaución, se lo hago notar a mi acompañante.

—¿No tiene miedo tu tía? Me dijiste que vive sola con sus gatos —le digo a Eduarda.

—Aquí nadie se atreve a robar ni a nada —dice él—. Esta casa tiene fama de misterio, como de ultratumba. Sobre ella pesa una especie de maleficio, una maldición o algo así. Cosa de aparecidos, de almas en pena, dráculas chupadores de sangre y angelitos de ese estilo... Además, mi tía nunca tiene dinero en casa y los cacos lo saben —me explica.

Su mueca de miserable. Los botines de tacón, el peinado *Tomawak*, el contoneo de las caderas cuando ascendemos los tres escalones y llegamos ante la puerta pintada de verde, que está entornada, y sobre la cual puede leerse un rótulo, escrito en un cuarteado rectángulo de madera: «*Pase sin llamar, la puerta no está cerrada con llave*».

—¿Lo ves? Mi tía no tiene miedo a nada. Es medio bruja. Por cierto —dice el travesti, poniéndome una mano sobre el pecho, a modo de advertencia—, no olvides que el diez por ciento es mi comisión. ¿Está claro?

—Sí, está claro —digo.

—Y si no cumples, ya sabes, tendrás que enfrentarte a ésta —añade, sacando del bolsillo de su horrible cazadora de tachuelas la navaja de muelles, cuya hoja acerada sale y entra varias veces con enérgico chasquido, accionada por la mano varonil de largas uñas pintadas de azul fosforescente—. Conmigo no se juega —añade—. A no ser que accedas a ser mi maromo. ¿Entiendes? Por amor lo perdono todo —concluye, al comprobar mi gesto de irresistible repugnancia.

Empujar la puerta. En el cerebro fantasmales ideas y voces confusas. Tengo que hacerlo, he de pasar por esto. De lo contrario, sé que me espera la muerte a manos de Culebra y del Chino. Tengo que liberarme, pagaré como sea esta deuda que me ahoga. El vestíbulo estrecho, húmedo, iluminado tenuemente por una lamparilla encendida, que chisporrotea sobre un tazón de aceite y agua. Frente a nosotros, sobre una estrecha consola pegada al muro cuarteado, un busto de Jesucristo en escayola. La expresión dulzona, el corazón con corona de espinas en el centro del pecho. Sus ojos de vidrio mirándonos, como invitándonos a entrar.

—Es muy creyente —me informa Eduarda.

Paralizado en la semioscuridad, las pupilas de varios gatos de todos los colores, sus maullidos, los rabos levantados, tienen hambre. Un resplandor al fondo del pasillo, como dicen que se ve cuando vas a morir.

—¿Eres tú, Edu? —se oye al final del corredor—. Estoy aquí, en la salita.

—Sí, soy yo, tía —contesta mi acompañante.

Híbrida voz de damisela y cargador de muelle. Detenidos en el umbral de la puerta, vemos sentada ante una mesa de camilla de floreadas faldas a una anciana de agradable aspecto, rodeada de gatos, la cual, al parecer, está realizando un solitario con una baraja española.

—Pasa, sobrino, y usted también —dice, sonriéndonos.

Pícaros ojos grisáceos, una amplia sala decimonónica, destartalados muebles antiguos, incompletos juegos de cerámica sobre los aparadores, sillas dispares, una hamaca

en el mirador, plantas colgando del techo. Eduarda se inclina hacia ella y la besa en la frente.

—Hola, tía, ¿cómo estás? —inquire; y, sin esperar respuesta, me presenta con su amanerada voz de mujerzuela—. Este es Armand, el amigo del que te hablé por teléfono.

—Mucho gusto, señora —murmuro, inclinando la cabeza en un gesto cortés.

—Lo mismo digo, joven —dice ella, sosteniendo en las manos un rosario de gruesas cuentas de negro azabache—. Sentaos —añade—, poneos cómodos y abrid el ventanal, pues hace algo de bochorno aquí. Estaba rezando mi novena particular a San Felipe Neri, mi santo favorito. Gran amador de Dios y sabio director de almas. ¿Llueve ahora?

—Un poco —dice Eduarda.

Acercar las dos sillas a la mesa, su mirada. En una de las paredes un reloj de péndulo marca una hora errónea.

—Éste es mi sobrino predilecto —me dice la vieja, es-  
crutándome con sus ojillos maliciosos—. Rodolfito es hijo de una prima hermana mía. Por tanto, es sobrino segundo, pero es también mi ahijado. Una pena que dejara los estudios de fontanero y se hiciera travesti, eso que ahora está tan de moda. Le dije, Fito, yo te pongo un taller, pero él prefiere la mala vida. Es un viciosillo. Anda, ven, dame un beso —le pide al crápula, en tono mimoso—. Dale un beso a tu tía.

Eduarda se incorpora y besa a la anciana en los labios, en un gesto tierno, que sugiere un sincero cariño entre ambos.

—Vamos, tía, no exageres, que la fontanería no es una carrera universitaria —dice el travesti—. ¿No nos ofreces una copa?

—Pues claro que sí. Mira a ver lo que hay en el trinche-ro. Creo que tengo una botella sin abrir de *Fino Quinta*. Trae unas copas.

Las manos de puta descorchando la botella, los cristales pringosos de los vasos, por el ventanal abierto entra el olor de la tierra mojada por la lluvia, deambulan los gatos.

—¿Has cenado ya, tía?

—Hace un rato que tomé mis sopas en leche. ¿Y vosotros? ¿Queréis que os prepare algo de cena? —inquire la anciana.

—No, tía, no hemos venido a causarte problemas, sino a lo que tú sabes —dice Eduarda, encendiendo un cigarrillo.

—Por cierto, Fito, ¿cuándo vas a dejar de peinar así? Me gustas más cuando vienes con tu melena y tus bucles.

—Pensé que preferías verme de hombre.

—Por supuesto, pero no con ese pelo en cresta. En fin, yo pertenezco a otra época, no me hagas caso...

Diálogo de carmelitas, hogar, dulce hogar. Edificante diálogo entre la venerable tía y el sobrino calavera. Detritus de cloaca, virus, bacterias, basura es lo que sois. Sin embargo, sonrío. Bajo la lámpara china su resplandor iluminando el crucifijo de plata del rosario.

—Mi nombre verdadero es Lucrecia, aunque cuando me dediqué al espectáculo de *varietés* en el Paralelo de Barcelona figuraba en los carteles como Belle de Nuit o como Angelina Fornicare, indistintamente. Estoy hablando de antes de la guerra, por supuesto —nos dice—. Y, desde luego, antes de mi conversión. Porque a mí, como a San Pablo, un rayo divino me tocó cuando enfermé gravemente del colon transversal y me dije, Lucrecia, así no puedes seguir un día más. Te vas a los infiernos derecha. Y cambié, ¡vaya si cambié! Por eso le insisto a Fito: De acuerdo, en ti la naturaleza está cambiada. Eso no es pecado. Pero ¿por qué te prostituyes? Enamórate de un joven que te guste y vive en pareja con él. Yo estoy dispuesta a mantenerle si es que no quiere el taller. Pero no me hace caso.

—Ya sabes, tía, que soy un bohemio. A mí me quitas el arreglarme por la tarde, con mis pinturas y vestidos, mis zapatos de tacón alto y mi sed de aventuras y me convierto en un hortera —explica, con una mueca viciosa, Eduarda—. Además, no tengo suerte con los hombres, te lo prometo. Ahora, por ponerte un ejemplo, y ya que lo has mencionado tú, he de confesarte que estoy enamorado de

Armand, este amigo aquí presente. Pero él no me ama, ¿verdad, cielo? —inquire, mirándome.

Alucinar cantidad. Enigma de las momias, frenesí de la locura. La tía Lucrecia me observa por encima de los lentes, como si quisiera comprobar en mi expresión la veracidad de la palabras de su sobrino.

—¿Es cierto eso? —me pregunta.

—Realmente, señora, es que yo no soy como su sobrino Rodolfo. A mí, lógicamente, me gustan las mujeres —respondo—. No te rechazo por despreciarte, sino porque soy diferente.

—Eso lo tienes que comprender, Fito —le dice la vieja al sobrino.

—Lo comprendo —replica él—. Pero a veces todo cambia en mi cabeza, me rebelo. No sé por qué yo no puedo ser como los demás. Y me pongo borde, quiero matar incluso —dice Eduarda.

—Eso no está bien, hijo. Hay que tener temor de Dios —le catequiza el espectro.

—Lo sé, pero fui a un psiquiatra y me dijo que yo tenía, además del germen de la homosexualidad, un brote de esquizofrénico. Eso es lo que me mata. Por otra parte, yo, como Armand, estoy enganchado al póker y ese vicio también es muy cabrón —se lamenta.

—No hables mal —le recrimina la vieja—. Que tú nunca fuiste un chico mal hablado. ¿Acaso olvidas que eres bachiller?

¿Se están quedando conmigo estos dos buitres? Arrencia la lluvia. Pensar en Miriam como en algo puro, limpio, un mundo diferente, distinto, verdadero. ¿Estaré soñando? ¿A qué hemos venido aquí? Necesito un préstamo para pagarle al capo don Gunter. Que me digan las condiciones y me voy. ¿Es esto un teatro?

—La vida es muy complicada —dice la vieja—. Eso lo sabemos todos y más en estos tiempos —añadió, levantándose y yendo hacia el trincherero, de donde nos trajo una bandeja con bombones—. Tomad, van bien con el *fino* —dijo—. Son guindas chocolateadas al marrasquino, mi

pasión. Veréis qué buenas están —concluyó, sentándose otra vez ante la mesa de camilla y volviendo a coger el rosario con sus manos huesudas.

Es Angelina Fornicare o Lucrecia Belle de Nuit una sorprendente octogenaria llena de energía. De mediana estatura, flaca y sarmentosa, aunque todavía ágil a pesar de su avanzada edad, se muestra siempre erguida sobre sus charolados zapatos de alto tacón. Viste una bata negra de encajes y disimula sus innumerables arrugas de la garganta con una ancha cinta de terciopelo. Empolvada y maquillada como un *clown*, la Fornicare usa diversas pelucas de varios colores y blondos bucles.

—Realmente mi sobrino no es hombre, sino mujer, y eso le afecta, ¿verdad, Fito? —dice la anciana.

—Preferiría, tía, que fuéramos al grano y que no habláramos más de mí —replica Eduarda.

Masticar los bombones, el dulzón sabor del chocolate. Repugnancia inclusive con estos productos de confitería. Es como si me contagiaran enfermedades.

—Hay quien se somete, incluso, a tremendas operaciones quirúrgicas —insiste la prestamista, como si no hubiera oído a su sobrino—. Pero tú no, ¿verdad? Tú no te has hecho nada. ¿Me equivoco?

—No, tía, no te equivocas —exclama, con desaliento, el estrambótico travesti—. Sólo estoy ahorrando para cambiarme otra vez la voz, pues me lo hicieron fatal. Por esa razón hago la calle, para que te enteres.

—¡Pero, Fito! ¿Cómo me dices eso a mí? Yo te costeo el hospital, lo sabes —casi gime la anciana.

—De acuerdo, tía. Cuando sepa el presupuesto y me decida ya te lo diré. Ahora vayamos al tema. Armand quiere decirte algo.

¿Están locos los dos? Mirar sus caras espectrales. Los ojillos. Las muecas.

—Yo conocí a una persona que le ocurría justo lo contrario que a ti —dice la vieja Lucrecia, incapaz al parecer de cambiar de conversación—. Esta persona era mujer y quería ser hombre. Así es que la intervinieron y no sólo le

anularon lo que tenemos las mujeres en nuestras partes, sino que le implantaron un pene en Norteamérica. Hace siglos que no sé de ella, pero recuerdo que se llamaba Araceli y después se cambió a Gerardo. Según creo, trabaja de tranviario en Milán, pues emigró a Italia o no sé a dónde. No me hagáis caso, pues la memoria me falla a veces y no sé lo que me digo.

Pausa caótica. Los gatos deambulando, maullidos. Tengo ganas de orinar y pregunto por el *water-closed*.

—Al otro lado del ángulo del pasillo, junto a la cocina —me informa Eduarda—. ¿Voy contigo?

—No, gracias.

Peligro de violarme. Este canalla con cara de indio de Nueva Inglaterra, parece haber salido de la película *David Crockett*. Lejanos tiempos infantiles. Filmes de aventuras. Indios con el hacha. Cortacabezas. Seccionapenes. Implantaciones, injertos. Imaginar cómo me quitan la cabellera los pieles rojas. Eduarda otra vez amenazándome con la navaja. Frío, húmedo retrete con esponjas, jabones, cortinillas de plástico. El espejo roto. Mi cara cortada, como la de Culebra Crímenes y su horrenda cicatriz. Volver secándome las manos con el pañuelo. ¿Será posible que esta momia con demencia senil sea una prestamista profesional?

—En fin, dígame, joven, ¿en qué puedo servirle? —dijo la anciana cuando Armand volvió a sentarse.

Ser breve y conciso. La desesperación no permite circunloquios inútiles.

—Quisiera solicitarle un préstamo.

—¿Y quién le ha dicho que yo presto dinero?

—Edu.

—No me llames Edu delante de mi tía —interviene el momia, recriminándomelo en voz baja y con una mirada agresiva, punzante—. Para ella soy Rodolfo.

—¿Quién es Edu? —inquire la vieja.

—Quiero decir Rodolfo —rectifico.

—Ah, comprendo. ¿Se lo dijiste tú?

—Sí, claro. Sabes que suelo traerte clientes de vez en cuando —dice el carroña.

—Por tu comisión, Fito, por tu comisión —ríe, sarcástica, la prestamista.

Recordar *Crimen y Castigo*. Raskolnikov matando a la usurera con un hacha. Luces y sombras. Penumbra y tinieblas. Otra vez recordándote, Miriam. ¿Por qué no puedo huir contigo a otros lugares, lejos de esta ciudad y de este temblor que me agita las manos cuando no tienen los cinco naipes del póker?

—No me creas tan rata —dice Eduarda, con su voz in-noble.

—Lo sé, hijo. Además, sabes que todo lo mío te pertenecerá algún día. Pues, ¿quién sino tú va a heredarme? Pronto moriré y todo irá a parar a tus manos —murmura Lucrecia Belle de Nuit.

Otra vez esta bazofia de despropósitos. ¿Están locos? ¿Son unos cínicos? ¿Se están quedando conmigo los dos?

—Ya veremos, tía. Veremos si no se mete por medio la parroquia y se lo lleva todo. Deberías hacer testamento —grazna el travesti.

Ida y vuelta. Rodeos en torno a un argumento absurdo. Cortar.

—Entonces, ¿podría usted prestarme seis millones?

Un silencio. La vejestorio besa el crucifijo del rosario y, sacando de uno de sus bolsillos de su bata un pequeño estuche plateado, lo guarda con religiosa unción.

—¿Pagaderos en cuánto tiempo? —pregunta la vieja.

—En poco tiempo —responde Armand—. Cualquiera día me cambia la suerte y en una sola partida gano el doble.

—Es cierto, tía —interviene Eduarda—. Mi amigo tiene urgencia de ese dinero porque van a por él.

—¿Quién? —inquieta la prestamista.

Su expresión ha cambiado. Ya no parece una decrepita anciana, sino un interlocutor frío.

—Don Gunter —responde Armand.

—Menudo hijo de puta —dice la vieja—. ¿Y por una miseria se pone así ese mafioso?

—No es la cantidad, tía —dice el sobrino—. Sabes de



sobra que es la norma de Salustiano. Por no devolverle un duro es capaz de tirarte al mar metido en un saco.

—En resumen, seis millones —reflexiona la anciana.

—Eso es —susurra Armand.

—Está bien, te daré los seis millones —dice la vieja, tuteándole—. Pero a cambio me vas a hacer un favor. Si lo haces estaremos en paz y no me deberás nada.

—Ya te dije que mi tía era especial.

—¿Un favor? —se extraña Zaldívar.

Encender otro cigarrillo, un sorbo de *Fino Quinta*, el toque semiseco en la garganta, un gato alzándose hacia él con mirada implorante.

—Sí, un favor —dice Lucrecia—. Según mi sobrino, trabajas en la Comandancia de Marina. ¿No es cierto?

—Sí, trabajo allí, en la Sección de Informática.

—Eso es, en Informática, me dijo Fito —repite la vieja.

La anciana parece transfigurarse. A pesar de su aspecto senil, en su mirada hay un agudo destello acerado cuando clava sus ojillos de ratón en las pupilas de Armand Zaldívar.

—En tal caso, y a cambio de esos seis millones, ¿podrías proporcionarme unos datos de la Comandancia?

—¿Qué datos?

—Explícaselo tú, Fito —sugirió la prestamista a su sobrino.

—Planos del Arsenal. Redes eléctricas. Sistemas de seguridad. Un listado de rutas de vehículos. Mi tía lo valorará y, si hay que darte más de los seis millones, no hay problema. Eso sí, de todo yo llevo mi diez por ciento —concluyó el travesti Eduarda, amanerado y azul, recobrando su macabro espectro de jugador de póker en la mansarda del *Bar Clotilde*, el garito envenenado del puerto de pescadores.

—¿Qué opinas? ¿Te va el trato? —le preguntó Belle de Nuit.

—Tengo que pensarlo —respondió Armand.

Arrecia la lluvia, sufre un acceso de tos la anciana.

—Allá tú, mis condiciones son ésas. Yo no presto sin garantías —dijo, con despectiva frialdad.

El reloj de péndulo colgado de la pared da las doce campanadas de la medianoche; la hora fatídica en la que, según los habitantes del Clavín, salen de sus invisibles antros las almas en pena que tienen embrujada la destartalada casa de la solitaria prestamista.

—MIRIAM, niña mía, ¿por qué me mentiste?

—¿Mentirte yo?

—Sí, me dijiste que habías recuperado la vista —dice la anciana doña Virtudes a su nieta—. Y no es cierto, me lo ha dicho Mariona. ¡No sabes cuánto sufro! —exclama la inválida.

Un milagro. Soñar imposibles. El barco del Mississippi, un viaje a Lourdes. Voces en la noche, en la oscuridad los ecos. Fuente de la salud. Los enfermos llenan sus botellas junto a la gruta de las apariciones de la Virgen. La abuela Virtudes reza con las manos juntas, sentada en su sillón de ruedas, mientras la enfermera Nuria, con su capa azul, sujeta el cochecito. Yo también estoy allí, de pie, viéndolo todo, porque he recuperado la vista. Esta señorita es un milagro, dicen a mi alrededor. Oye voces, en sueños las confunde a veces. Y dígame, joven, ¿qué impresión ha recibido al verlo todo por primera vez? ¿Le gusta el mundo? Una profunda tristeza la embarga, porque está mintiendo. Clavada allí, ante la Virgen de Lourdes, finge que ve, pero es falso. Todo permanece igual de negro que siempre. Volveré al bastón, a mi perro *Niebla*, al constante contacto de la realidad con las yemas de mis dedos. Es todo mentira, figuración, espejismo. Pero ¿cómo son los espejismos? Papá Edgar es también como un sueño, siempre encerrado en su despacho. Mariona y su sed de vivir, preparándose el ajuar para su cercana boda en septiembre. La proximidad del verano en la playa. Mis amigas animándome a acompañarlas antes de Navidad a Thailandia, en un viaje organizado por una agencia. El piano y, sobre todo, mis pequeños alumnos de Santa Lucía. Y en casa Chopín casi siempre, mi amigo romántico. Vuelvo en el autobús del Colegio, cuento las paradas, desciendo en la penúltima. El bastón, caminando, los ligeros toques en la pared. A veces experimento la sensación de que me sigue alguien o que me miran unos ojos. Ignorarlo todo subiendo la pequeña

cuesta hasta el palacete Montemar, la cancela, *Niebla* ladrándome de alegría, Flora en la escalinata. Hoy ha hecho ya calor porque estamos a mediados de junio, el mejor mes en Sava. ¿Qué es lo que quiero merendar? Un zumo de naranja es refrescante. Las manos lavadas en el grifo de la cocina. Me gusta estar en el *office*. Dime, Flora, ¿llamó Marielvi? No, que yo sepa. El tono de su voz amable. Es por lo de la excursión, ¿qué me aconsejas? Yo iría, pues hace tiempo que no te mueves de aquí. ¿Y la abuela? Doña Virtudes muy bien, hoy me dijo que te habías casado con un diplomático y que vivías en London, como ella dice. A veces me confunde con Raquel. Canta el jilguero en su jaula, los pájaros en el jardín. Sonó el teléfono.

—Dígame —dijo Flora, descolgando el aparato que pendía de la pared—. Un momento —añadió—. Preguntan por ti —dijo a Miriam, tapando el micrófono.

—¿Es Marielvi?

—Es un hombre. ¿Te pones?

—¿No ha dicho quién es?

—No, simplemente ha dicho: «¿La señorita Miriam, por favor?».

Sentir un vacío en el estómago al coger el teléfono, un presentimiento, un remoto deseo.

—Sí.

—Buenas tardes, Miriam, soy yo, Armand —oye.

—¿Armand?

—No me conoces. Bueno, en realidad sí me conoces, pero cuando te saludé no te dije quién era.

Aquella voz del Mississippi, la misma del día del concierto en Santa Lucía.

—¿Y cuándo me saludaste?

—Hace ya casi un mes, en la Fundación Santa Lucía, cuando tocaste el piano en una fiesta. Fue al terminar, me acerqué a darte la enhorabuena, pues realmente estuviste genial.

—¡Oh, gracias! Pero creo que exageras, Armand.

Naturalidad al hablar, aunque una tensa embriagadora emoción la embarga.

—Te llamaba para decirte que me gustaría mucho verte.

—De acuerdo, cuando quieras.

—Si te parece, el viernes por la tarde te estaré esperando en la parada del autobús.

—Pero ¿tú sabes cuál es?

—Naturalmente. Más de una vez he ido contigo en el sesenta y uno.

—¿Y por qué no me has hablado?

—No sé. Entonces, ¿el viernes?

—De acuerdo, el viernes por la tarde.

—Chao.

—Adiós, Armand.

Era él, es él. Su voz la misma de sus sueños. Flora del Beato se acercó a ella, se inclinó y la besó en la frente.

—Hijita, era él, ¿verdad? ¿Lo ves? Siempre hay que tener esperanza. ¿Estás contenta?

—Mucho, aunque no sé por qué.

—Yo sí lo sé —dijo el ama de llaves.

Mariona entró en la cocina con la bandeja de la merienda de la abuela Virtudes.

—Hola, señorita Miriam.

—¿Qué tal, Marion?

—Muy bien. ¿Y usted? ¿Cansada de las clases?

—No demasiado.

El olor a hierba recién cortada de la doncella. Los ruidos de las puertas al cerrarse. La sensación indefinible del crepúsculo. Su primer impulso fue llamar a Marielvi, su más íntima amiga. Pero después renunció a ello. Es mi vida interior, quiero gozarla yo sola, se dijo. En el vestíbulo *Niebla* viene a saludarla, caminar delante de ella hasta el despacho de papá Edgar. Ritual cada día, preguntas y respuestas. Su colección de sellos. El anteojo astronómico orientado siempre hacia el mágico Vésper, la primera estrella de la tarde y la última que desaparece al amanecer.

—Te noto hoy muy contenta, hija. ¿Me equivoco?

—No, papá, no te equivocas. ¡Soy feliz! —exclamó, en un rapto.

Bajo la ducha el cuerpo desnudo, el agua cayendo sobre ella como una potente cascada. Sobre la repisa de mármol verde oscuro del gran lavabo antiguo, la pequeña radio portátil transmite música de jazz. El clarinete, el saxo, el piano, una inesperada trompeta al final. El locutor explica que la audición que acabamos de ofrecer a nuestros oyentes corresponde a una improvisación de Anthony Braxton, como muestra de lo que los expertos denominan *free black music*. Interesante. Bonito, original, suena francés. Es alto, estoy segura. Lo supe allí y hoy, por el teléfono, lo he percibido con más claridad. Delgado. Secándose con la toalla. Leche corporal sistemáticamente aplicada cada día. El pelo recogido como con un turbante. Sentada en el taburete, la pierna cruzada, masaje chino en las plantas y los dedos de los pies. Los muslos, el vientre, los senos compactos. Los ojos siempre abiertos, de un lado a otro, pensativa la ciega mirada. Realmente esto no es el amor, lo sé. Una sensación tal vez, una intuición. En el palacete Montemar todos le muestran su afecto, se siente protegida. Quizá con más intensidad experimenta el sentido protector de su perro *Niebla*, al que ahora adivina en el rellano de la escalera. Ante su puerta, siempre guardándola y al acecho de sus menores movimientos. Todos me quieren ahí fuera, al otro lado de las tinieblas. Pero yo sé que alguien tiene que amarme aquí dentro, a este lado de la oscuridad. Y esa voz es diferente a todas las que conocí antes. Es como si me perteneciera. Junio trae aromas estivales. Ya la playa parece inquieta. *La Pérgola* ha sacado sus tumbonas, los toldos de lona, las casetas multicolores de los bañistas. Un mes más tarde vendrán los turistas, se llenarán los hoteles. La suave arena que acaricia mis pies desnudos será pisada por miles de forasteros. Sobre las rocas se instalarán pescadores de caña venidos de muy lejos. Hasta el palacete llegará el rumor de los veraneantes, esa fauna ruidosa que agujereará mi muro negro donde, como luminarias, cuelgan mis sonidos habituales, los olores cotidianos. Se me juntarán las dimensiones y yo seré como un niño que en vano intenta abrirse paso entre una

muchedumbre abigarrada que camina en dirección contraria. Raquel me escribió invitándome a ir a Londres cuando termine el curso. Después, en agosto, ella vendrá a Sava con su esposo y su hijito, Arturo Jorge. Complicado nombre, aunque me gusta. Después... Se sucederán los días, vendrá el otoño, otra vez la Navidad. Papá, en el retiro de su despacho, seguirá coleccionando sellos de barcos, añorando a mamá, esperando la muerte que, muy pronto, se llevará a la pobre abuela Virtudes. Tengo miedo. Cepillándome el pelo, siento como un frío en el alma. Aferrarme al piano, a mis alumnos de música, ciegos como yo. A esa voz. Sentirme limpia, intacta. Como un espacio deshabitado. Más de una vez he ido contigo en el sesenta y uno, me dijo. Trayecto: «Paseo Marítimo-Reparadoras». Los conductores me conocen. Con mi bastón blanco inconfundible. Me ceden el asiento. No es necesario, les digo; pero ellos insisten. Contar las paradas. Realmente el sonido de las calles, su olor, también me orienta. Las curvas, los semáforos. Hay un bar en la penúltima parada, donde el conductor desciende para tomar un café rápido, ir al lavabo. Ocho horas seguidas conduciendo es demasiado. Carmelo, nuestro chófer, que ha cumplido ya los sesenta años, me enseñó a conducir hace ya mucho tiempo, en la inmensidad de la playa de las Sirenas, durante la bajamar. Fue como montar a caballo en La Olmeda. ¿Qué será de Víctor? Tendrá novia, se habrá casado. Tal vez viva en el pueblo o, como deseaba, vivirá en Barcelona. Quería escapar de la aldea, me lo dijo. Nunca se atrevió a venir a verme. Éramos tan jóvenes y, además, mi ceguera debió aterrorizarle, aunque le atrajera, como suelen atraer los abismos.

—¿Terminaste ya, Miriam?

Es Flora, mi buena ama de llaves. Si tuvieras la llave de mi corazón, ¿qué verías? Una habitación inmensa, oscura, llena de fantasmas, de apariciones espectrales sin forma ni color. Qué hermosa eres, exclama la gobernanta, viéndola desnuda. Vestirme para la cena, el diario ritual. La radio interpreta ahora un fragmento de *Appalachian*

*Spring*, de Aaron Copland. Fascinación de las montañas, sentir las. Recordar el frío del Pirineo cuando, hace dos años, fue a Baqueira Beret durante un invierno, acompañada por su hermano Carlos y sus primos Pablo y Belén. Impresionante la noche fría y transparente, bien abrigada en la terraza de su habitación en el *Hotel Edelweiss*. Ascender hasta las cumbres, sentada junto a mi hermano en los remontes. Percibir su fuerza, su alma sencilla, idealista. Escuchar sus entusiastas explicaciones describiéndome la belleza de los horizontes nevados, cómo la luz del Sol iluminaba las laderas blancas, haciendo brotar de ellas diamantinos reflejos. A nuestro alrededor, los gritos de los esquiadores, las voces y las risas de los niños. Recuerdo todavía el vértigo descendiendo con él la ladera en un trineo. El aire frío en la cara, la protección de su espalda delante de mí, como cuando en Sava, siendo unos adolescentes, montábamos los dos en una bicicleta de dos plazas, de las llamadas *tandem*. Por la noche, en el albergue, en torno al cálido fuego de la chimenea, nos reuníamos a comentar las incidencias del día. Allí, Carlos me presentaba a sus amigos con orgullo, como si para él mi ceguera no fuera una desgracia y una terrible carencia, sino un don inasequible a la inmensa mayoría de los mortales.



ES terrorismo, lo sé. Durante una semana se debatió en el proceloso mar de la duda. Al fin, una tarde, cuando ya todos los empleados habían salido, se decidió: la palabra clave es *Montana*, el ordenador se convierte en un corredor sin retorno que conduce al Arsenal, a las redes eléctricas, a los planos, a los sistemas de seguridad.

Después de varios días de luchar consigo mismo, puso en práctica un plan de investigaciones solapadas, apertura de ficheros, miradas clandestinas y juegos de adivinanzas, que le permitieron penetrar en la Cueva de Alí Babá de la Comandancia de Marina. En la pantalla fueron apareciendo esquemas, cuadros, cifras, conexiones, nombres y destinos de la Oficialidad, misiones específicas, domicilios privados, matrículas de vehículos, rutas, controles. Imprimir rápido dos copias, se dijo. Estaba nervioso. Fumó un cigarrillo. Después otro. Iba a convertirse en delincuente y experimentaba una sensación extraña, gélida y desagradable. Por la ventana veía el gran patio, los *jeeps* de la Policía Naval geoméricamente alineados, las garitas con los centinelas, la barrera de la entrada. Eran las ocho de la tarde y en el corredor resonaban ecos de voces. Son las mujeres de la limpieza. Terrorismo es la palabra que en vano trata de bloquear en su cerebro. ¿Hubiera sido mejor resolverlo entrando en el repugnante tráfico de drogas? Asco frente a miedo, repugnancia *versus* terror. «*Se aproxima el héroe a la juvenil extrañeza de los muertos, penetra en las renovadas constelaciones de su asiduo peligro...*», dice la elegía de Rainer María Rilke. «*La tempestad de su mundo comienza a bramar...*» La vieja Lucrecia Belle de Nuit y su supuesto sobrino segundo, el travesti Eduarda, son intermediarios de una laberíntica oscuridad, de un negro horizonte poblado por resplandores siniestros. Recordar el diálogo: A cambio de ese dinero que necesitas, ¿podrías proporcionarme unos datos de la Comandancia? Fingida ingenuidad en el tono de voz de la vieja

momia. Oírla como si fuera un oráculo. ¿Qué datos?, fue mi pregunta cobarde, contaminada ya. Explícaselo tú, Fito, dijo la calavera empolvada. Sus manos esqueléticas sostenían el rosario de negras cuentas de azabache, la boca desdentada, sus cárdenos labios besando el crucifijo. Sacrilegio, pensé. Me sentía atrapado, cogido en un cepo a causa del frenesí de los naipes. Durante días no pudo erradicar de su imaginación el rostro pintarrajeado de Eduarda, su mueca macabra, su artificiosa voz de arpía, prefabricada en un quirófano, sus pechos de silicona. Híbrido de mujerzuela y de descargador de muelle, su fantasma muestra el pelo azul fosforescente recogido con una cinta decorada de mariposas y calaveras. Existe un infierno, pienso al introducir en un gran sobre almohadillado los listados con los datos *top-secret* para la momia Belle de Nuit. Páginas numeradas, planos, listados del personal naval, domicilios, rutas de autobuses oficiales. Preparación de un atentado. Volar el Arsenal. Asesinar a un Almirante. Terrorismo es la palabra clave. Lo siento como un puñal en el vientre. Me desangro de pánico. He visto los ojos homicidas de Culebra y del Chino muy cerca de los míos. La navaja degollándome. Don Gunter tiene sus normas, por un céntimo es capaz de arrojarte al mar introducido en un saco de plástico lleno de piedras. Enterrarte en los cimientos de una obra, solidificarte con cemento.

—Paga o muere —oye.

Otro cigarrillo, apagar la luz del despacho, el sobre debajo del brazo. Mañana llamar al teléfono de contacto que me dio la loca Eduarda. En el autobús de regreso al barrio del Mercado Viejo voy sentado. Medio vacío. Lluve. Leyendo el periódico: *«Investigadores zoólogos han verificado que el leopardo, animal solitario y al acecho, es odiado por los salvajes bantúes de la selva africana a causa, principalmente, de su ágil y silencioso caminar que, en vano, tratan de imitar desde la atávica noche de los tiempos. Ni siquiera le admiran por la hermosura de su piel y por la nitidez de su mirada...»* Ojos verdes de Miriam, relacionarlos con los del leopardo. La hermosura de su piel,

la nitidez de su mirada ciega. Se extrañó de mi nombre. ¿Armand? Verla el viernes, estar con ella, la primera cita. El sobre encima de mis rodillas, mi declaración de derechos inhumanos, vender la primogenitura de mi alma por un plato de lentejas. ¿Regenerarme después? ¿Seré capaz de no volver a las mesas de juego de esos tugurios de cloaca? ¿Por qué no intentar probar suerte en el Gran Casino? Jugar con navieros, aristócratas, propietarios, terratenientes, armadores y hombres de negocios. Partidas de guante blanco. Alquilar un *smoking*. Pisando los charcos bajo la lluvia, entrar en el oscuro portal que huele a legumbres.

—Hola, hijo —dice mamá, abriéndome la puerta.

La expresión dramática, mirarme con temor, escrutar-me. ¿Qué es lo que oculto? ¿Soy acaso Raskolnikov que regreso de matar con el hacha a la vieja prestamista? Al fondo, en la sala comedor, papá ve las noticias por televisión. Corrupción del gobierno, desastres, el mundo camina, en su opinión, a un holocausto ecológico. Sus preguntas preferidas son: ¿Qué es lo que estamos haciendo con la Amazonia? ¿Qué sucede con los millones de seres humanos que mueren cada minuto de inanición? ¿Es esto progreso?

—Yo daría parte de mi sueldo para los pobres de Ruanda, pero no confío en que mi modesto óbolo llegue a sus manos —suele decir.

Por eso no actúa. La bata de seda con cinturón de borla, las zapatillas de cuadros. Hoy ha comprado en una librería de viejo los dos tomos de *La Historia de la Revolución Francesa*, de Lamartine, el cual, según el bibliotecario, opinaba que «*cuando la Providencia desea abrasar el Mundo con una idea noble, grande y revolucionaria, la enciende en el alma de un francés*».

—Creo que ésa es una opinión *chauvinista* —digo, bebiendo un vaso de leche.

—Primero fueron Babilonia y Egipto, después Grecia y Roma, más tarde Italia y el Renacimiento, los españoles del Descubrimiento y la Conquista, luego vino Francia con sus ideas revolucionarias y renovadoras y, a continuación, ahora, los Estados Unidos, es decir, Lafayette y la Revolu-

ción Francesa —dice papá, ayudando a mi madre a poner el mantel para la cena.

—¿Y luego? ¿Quién viene después?

—China —responde rápido—. La Civilización se extiende por el Planeta siguiendo el curso del Sol en el cielo —pontifica él.

—¿No vas a cenar? —me pregunta mamá.

—No tengo apetito. Me voy a mi cuarto a leer un poco. Luego iré a ver a mi amigo Gervasio.

—¿El escultor? —inquire el bibliotecario, en un tono que significa realmente «¿ese bohemio?».

—Sí, el escultor, está enfermo. Tiene cáncer —digo, como si le arrojara una pesada piedra para aplastarle.

Tener amigos desahuciados para la vida, programados para la muerte espantosa. Garantía de morir desesperadamente. En mi cuarto guardar el sobre con mi *traición*. La palabra clave es terrorismo. Lo sé. Entregar esa basura al nauseabundo Eduarda es como ponerme en manos del Diablo. Y, sin embargo, el miedo a los asesinos a sueldo de don Gunter intenta justificarme. ¿Es puro instinto de conservación lo que me mueve a aceptar la oscura oferta de la momia Lucrecia Belle de Nuit? ¿No será más cierto que pretendo vengarme de la podrida Comandancia, de mi pantalla de ordenador, del máquina Salas Bernabé, mi compañero en la tediosa, alienante oficina? ¿Sueña acaso mi inconsciente con ver volar por los aires el Arsenal? Recordar *La Desesperación*, del poeta Espronceda: «*La mecha de un incendio que corra devorando y muertos aplastando quisiera yo encender...*» Guardar el sobre en el fondo de un cajón de mi armario. Sugerencia: bomba de relojería, a cambio de seis millones. Barato le salió al Infierno su veneno mortal. Si entrego ese sobre mi alma la perderé; si no pago mi deuda, Culebra y Chino vendrán a por mí.

—La paciencia de don Gunter tiene un límite —me dijo Olga ayer, cuando me llamó por teléfono, jurándome que me amaba, que le daba asco entregarse cada noche a Salus, «ese cerdo»—. Huye conmigo —insistía—. Y si no me

crees, dame una cita y yo iré. Quiero entregarme a ti, te deseo...

Susurrante voz de la concubina escarlata, tal y como la vi por última vez, cuando los matones del capo me llevaban al auto para tirarme a la escombrera. Estaba de pie en el *hall*, ya vestida como para salir a algún *night-club* con cena incluida y espectáculo de variedades, la pasión del mafioso. Son las diez de la noche cuando oigo un rumor de automóvil deteniéndose en el estrecho Callejón de Mulcento donde vivo. Madriguera familiar, escondite y miedo. Sentir, no obstante, el síndrome de abstinencia de los naipes. Levantarme de la cama, apagar la luz de la lámpara y, con cautela, correr los visillos para observar la callejuela. Bajar la persiana hasta la mitad del ventanal, para que la luz roja intermitente del vídeo-club no ilumine demasiado la angosta habitación. A través del hueco de los visillos los vi bajarse del auto. Paseaban por la acera de enfrente mirando hacia mis ventanas. Uno era Culebra, pero los otros dos no los había visto nunca. Por un instante creí que los ojos de uno de ellos se cruzaban con los míos. Rápidamente me aparté de la ventana y, echado sobre la cama, fumé un cigarrillo tras otro. ¿Qué es lo que pretendían de mí? ¿Era posible que por seis cochinos kilos montara don Gunter ese teatro? Recordé entonces las palabras de mi amigo el escultor.

—Esa vieja Lucrecia, su supuesto sobrino el travesti y el capo mafioso son compinches. Pertenecen a la misma movida. Don Gunter te presiona, la vieja bruja te ofrece una salida. Tú, acojonado, no tienes otro remedio que aceptar su oferta y les entregas esos documentos. Son colaboradores de una banda de terroristas, eso está claro.

—¿Y qué es lo que puedo hacer? —le pregunté, inquieto.

—Intentar ganar tiempo. Había pensado resistirme a abandonar mi casa, seguir negándome a la expropiación. Pero ahora tal vez acepte y tome esos siete millones que me ofrece el Ayuntamiento. Si lo hago al fin, cuenta que te adelantaré ese dinero.

—No puedo consentirlo —protesté, débilmente—. Ade-

más, si te expropián, ¿dónde te vas a ir a vivir? ¿Qué vas a hacer con tus esculturas?

—Ese es el problema. Por eso me resisto —dijo Gervasio, encendiendo su cachimba—. Quizá lo mejor sería morirme ya —concluyó, con cínico sarcasmo.

—Olvidémoslo —murmuré.

Nervioso, ha vuelto a incorporarse en la cama. Las tres sombras permanecen en la acera de enfrente, hablan entre sí. Uno de ellos cruza la calle y se dirige al portal. Poco después suena el intercomunicador y, como un resorte, Armand sale al pasillo, por donde ya arrastra mamá Rosa sus gastadas chinelas camino del teléfono interior que cuelga de la pared.

—¡Si preguntan por mí, no estoy! —le ordena a su madre, en un susurro.

Ojos de asombro y sospecha, un suspiro de lamentación.

—¿Quién es? —dice la asustada mujer.

—¿Está Armand? —inquire una voz ronca.

—No, no está en casa.

—¿Y sabe cuándo volverá?

Una vacilación en el rostro de Rosa, mirar al hijo, el cual se encoge de hombros y ensaya una mueca. Diles cualquier cosa, pero que se vayan esos cerdos.

—Hasta mañana no volverá —dice la madre.

—¿Está de viaje? —insiste la voz.

—Sí, está de viaje.

—De acuerdo —dice el gánster tras una pausa.

Doña Rosa se ha sentado en una silla que hay junto al teléfono de pared. Se lleva la mano a la garganta, se desabrocha la blusa.

—Dime, Armand, ¿en qué líos andas metido?

—En nada importante, mamá —le dice el hijo—. Simplemente son unos pelmas a los que les debo algo de dinero.

—¿Cuánto?

—Más de lo que tienes en tu cartilla de ahorros. Así es que olvídate de eso, madre.

—Puedo empeñar mis joyas. Me darían más de trescientas mil.

—¡Por favor, mamá! ¡Es un asunto mío y yo he de resolverlo! ¿Comprendes? —grita Armand, encerrándose de nuevo en su habitación.

Hacía más de una hora que el automóvil había desaparecido del Callejón de Mulcento cuando el joven Zaldívar salió a la calle para dirigirse a casa de Gervasio Menéndez. En la plaza del Mercado tomó un taxi, encendió su cigarrillo número cuarenta y arrojó el vacío paquete por la ventanilla.

—Al Puente Viejo —le dijo al chófer.

Necesitaba ver a su amigo el escultor, beber con él una copa, contarle su próxima cita con Miriam para el viernes. La Explanada del Ensanche, abandonar el taxi, cruzar a pie el Puente Viejo para ahorrarse el suplemento del límite de la ciudad. Esperaba verle todavía en su ruinoso casa, frente a los depósitos del gas. Rey sin corona en medio de los escombros y los vertederos de basura, brindaría con Gervasio por el amor que sentía dentro del pecho, también por el terror que poco a poco se iba apoderando de él. Le comunicaría su firme propósito de cambiar de vida. Ser un jugador de guante blanco, enamorarse cada día más de Miriam. Devolverle la vista, que viera con sus ojos. Tal vez ella haría que él sintiera a través de su corazón de mujer, sin duda más limpio que el suyo.

—Alucino —dijo en voz alta.

Tractores, excavadoras, una ambulancia, obreros con casco. Hasta él llegan, conforme se aproxima, los rumores de las voces de las radios portátiles de la policía. La pequeña casa de principios de siglo, aislada ya en la llanura poblada de escombros, está rodeada de gente. Hombres con casco amarillo, vecinos de aquel extramuro de la ciudad y de la muerte, policías de uniforme. Un fatal presentimiento le atenaza. Fantasmales rostros le observan mientras avanza hasta la línea acotada por un cinta roja y blanca. A lo lejos, a contraluz, justo en el borde de la ciudad marítima, que parece moverse sobre el océano, se al-

zan las esqueléticas y fantasmales estructuras de los edificios en construcción, los puentes elevados de la autovía de circunvalación, las filas de camiones cargando la tierra que las excavadoras extraen. Turnos de noche. El inmenso e inhumano fragor ciego de la ciudad portuaria, su peor rostro. Cuando llega a la cinta de la policía un hombre se le aproxima acompañado por un agente. Lleva una carpeta en la mano y un bolígrafo sujeto sobre la oreja. Es joven y usa gafas. Tiene aspecto de intelectual y su voz es fría.

—¿Es usted Armand Zaldívar? —le pregunta.

—¿Yo? —exclama, sin comprender— Sí, soy yo, pero ¿cómo sabe mi nombre?

—Él lo tenía apuntado en un papel donde decía que le llamáramos después de su muerte. Soy el inspector Rodríguez —me dice—. Le hemos llamado a su casa y su padre nos dijo que ignoraba dónde se encontraba usted, que cuando llegase le diría que viniera a casa de su amigo. Por eso hemos supuesto que usted era Armand Zaldívar. Así es que, ¿ha venido aquí por casualidad?

—Desde luego —responde—. Pero ¿es que ha muerto Gervasio?

—Sí, se ha suicidado. La muerte ocurrió poco antes de que se procediera al derribo de la casa. El Ayuntamiento se personó con las máquinas y los técnicos, pero su amigo se encerró en la casa, oponiéndose a toda costa a desalojarla. Unas horas después, se oyó un disparo. El señor Menéndez se había quitado la vida.

—¿Puedo verle?

—Naturalmente —dice el inspector, levantando la cinta de plástico.

Ojos me miran, la serpiente del mal enroscada a mi garganta. En la gran cama de oxidado dosel está Gervasio, postrado sobre un sucio almohadón. Cadavérico, los ojos abiertos mirando al agrietado techo, tiene un disparo en la sien, una mancha oscura de sangre ya coagulada.

—Estamos esperando al juez —dice el inspector Rodríguez—. Los facultativos no han podido sino constatar su muerte.



—No comprendemos su reacción —interviene otro hombre de paisano—. Yo actúo como oficial del juzgado que se ocupa del desahucio por expropiación forzosa y, créame, estoy sinceramente impresionado...

Mirarle con fijeza hostil. Sin embargo, yo sé que Gervasio se ha quitado de en medio por el cáncer. No esperaré a que las ratas me devoren, me dijo. El desahucio y las excavadoras han sido la gota de agua que colmó su vaso.

—Quítese de mi vista —le digo al empleado del juzgado, acercándome a la cama.

—Es usted injusto conmigo —dice el funcionario judicial.

—No toque el cadáver —me advierte el inspector.

—Sólo voy a cerrarle los ojos —murmuro, con voz sorda.

Odiarles a todos. Todavía está caliente, los párpados tiernos. ¿Nadie ha podido cerrárselos? Un trapo piadoso. Algo que evitara este espanto de su mirada.

—¿No tenía familia? —me preguntan.

No responder, sólo mirarle a él. Su cabeza, una calavera de ojos profundos. La barba crecida. En una mano el papel con mi nombre y mi número de teléfono. Un revólver calibre 45 en el suelo. Su empuñadura de nácar resulta una imagen frívola, casi pornográfica. Bajo la cama, un orinal. Un gato me mira desde detrás de la mecedora de mi amigo. Fragmentos de esculturas, bocetos por los rincones. Proyectos de vida que jamás llegarán a ser. No puedo soportar por más tiempo el siniestro dramatismo de la escena y, por la puerta de la cocina, salgo al patio trasero. La brisa del mar se mezcla con el pestilente olor a gasoil de las máquinas excavadoras, el rumor del turno de noche. Arriba, en el cielo, brillan las estrellas. Enloquecedor interrogante me sugieren siempre los astros. Misterio insondable del espacio cósmico. *Titán*, de Gustav Mahler, resuena como un eco en mis oídos, brotando de mí mismo. Levantamiento del cadáver, la Morgue espantosa, la autopsia inmisericorde, las diligencias funerarias.

*«Si te dijera la noche su esperanza. Si te dijera la no-*

*che su secreto. Si bebieras sangre, amor, palabras. Si rompieras el espejo que refleja la realidad...»* Escribir esto sentado en el banco de madera, frente a la parada del autobús 61, «Paseo Marítimo-Reparadoras». Fue espantosa la Morgue, la incineración. «*Pero el amor que siento, la dulce luz de su mirada*», es otra frase escrita con el bolígrafo Cross dorado encontrado una mañana en el pavimento. Qué suerte sería encontrarnos algo en el recodo de un camino, un árbol florido para mí. Para ti ese crepúsculo. El cielo nuboso de la tarde de junio, el viento. Fue triste el sepelio. La hermana de Gervasio fue la única representante de su familia. Localizar su teléfono en la agenda que tenía sus huellas. Recuperar su arte. Sus esculturas envaladas fueron depositadas en un guardamuebles. «*Tu hermana Elsa no te olvida*», decía la corona de flores.

—Te escribiré diciéndote qué destino vamos a dar a los trabajos de mi hermano —me dijo Elsa.

Como albacea testamentario firmé el acta de defunción. Las excavadoras después derribaron la pequeña casa, haciendo brotar de aquella ruina el cheque miserable con el importe de la expropiación forzosa, que yo mismo envié a su hermana. «*Si te dijera la noche su secreto. Si bebieras sangre amor palabras.*» Esto no es un poema, es un recurso para dejar transcurrir el tiempo hasta que llegue el autobús de Miriam. Lamentar la muerte de mi amigo. Me dejó escritas unas líneas: «*A partir de ahora quiero que me recuerdes como Falcone. Repudio mi antiguo nombre. Muere mi pasado. Soy un seudónimo. Eso es lo que quiero y deseo ser...*» Falcone en su última mirada. Esperarla a ella aquí, frente al mar, muy cerca de los edificios de la Comandancia de Marina, mi cepo, mi ordenador, mi traición. Me pregunto: ¿seré capaz de entregar a la sucia Eduarda el sobre con los datos secretos de la Comandancia?

Evocar con asco su mirada de crápula y de miasma. Eres cloaca, punta de navaja clavándose en mi costado. Mirar la hora en mi reloj. Faltan quince minutos para las seis. Vienen en el autobús sus ojos verdes como las esme-

raldas, su piel de rosa. Es mi madero en el mar, al que me aferro. Pobre Falcone, solo en la Morgue, introducido en un frigorífico. Me acompañó papá, el bibliotecario de alma sensible.

—La muerte a todos nos une —sentenció, filosófico.

—Gracias por estar conmigo —le dije al terminar aquel horror.

Del latín *crematio*, acción de quemar. Morgue Municipal, el gran vestíbulo. Papá llevaba del brazo a Elsa, la hermana de mi amigo; una mujer de cincuenta años, todavía bella, aunque de expresión dramática.

—Vivo en Barcelona con mi esposo y mis dos hijos desde hace tiempo. Uno de ellos, el mayor, era ahijado de Gervasio —nos informó, secándose las lágrimas con el pañuelo.

Recogió el portarretratos de su boda. La dedicatoria en diagonal a su madre y hermano. Después llegaron las máquinas del derribo. Cumplimos órdenes. Es la ley. El sol poniente elaboraba ayer sangrientos arabescos en las vidrieras del *hall* de la Nueva Funeraria, como figuras de una extraña baraja. Sed de naipes. Dame cartas, oigo. ¿Es mi voz? Un ujier, uniformado con impecable traje azul celeste, galoneado y solícito, nos salió al encuentro.

—Les acompaño en el sentimiento —nos dijo, con un estilo falso, frío y protocolario.

Firmar unos documentos. Súbitamente me vino a la memoria un cuadro famoso. En él se representa al poeta romántico Lord Byron contemplando con expresión patética la cremación del también poeta Shelley. Rodeado de dos compungidos amigos y de algunos aldeanos curiosos, el infortunado escritor se erige en la pintura como símbolo de la indómita rebeldía ante la Muerte. Una hora después, un funcionario de la Morgue, con su voluminoso abdomen prominente y su redonda cara enrojecida, penetró en la sala donde esperábamos para entregarnos una pequeña urna.

—Estas son las cenizas del señor Menéndez —nos dijo.

Todavía calientes, como pequeños granos grisáceos a través del cristal transparente de la urna.

—Él hubiera querido que las arrojásemos al mar —le sugerí a la hermana de mi amigo Falcone, como él quiso ser llamado después de su muerte.

Fue prosaico. En el último viaje del transbordador *Airiños* cruzamos la bahía. Apoyados en la borda de popa, saqué el recipiente macabro de la bolsa de plástico, lo abrí y arrojé las cenizas al Atlántico. *«Si te dijera la noche su esperanza. Si te dijera el mar sus secretos. Si bebieras el agua amarga del mar, me conocerías a mí...»*

Esperando a Miriam percibo la sensualidad del bolígrafo dorado entre mis dedos. Un cigarrillo. Los autobuses llegan, se detienen, parten de nuevo dejando a unas personas y recogiendo a otras. Pasan las nubes, huele al salitre y al yodo del mar. La ciudad, a mis espaldas, es un laberinto de edificios y de calles poblada de fantasmas. Me quedé su anillo de plata, con una piedra de obsidiana. Lo coloqué en el dedo corazón de mi mano siniestra, la mano de los descartes. Pero de ti no, Falcone, de ti no me descartaré jamás en esta cochina partida de la vida.

—Se ve que era tu amigo —me dijo mi padre al volver a casa—. No te había visto llorar desde que eras un niño.

## BUS 61 PASEO MARÍTIMO-REPARADORAS

Se abren las puertas con un sonido de émbolo de aire comprimido. Primero bajan dos estudiantes con sus mochilas. Después un matrimonio. Por último ella. Segura, sonriendo levemente a la oscuridad que debe cercarla, con su bastón en la mano derecha y en la izquierda la cartera de cuero. Profesora de Música. Ciega, musa de la noche, tus ojos son tan bellos que parece que estuvieran viendo un mundo más hermoso que éste que nos rodea. Se detiene en la acera, reprimiendo su habitual impulso de buscar las paredes de los chalets con el extremo de su bastón.

—Hola, soy yo, Armand —dice Zaldívar.

—Hola, ¿qué tal?

—Regular.

—¿Regular? ¿Ocurre algo?

—Desde que te llamé he tenido unos cuantos días no demasiado agradables.

Su voz en la cubierta del barco sobre el Mississippi de los sueños. Es él hecho realidad. Lo intuye a cada instante con más fuerza. Unos días no demasiado agradables.

—Lo siento.

—¿Y tú? —le pregunta Armand.

—¡Ah, yo muy bien!

—¿Eres profesora, verdad?

—Sí. Me ocupo de enseñar solfeo a los chicos de los primeros cursos y algo de piano a los mayores.

Caminando juntos, sosteniendo el bastón sin hacerlo girar en arco porque él le sirve de guía. Rozar con el codo la cazadora de tela de gabardina de Armand. Ella con el traje de chaqueta de lino color crema. Su perfume *Ives Saint Laurent*.

—Si te parece, podemos ir a sentarnos un rato a *La Pérgola*.

—Estupendo.

Terraza de cómodos sillones de mimbre pintados de blanco, mullidos cojines multicolores, mesas de torneadas patas. Frente al mar de estaño de la tarde, vaporosas nubes flotando en un cielo azul desvaído. En la bahía, anclado como un intruso, el herrumbroso paquebote *Queen Albionaster*, un navío con bandera de Gran Bretaña. El camarero solícito. Miriam ha dejado su cartera sobre un sillón, el bastón blanco apoyado. Tomará un agua tónica.

—Yo un *gin-tonic* —pide el joven.

Tarde húmeda, sentirlo en las mejillas, atentamente escuchando la voz de él. Pausa poniendo sobre el cristal de la mesa el paquete de cigarrillos *Winston* y el encendedor *Bic*.

—¿Fumas?

—No, gracias. Sólo fumo muy de tarde en tarde —dice ella.

—Yo, en cambio, fumo demasiado.

El camarero ha vuelto con los vasos, unas almendras

en un platillo decorado con una columna griega engalanada con guirnaldas y el nombre del establecimiento en letras góticas. La mano de ella, guiada por el sonido que dejó el plato en el cristal, alarga sus dedos hacia las almendras y coge una. Es prodigioso, piensa Armand. Observarla. De perfil su belleza clásica, la luminosidad de esmeralda de sus ojos. Se ha quitado la chaqueta de lino y muestra el firme perfil de sus senos bajo la blusa. Enamorado viajero por caminos de contradicción, perdido en un laberinto de belleza y de paz. Olvidar la cloaca de las partidas de póker, la sombra de Falcone entrando en su ataúd al crematorio. Soñador de un remoto horizonte, propongo un brindis.

—Brindemos.

—¿Por qué?

—Por nosotros.

Viajero en la ruta inexplorada que conduce a la joven, siente por primera vez desde hace años que es todavía un niño. La brisa impregna de aires primaverales la atmósfera. En la playa, algunos bañistas toman el pálido sol entre nubes. La banderola amarilla de precaución en el mástil de la Cruz Roja. Más allá, a la izquierda, los edificios blancos y los techos grises del Arsenal. No mirar hacia allí, recordarme mi vida mediocre, mi traición. Los listados dentro del sobre, la negra conciencia. ¿Es terrorismo la palabra clave?

—Soy licenciado en Letras —dice, respondiendo a una pregunta de ella.

—Entonces, ¿eres también profesor?

—No, trabajo en las oficinas de la Comandancia de Marina. Manejo un anodino ordenador.

Un tono amargo en su voz. La misma que oyó en el barco de grandes ruedas de paletas del Mississippi River. Cuando el espectro invisible de sus sueños le dijo que era un jugador.

—*Me dirijo a New Orleans, en cuyos casinos pienso resarcirme de pasadas pérdidas. Mi pasión son los naipes, aunque también me excitan los desafíos a pistola, espe-*

*cialmente cuando intervienen en mi vida las fatídicas mujeres aventureras...*

Ondulantes embarcaciones a lo lejos, en el embarcadero del Náutico. A la derecha los acantilados de *Las Sirenas*, los verdes bosques de pinos y eucaliptos. Las gaviotas en oleadas, a veces flotando estáticas sobre el mar, a la espera de lanzarse a las aguas buscando su presa. Frente a la Dársena de la Marina se desliza una lancha guardacostas.

—Muchas veces te he seguido con la mirada.

—¿Por dónde?

—En esta playa. Siempre vas con un perro negro.

—*Niebla*.

—Incluso, en alguna ocasión, he estado sentado en las rocas muy cerca de ti. Observándote.

—¿Observándome?

—Sí.

—¿Y por qué no me hablabas?

—No sé, algo me lo impedía.

—¿Mi ceguera?

—No, eso no —responde con decisión Armand.

—Curioso —dice ella.

—¿El qué?

—No sé, pero yo también, muchas veces, he sentido que alguien me observaba o estaba muy cerca de mí. *Niebla*, incluso, me advertía con su inquietud de que algo extraño estaba sucediendo a mi alrededor.

Agitar el hielo en el fondo del vaso distraídamente. El extremo del cigarrillo aplastado en el cenicero. Es cierto, la espiaba, la seguía a distancia. Miriam es la más grácil persona que ha visto jamás. Un símbolo de delicada y limpia belleza en el mundo sucio y cruel en el que se debate. Dédalo de pestilentes callejuelas del puerto, por el que deambulan los fantasmas nocturnos del alcohol, de la droga, del juego y de la prostitución. Material de derribo de la urbe marítima, abierta a todos los horizontes. Sus manos de marfil. Y un dolor íntimo, de dulce puñal, hurgando la herida abierta de un póker de ases imposible.

—Soy hijo único y vivo con mis padres cerca del Mercado Viejo, en un barrio en el que no habrás estado nunca. —le dice a la joven, después de que ella le haya dicho que perdió a su madre a los ocho años.

Miriam se ha puesto otra vez la chaqueta de lino porque la brisa es ahora más fresca. Cubren las nubes el sol del crepúsculo, la pregunta que él no quiere hacer, aunque una morbosa curiosidad le empuja.

—¿Y eres totalmente ciega?

—Totalmente, desde el día que nació.

Una pausa demasiado larga, el más allá terrible, el Averno con sus fauces, la boca del león rugiente. Pero Armand no oye el fragor de su tormenta íntima, porque las palabras de ella le han sumido en un pozo hondo y negro.

—Lo había supuesto —murmura.

Bandadas de gaviotas se posan en la arena de la playa. la luz indecisa de la tarde ilumina con fríos destellos el resplandor sangriento del crepúsculo.

—Si quieres, paseamos un poco —sugiere Miriam.

—¿Tienes frío?

—No, pero prefiero caminar.

Surca el cielo un avión de pasajeros. Irme lejos con ella, ser su lazarillo para siempre. Se ha quitado los zapatos y camina a mi lado por la dura arena, cerca del agua mansa de la bajamar. Ondulantes caderas, el bastón blanco plegado.

—Déjame que te lleve yo la cartera.

—Gracias.

Vuelve el estruendo de la aeronave. Huir de esta ciudad bella y lluviosa, que no he sabido hacer mía porque sólo frecuenté su infierno. Don Gunter, Olga, la viuda Lupino, el travesti Eduarda, los matones Chino y Culebra, la momia Belle de Nuit. Figuras de un museo de cera absurdo y sin sentido. Nostalgia del tapete verde. Roza las yemas de mis dedos la tersura marfileña de los naipes. Si no entrego mi alma al Diablo del Terrorismo, ¿cómo pagaré mis deudas? ¿De qué modo rescataré mi vida? Para sobrevivir habré de vender mi alma al pozo de reptiles cuya



verdadera dimensión ignoro. Volver a jugar una partida insigne y definitiva en la que la caprichosa Fortuna ponga en mis manos la legendaria Escalera de Color.

—¿Te gusta la música? —me pregunta Miriam, volviendo la cabeza hacia mí y ofreciéndome la fascinante belleza de sus ojos verdes, trágicamente desviados de los míos a causa de su ceguera.

—Mucho.

—¿Y cuál es tu músico preferido?

—Gustav Mahler.

Cantos de dolor, cantos para un compañero errante, cantos de la tierra.

—Y tu músico predilecto, ¿cuál es? —le pregunta Armand.

—Chopin. Sin él no sé si habría podido superar ciertas cosas —responde la joven—. Tengo frío —añade, en un tono casi infantil, como buscando protección.

Fue un impulso. Ponerle el brazo sobre los hombros. La cabeza de ella apoyada en su pecho. Una emoción íntima, compartida en silencio mientras regresaban.

—¿Sabes una cosa?

—No —dijo él.

—Que tu voz ya la había escuchado mucho antes de conocerte.

—No te entiendo.

—Algún día te lo explicaré —dijo ella, sentándose, según su costumbre, en la escalinata de *La Pérgola* para ponerse los zapatos.



SENTADA en el balancín de mullidos almohadones evoca, ensimismada, su primer encuentro con él en la parada del autobús; la conversación apacible bajo los parasoles de *La Pérgola*; esa tristeza que percibe en la voz de Armand. Ecos de sonidos que se desvanecen, el deseo de recorrer su rostro con las manos para conocerle. A su lado, *Niebla* permanece echado a sus pies. Noche de junio. Sobre ella la inmensidad del cielo estrellado. Pero ¿cómo son los astros? ¿Le llamará él mañana? Marielvi, Chon y Mamen todavía ignoran qué es lo que siento. Nunca lo sabrán, porque, aunque quisiera, no sabría contarlo. Es un dulzor, una paz, una sensación nueva. Esta mañana, cuando regresé de Santa Lucía, Flora me cogió de la mano y subió conmigo a mi habitación.

—Acércate —me dijo—. ¿Hueles?

En el jarrón un ramo de rosas perfumadas, de hondo aroma.

—¿De qué color son?

—Rojas —respondió ella.

Aspirar aquel olor embriagador, escuchar el sonido delicado de sus palabras, como si todo lo que le decía fuera una confidencia.

—Son maravillosas —dijo la gobernanta—. Y traían esta tarjeta.

Alargar la mano, sentir la cartulina, los relieves del emblema de *Interflora*.

—¿Qué dice la tarjeta? —preguntó.

—Armand.

—¿Nada más?

—Sólo hay escrita esa palabra, Armand —repitió Flora del Beato.

¿Qué querían decirle las rosas rojas con su intenso aroma? A través del negro muro de la ceguera, Miriam cree oír su voz: Te envié rosas rojas para decirte que te quiero. ¿Será cierto este presentimiento? El rumor del

mar estrellándose en los próximos arrecifes penetra por la abierta ventana, protegida tan sólo por el vaporoso cortinaje. Susurrante canto el de las arboledas agitadas por la brisa, el perfumado aliento de los eucaliptos. Huele a tierra mojada por la tormenta de esta tarde, tañe una campana en alguna iglesia lejana. Tal vez me llame esta noche para saber si me han gustado las rosas. Sentada en el borde de la cama busca con las dos manos el teléfono y, tras levantar el auricular, marca lentamente el número de su amiga poeta.

—¿Marielvi?

—Miriam, querida, ¿cómo estás?

—Muy bien, demasiado bien, diría yo. Tanto que hasta siento miedo.

—¿Por qué?

—Porque creo que estoy enamorándome.

—¿Y eso te asusta?

—Sí, me aterra pensar que todo esto no sea sino un sueño. ¿Sabes? Estuve con él.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—¿Y dónde fuisteis?

—A *La Pérgola* y luego a caminar por la playa. Hoy me ha mandado un ramo de rosas rojas.

—¡Eso es fantástico!

—Sí, lo es. Te he llamado porque no podía soportar por más tiempo el guardar este secreto.

Durante una semana el fuego, el resplandor, la hoguera de los sentimientos. En la playa, durante el crepúsculo de la tarde, bajo las últimas fantasmagóricas sombras del acantilado, sintió sus manos en la cintura. Después el roce de sus labios en la frente, en los ojos, en las comisuras de su boca.

—Te quiero —murmuró él en su oído.

Y su voz era amarga, triste, incluso cuando, arrebatada por una luz hasta entonces desconocida que iluminaba sus tinieblas, ella le dijo que también le amaba.

—Es como si te conociera de toda la vida —añadió.

Aquella noche Miriam no pudo conciliar el sueño. A oscuras en su alcoba, echada sobre la cama con el vaporoso camisón veraniego, la ventana abierta, aspiraba el perfume de la brisa del mar, sintiendo el roce de los labios de Armand y sus besos suaves, que parecían querer detenerse en su piel, como buscando refugiarse en ella.



DESCOLGÓ el teléfono.

—¿Armand?

Era la voz resquebrajada y chillona de Eduarda.

—¿Sí?

—¿Tienes ya eso?

—Por supuesto que no —mintió Zaldívar—. ¿Acaso creéis que es fácil?

—Mi tía no cree nada, guapo —replicó el travesti al otro lado del hilo telefónico— Tú eres el que tiene prisa en trincar la pasta.

—Llámame dentro de diez días.

—¿Es que no piensas volver por el *Bar Clotilde*? Las últimas partidas han sido muy buenas. Cayó en la trampa un mirlo blanco. Un indiano rico forrado de dólares que se las traga dobladas.

—No sé —murmuró Armand—. No tengo ganas de encontrarme con la viuda Lupino y su matón Sinelabe.

La tentación, como una serpiente, se le enroscaba a la garganta cuando colgó el teléfono. Basura, barro, veneno, pestilencia de cloaca, pensó mientras, camino de su dormitorio, encendía un cigarrillo. Tenía miedo y por esa razón guardaba en el cajón del armario de su ropa el sobre con los listados secretos de la Comandancia. Entregárselos a la momia Belle de Nuit era liberarse de su peligrosa deuda con don Gunter, pero significaba también vender su alma a un demonio peor que el que presidía el enfermizo ritual del juego de cartas. Salustiano Gómez, el armador mafioso, le había dado de plazo hasta el día primero de septiembre y tenía un margen, aunque era imposible pensar en otra solución. Un crédito bancario representaría pagar unas mensualidades muy superiores a su sueldo en la Comandancia. Ningún usurero le daría una peseta. ¿Y si intentara entrar en el siniestro comercio de la droga? Se levantó y se miró en el espejo del armario: yo también soy basura, barro, veneno, pestilencia de cloaca. Pasarse la

mano por las mejillas, conveniente afeitarse. El roce de sus dedos en los labios. La piel de ella. Su boca perfumada y dulce. Un temblor hondo se apoderó de sus entrañas. Muchas veces había imaginado la escena en la que vendía su alma al Diablo:

—*Aquí está el sobre que guarda mi mala conciencia. Los planos de mis remordimientos. El listado informático de mis culpas. La consecuencia fatal de mi enfermedad, esa terrible atracción por el tapete verde, donde mis manos pálidas buscan ávidamente el as, el rey, el siete de corazones, el trébol mágico.*

—*Toma, el dinero.*

Seis millones en billetes nuevos de diez mil. Los pequeños fajos atados con una goma en un maletín que imagina abierto sobre la cama. A oscuras, la ventana entornada que da al patio inmundo, la persiana subida, la cuerda sujetándola. Un rectángulo de cielo y, allí arriba, enloquecedoramente lejos, las estrellas parpadeantes. Miserables seis millones, el salario del miedo. Escuchar la voz de Eduarda, ver sus ojos malignos, imaginarle alejándose de él con el maletín donde ha guardado los documentos de la Comandancia. Botines de alto tacón, tambaleante maniquí por las callejuelas de la noche. Le repugna. Aspirar el humo del cigarrillo, recordar a Gervasio Falcone, su desventurado amigo escultor rodeado por las ratas del cáncer y del suicidio. Oír los pasos de mamá Rosa por el corredor. Deteniéndose. Imaginarla con el oído pegado a la puerta. ¿Dormirá mi hijo adorado? Soy escoria, mami. Otra bocanada de humo del cigarrillo. ¿Sabes? Voy a convertirme en colaborador del terrorismo. Por miedo entregaré información confidencial a la momia Belle de Nuit. Ella me dará a cambio de mi pútrida conciencia seis millones de pesetas. Contar los billetes. Ponerlos encima de la mesa del mafioso don Gunter. Preguntar: ¿Soy ya libre? Tal vez, a pesar de todo, los matones Chino y Culebra me den el pasaporte. Aplastar el cigarrillo en el cenicero de propaganda *Firestone* y sentarme otra vez en el borde de la cama con la cabeza entre las manos. ¿Qué haces? Con-



ciencia de que los días pasan. El ultimátum del capo mafioso llegará fatalmente a su fin. Olga, la amante de don Gunter, le ha propuesto escapar con ella, lejos. Todos mis ahorros serán tuyos, le dijo. Tic-tac del reloj de mesa de cuarzo, regalo de papá Ismael. Redondo, chapado en oro, con una frase de Diderot, uno de sus ídolos enciclopedistas: «*Il n'y a qu'une seule vertu, la justice; un seul devoir, de se rendre heureux*». Sólo hay una virtud, la justicia; un solo deber, llegar a ser feliz. Recordar una de sus obras, *Les Bijoux Indiscrets*; y una de sus frases: «*Ya se sabe que las únicas deudas que se pagan en el mundo son las del juego...*» Deudas del juego, deudas con la muerte. Una copa de *Oporto*, bebida de un trago. Mirar la hora. Son las once de la noche. ¿Y si me jugara la suerte a una partida definitiva?

—Madre.

—¿Qué, hijo?

—Quisiera pedirte un favor.

—Dime, Armand.

Debajo del ladrillo, detrás del armario de la cocina, tenía mamá Rosa su escondite para el dinero. Ahorrar como una hormiga fue siempre su lema. Enemiga de los bancos, tiene una libreta conjunta con papá Ismael, pero en la casa guarda sus ahorros, «para la mortaja», suele decir.

—¿Cuánto necesitas?

—Todo —dijo Armand.

Eran trescientas mil pesetas laboriosamente reunidas.

—Que no se entere tu padre.

—No te preocupes, mamá. Además, tengo el presentimiento de que esta noche voy a ganar.

—Hijo, si me hicieras caso, nunca más volverías a ese vicio. ¿Por qué lo haces?

Voz angustiada de la mujer. Vestirse rápido. El peine mojado en el agua del grifo del lavabo. Los cabellos negros, brillantes, la mirada febril. Es mi última oportunidad. Más de una vez gané varios millones en una noche. ¿Y Miriam? ¿Qué estaría haciendo ahora? Tal vez esté en el jardín, con su perro negro, las libélulas, las mariposas

volando alrededor de las decimonónicas farolas. Le prometí llamarla. Quizá su voz de plata me diera la buena suerte. Si supieras cuál es el verdadero sentido de mi vida. Marcar el número.

—Dígame.

Es una voz de hombre. Inesperada, grave y con un ligero tono de altivez.

—¿Está Miriam, por favor?

Debilidad en los matices, querer huir, orgullo enfermizo. Soy un paria. Sin duda él es su padre, tal vez el chófer.

—¿De parte de quién?

—De Armand.

—Mi hija no puede ponerse ahora —dice la voz.

Sentir como si un abismo se abriera bajo los pies. Caer. El vértigo, el desconcierto y, al mismo tiempo, una sospecha: su padre se opone a nuestra relación. Caminar hasta el antro del *Bar Clotilde* con esa amarga sensación de ser un apestado. El ruidoso local y las escaleras que conducen hacia el clandestino garito.

—Tú me dirás —le dice la viuda Lupino al verle entrar.

Empolvada la mueca tragicómica, el *rimmel* de *clown*, el *rouge* fosforescente en los labios.

—En unos días cobro un dinero y te liquido —murmura Armand, inclinándose y hablándole al oído—. ¿Cuánto era la última vez?

—Con las ciento cincuenta primeras me debes ya seiscientos mil —dice la momia.

—Te prometo que antes del quince de julio te lo he pagado todo, créeme.

—Es el último plazo. De lo contrario tendrás que entenderte con Sinelabe —susurra la viuda, encendiendo el cigarrillo exótico en el extremo de su larga boquilla de marfil.

Detrás de ella, abre las piernas en pose de guardaespaldas el matón, al tiempo que me lanza una mirada hostil. Alrededor de la mesa los cuatro jugadores: la viuda, el teniente de carabineros, al que ya le pagué lo que le debía; el indiano Santascreus, y yo.

—¿Y Eduarda, no viene hoy? —pregunto.

—Llamó diciendo que esta noche tiene un cliente de lujo en Ferrol —dice la viuda.

Sensación de alivio. No verle es olvidar por unas horas su trato con la espectro Belle de Nuit. La penumbra alrededor de la mesa de juego, el mismo agrio olor de la mansarda, el joven camarero dejando en una mesa lateral las consumiciones.

—Baraja nueva —anuncia el teniente.

Encender el cigarrillo y poner sobre el tapete las primeras cien mil pesetas de mamá Rosa. Es el instante supremo del primer éxtasis, cuando se barajan las cartas y todas las expectativas de la Fortuna permanecen intactas. Y, sin embargo, la voz del Vizconde de Montemar permanece todavía en su oído: *Mi hija no puede ponerse ahora*. Se sintió humillado y ofendido, rechazado, aunque tal vez Miriam estuviera ocupada realmente. Pero Montemar no ofreció ninguna otra oportunidad, sino que cortó rápido el diálogo. Nubes grises en el diáfano horizonte de sus besos primeros, embriaguez temblorosa que le invadió cuando la tuvo entre sus brazos frente a los Arrecifes de las Sirenas. Lejos, sobre el mar, se percibe el fugaz destello de un relámpago y, poco después, el apagado rumor del trueno.

—Dobles parejas —dice el indiano Santascreus, mostrando con gesto aburrido sus cartas.

Es un tipo de blanda expresión, calvo, de mediana estatura y mueca entre amarga y displicente. A intervalos comenta sin gracia las incidencias del juego, ríe con un breve encogimiento de hombros y, en las pausas mientras se producen las apuestas, hace girar en su dedo corazón un anillo de brillantes.

El teniente y la viuda arrojan sus cartas, al tiempo que Armand muestra las suyas.

—Color —dice.

Ha ganado la primera jugada y se mantiene frío, al acecho. ¿Y si la suerte quisiera acompañarle esta noche? Un caleidoscopio de gestos, voces y expresiones se sucede a sí mismo. Trío de ases, dice la viuda Lupino, mostrando

sus cartas sobre el tapete púrpura. *Full* de jotas nuevas, replicó el eco fantasma de la voz del teniente, enseñando los naipes en abanico. Póker de seises, anuncia Armand. Volver a ganar es una sensación nueva que contrasta con la mirada de besugo del indiano. El vaso alto de *ginebra* con agua tónica, el sonido del encendedor *Dupont* de la viuda. Sinelabe, con el rostro picado de viruelas, guarda mutismo de estatua. Bajo la lámpara de flecos somos momias, espectros en el claroscuro del garito. Lupino, vestida con un escotado traje de lentejuelas, luce su clásico peinado *Nefertiti*, mientras no cesa de fumar en su larga boquilla de marfil. Entaconada y demoníaca, sus afilados dedos muestran las largas uñas esmaltadas de plata. Sus prominentes clavículas, una cruz de pedrería entre sus pechos caídos, la expresión de cadáver. A su lado, Alvarez, el teniente de carabineros, luce su palidez anémica y viciosa, los manchados dedos de nicotina, la sugerencia de estar hundido en un océano de crámulas abyectas.

—Esta noche estás de suerte, Armand —le dice la viuda.

—El joven tiene a su lado a la diosa Fortuna —apostilla el inane Santascreus.

Nos envuelve una envenenada atmósfera, nos rodean paredes agrietadas, llegan hasta nosotros los efluvios a brea y a gasoil del cercano puerto de pescadores, frente a los Astilleros de la Dársena Sur. Miserable arrabal iluminado por los enfermizos destellos de las farolas de rotos cristales. Si pudiera recuperarme, me ofrecería a Miriam como algo nuevo y limpio. No volver a jugar. Huir con ella a otra ciudad, lejos de esta Costa de la Muerte donde, cada año, naufragan los barcos dejando en el fondo del mar los despojos de los marineros. Recordar las *Elegías de Duino*, de Rainer María Rilke, mi poeta preferido. Su voz de oráculo: «*Yo tengo muertos y los dejé, y estaba asombrado viéndolos tan confiados... Solamente tú regresas, tú me rozas, tú quieres que me encuentre contigo y te descubra...*» Súbitamente comienza a llover y pronto arrecia el aguacero. Tose el teniente, escupe una flema sanguinolenta en su pañuelo.

—Lo suyo no es higiénico —le recrimina la viuda Lupino.

—No hay microbios, es mi faringitis crónica —se justifica Alvarez.

Hoy la diosa de la suerte me ha tendido su mano. Aquí está el dinero. Casi ochocientas mil pesetas al amanecer, cuando cesa la lluvia.

—Págame ahora —le sugiere la viuda.

—De acuerdo.

Contar los billetes verdes, casi todos nuevos, con las efigies de Hernán Cortés y Francisco Pizarro.

—Dáselos a Sinelabe —dice la momia.

Imposible entonces devolverle su dinero a mamá. Pobre mamá Rosa, su delicado corazón, su apariencia de víctima, siempre sometida a la disciplina doméstica del bibliotecario Zaldívar con su raído guardapolvo gris, los lentes de plata antigua sobre el extremo de la nariz, la mirada de ratón y ese destello de enfermiza inteligencia. Visionario e iluso. Verle a través de las cristaleras sucias del Café Comercial del Paseo de la Concordia.

—Mi tertulia es sagrada —suele decir.

Volteriano y republicano, conoce mi debilidad con los naipes y no disimula ya su hostilidad hacia mí. Ilusorio, sin embargo, me reprocha mi falta de sentido práctico en la vida, olvidando que él, como dice mi madre, permanece encerrado en una campana de cristal. Ases de la baraja, eco de pasos sobre la acera; al amanecer, la boca amarga por el alcohol y el tabaco, la lengua quemada.



—PASA y siéntate.

Tantear el borde de la silla del despacho, el respaldo con el busto de un guerrero. Una cabeza de león, garras de águila bicéfala, esculpida en madera de las antiguas colonias de Africa. Las paredes rodeadas de crespones y banderas, escudos heráldicos, armaduras y tapices con escenas de batallas navales. En una vitrina lateral, las olvidadas colecciones de libros de Derecho. Sobre un atril, una Biblia lujosa de cantos dorados. A la izquierda, los abiertos ventanales de cristal emplomado que dan al jardín, a través de los cuales penetra la cálida brisa que mueve los grandes visillos y el estridente y lejano rumor de los bañistas de la playa.

—Huelga decir el disgusto que me das al negarte a ir a Londres unos días con Raquel para luego venirte con ellos. Dijiste que, terminado el curso, te irías con tu hermana, a la que tanta ilusión le hace —dice Montemar, con su voz severa.

Su rostro afilado, de cansada expresión, el fino bigote plateado, los hombros altos y el cuerpo enjuto, sin un átomo de grasa, envarado como una espada. La forzada postura cuando está de pie a causa de su malformación de cadera.

—No tienes por qué disgustarte, papá —dice Miriam—. El lunes hablé con Raquel y le expliqué mis motivos. Ella lo entendió.

—¿Y qué motivos son esos que te impiden hacer el proyectado viaje?

Escéptico, huraño, encerrado casi siempre en su despacho, el Vizconde de Montemar de Agén se ha levantado de su sillón y ha comenzado a pasear sobre la alfombra con las manos a la espalda. Las estanterías, el anteojo astronómico para ver las estrellas.

—Nada en concreto, sencillamente no me apetece. Prefiero quedarme aquí —se justifica la joven—. Además,

dentro de dos semanas ellos vendrán y también Carlos. No sé por qué razón te importa tanto que haya cambiado de idea.

Una pausa de silencio. Joven cuerpo sobre la silla, vestido veraniego, las mórbidas formas, la dorada cabellera recogida en una gruesa trenza, las verdes pupilas dirigidas a un lugar remoto.

—Me importa por la sencilla razón de que me estás mintiendo —dice el Vizconde.

—¿Mintiéndote yo?

—Sí, me ocultas algo importante.

—¿Qué es lo que te oculto?

—Que tienes relaciones con un hombre y ésa es, precisamente, la razón por la que no quieres ir a Londres —dice don Edgar, en tono acusador.

Sentirse cogida como en un cepo. ¿Flora? ¿Mariona? ¿Quién le ha informado a su padre de la existencia de Armand? Sin embargo, no está dispuesta a negar nada porque sus sentimientos son puros. Decirlo. ¿Por qué no lo hizo antes?

—Es cierto, he conocido a una persona.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No sé, realmente hace tan sólo dos o tres semanas que le conozco. De todas formas, no entiendo por qué me hablas en ese tono tan hostil.

A sus pies está *Niebla* y ella lo siente a su lado. Sin embargo, en su alma habita un ser nuevo, una voz cálida, un poco enigmática. Y en la piel un contacto inédito y ardiente, que alcanza su culminación en los labios. Apasionados besos, la emoción de estar con él lejos, a solas, en su rincón preferido al final de la playa, donde no llegan los turistas. Bañarnos juntos. Él nadando delante de mí. Sentirle luego a mi lado, sobre la toalla, mientras fuma en silencio.

—Ese hombre no te conviene —dijo su padre sin volverse para comprobar su reacción, pues estaba de espaldas a ella, ante el ventanal, según su costumbre, viendo el mar, esa inmensidad a la que nunca pudo consagrar su vida.



—¿Tú cómo lo sabes? —inquirió Miriam, tras una pausa en la que un agudo dolor se le había clavado en el espíritu como una daga.

—Porque me he informado lo suficiente acerca de él —respondió don Edgar—. Y tú, ¿te has informado antes de iniciar esas absurdas relaciones?

—¿Que si me he informado? ¿Qué quieres decir?

Dolerle súbitamente la cabeza, las sienas palpitantes, un creciente deseo de llorar. ¿Se había informado de Armand? Naturalmente que le conocía a fondo. Pero ¿cómo decirle a su padre que era el hombre con el que, desde hacía años, soñaba a menudo? ¿Cómo explicarle lo que sintió cuando, después de besarle por primera vez, sus manos recorrieron lentamente su rostro? La frente con las tres arrugas entre las espesas cejas, los pómulos, la nariz aguileña, los labios bien formados, el firme mentón, su pelo liso y pesado, lleno de vigor, negro como su propia oscuridad. ¿Cómo hacerle comprender al severo y rígido Montemar que la emoción que sentía al estar a su lado era un intenso deseo de amar y ser amada, de entregarse a él, de ser suya, porque sin él se hallaba perdida?

—No sé a qué clase de informes te refieres, papá. Pero si lo que quieres saber es si le conozco, te diré que sí, que le conozco tanto como a mí misma.

—Te equivocas —replicó el Vizconde—. Ese hombre, amén de ser un *quidam* y un *don nadie*, un simple oficinista de la Comandancia de Marina, arrastra con él una grave lacra. Razones por las que me opongo rotundamente a que mantengas relaciones con él. Por otra parte, ¿has olvidado que siempre abrigué la esperanza de que te comprometieras algún día con el hijo mayor del Conde Ansaldo de Pontevedra?

Miriam inclinó la cabeza sobre su pecho. Apenas oír las últimas palabras de su padre, perdida todavía en la acusación que su progenitor había hecho recaer sobre Armand.

—¿A qué lacra te refieres? —preguntó.

—A la del juego. Ese Armand Zaldívar, pues sé su

nombre, es un tirado de los peores garitos de la ciudad. Está endeudado hasta las cejas, frecuenta los prostíbulos y sus amistades habituales son hampones, prostitutas, travestis, narcotraficantes y toda una variada chusma del arroyo. ¿Lo sabías?

La voz de Montemar es cortante y áspera, como la de un riguroso fiscal ante el tribunal.

—No —respondió Miriam, sin atreverse a defender a su amigo.

Porque, al margen de la moralidad o no de todo lo que acababa de decirle su padre, la joven se hallaba perpleja: no sólo la voz de Armand era idéntica a la del hombre de sus sueños, sino que, tal y como afirmaba su progenitor, el joven era un jugador, un tahúr como el que, desde hacía años, se le aparecía en la cubierta de uno de aquellos barcos de leyenda que recorrían el Mississippi en dirección a la mítica ciudad de New Orleans, emporio de los más afamados casinos y casas de juego del mundo.

—¿Jugador? —inquirió, alzando la cabeza, y sabiendo que su padre sí la estaba mirando ahora.

—Exactamente eso es lo que es, un vicioso del juego, un joven perdido y sin estirpe, un desaprensivo sin escrúpulos que, sin duda, ha decidido cortejarte para apoderarse de tu dinero y no precisamente porque esté enamorado de ti.

No replicar, no decir ni una sola palabra. Levantarse lentamente de la silla y con paso vacilante salir del despacho. Experimentar una honda sensación contradictoria, de temor y de júbilo al mismo tiempo.

—¿Es que no vas a decirme nada? —oyó a sus espaldas a su padre.

—No tengo nada que decir —murmuró.

La vida era un milagro, un cuchillo de acerada hoja, el borde de un abismo terrible donde, a pesar de todo, nacían las más bellas flores silvestres. Seguida de *Niebla* penetró en la alcoba de su abuela. El suelo de madera, para que se deslice bien el sillón de ruedas de la anciana madre de papá Edgar. Es media tarde y ya la mayoría de los ba-

ñistas de la playa estarán plegando sus sombrillas, el mar se irá liberando lentamente de aquellos intrusos estridentes. Necesidad perentoria de hablar con Armand, de estar con él. Oye el rumor de las uñas del perro sobre el suelo.

—Abuela —dice al entrar en la estancia.

La anciana doña Virtudes está sola, sentada en su sillón en la terraza, bajo el gran parasol, con la vidriosa mirada fija en las brumas vespertinas del océano. Hace un instante la ha dejado Mariona, la doncella, en esa posición, mientras va a la cocina a por el vaso de leche y los dos bizcochos de todas las tardes.

—¿Quién eres? ¿Raquel?

El gato *Apoliner* sobre su regazo, un ligero abanico de Filipinas en su mano exangüe.

—No, soy Miriam.

—Ah, entonces léeme la Biblia.

—No puedo, abuela, te he dicho que yo no soy Raquel.

—Naturalmente que no eres tu hermana, eso ya lo sé. Pero léeme la Biblia ahora que ya has recuperado la vista milagrosamente en Lourdes —insiste la anciana—. ¡Cuántas veces se lo pedí a la Santísima Virgen!

—No tengo aquí el libro —dice Miriam, tratando de que su abuela piense en otra cosa—. ¿Quieres que ponga un poco de música?

—No, música no. Recemos el Rosario —dice doña Virtudes—. Empieza tú, hija mía. ¿Qué día es hoy?

—Martes.

—Entonces hoy nos tocan los misterios dolorosos —dice la abuela—. ¿Sabes cuáles son?

—No, abuela.

—El primero es la oración y la agonía de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto de los Olivos. Después vienen la flagelación, la coronación de espinas, la cruz a costas y, por último, la crucifixión y muerte del Salvador —informa doña Virtudes, con toda lucidez.

Miriam, sentada en una silla junto a la anciana, inicia el rezo que, desde niña, tuvieron que aprender ella y su hermana Raquel, teniendo como puntual maestra a la

abuela. En el rostro, ya tostado por el sol de la playa, siente la joven la caricia de la brisa de la tarde y en el corazón el contradictorio efecto de las palabras de su padre: un vicioso del juego, un joven perdido y sin estirpe, un desaprensivo sin escrúpulos que ha decidido cortejarte para apoderarse de tu dinero. Padre Nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre. Ese joven no está enamorado de ti. Eres ciega, entiéndelo, una inválida. Escuchar esa voz la tortura. Ruega por nosotros, pecadores. Mariona, la doncella enamorada de un empleado de Correos, ha entrado en la alcoba con el vaso de leche y los bizcochos sobre una bandeja.

—Aquí le dejo la merienda, señorita, sobre la cómoda. Si quiere me quedo, pero está al llegar la enfermera.

—No es necesario.

La larga Letanía del Santo Rosario, la torturadora sensación agridulce en el alma. ¿Es imposible que un hombre se enamore de mí? Conocer muchas parejas de enamorados, tanto invidentes como videntes. Amalia, la profesora de Geografía e Historia, ciega de nacimiento como ella, está casada con un vidente. Otros casos a la inversa. Eres hermosa y atractiva, todo el mundo me lo dice. ¿Será cierto? ¿Es Armand ese hombre despreciable del que habla su padre o es el joven romántico con el que sueña? La pasión de los naipes. La voz de la abuela recitando ella la Letanía para que su nieta responda:

—*Virgo prudentissima.*

—*Ora pro nobis.*

—*Virgo veneranda.*

—*Ora pro nobis.*

—*Virgo predicanda...*

Doña Virtudes Asenjo, viuda del segundo Edgar, casi centenaria, consumida como una pavesa, permanece sentada en el sillón de ruedas, recostada sobre un gran almohadón de plumas, vestida con una bata floreada de algodón, las zapatillas de borla, los pies apoyados en un escabel almohadillado. Terminado el rezo, Nuria, la enfermera, que acaba de entrar en la alcoba, se dispone a darle

la merienda a la anciana. Con su pequeña estatura, el uniforme azul y blanco, la cofia rizada sobre el pelo rubio teñido, las medias blancas y los zuecos sanitarios, se mueve diligente por la estancia, coloca el babero bajo la barbilla de la abuela.

—¿Y mi nieta? —pregunta ésta.

—Estoy aquí —responde Miriam, que, unos instantes, ha permanecido en silencio apoyada en la balaustrada de la terraza, absorta en sus pensamientos.

—¿Estás bien, hijita?

—Claro que sí, abuela.

—Noto algo extraño en tu voz.

Un nudo en la garganta, el invencible deseo de llorar. Si no fuera ciega saldría corriendo de la habitación. Pero está acostumbrada a dominar sus sentimientos. Tragar la saliva, contener ese temblor al responder.

—Estoy bien, no te preocupes.

Lentamente besar a la abuela en la frente, salir precedida de *Niebla* del dormitorio y bajar al jardín, para perderse entre las frondas y sentarse en un banco de piedra, cerca de la estatua de la musa Melpómene, su rincón preferido.



UNA sensación desagradable, íntima, profunda. Como un cuchillo clavándose muy dentro. En la cocina, mamá me sirve el desayuno antes de salir para la Comandancia. Nublado el cielo, bochornoso el ambiente de esta mañana de julio. No he dormido apenas. Mis ganancias ascendieron esta noche a casi un millón. Pagada la viuda Lupino y el teniente miserable, sólo me queda liquidar con el comerciante Estanislao, Nené y, por supuesto, mamá Rosa. El resto es don Gunter, vender mi alma, quizá mi hundimiento final en un abismo del que no podré salir jamás.

—¿A qué hora volviste? No te oí.

Ojos saltones, los bigudíes bajo la redecilla, con su bata, las chinelas, la expresión de mártir, delicada del corazón.

—A las cuatro y media.

Responder masticando la tostada con mantequilla, olor a café. Algo en torno a Miriam no funciona. La voz hostil de su padre.

—Si pudieras liberarte de ese vicio... —suspira doña Rosa.

—Por favor, mamá, deja ese tema ya. Toma, tu dinero, esta noche gané bastante, no todo es mala suerte.

Sacar el fajo de billetes y ponerlo sobre la mesa cubierta con el linóleo. Canta inopinadamente el pájaro dentro de su jaula, todavía tapada con el paño negro que le pone mamá para que duerma.

—Yo no te he pedido ese dinero —protesta la madre—. El que me preocupas eres tú.

—Guárdalo de todos modos, si papá viene y lo ve tendremos un disgusto.

—Tu padre salió temprano a pescar. Hoy tiene libre en la biblioteca a causa de las obras —dice doña Rosa, sirviéndose un café con leche y sentándose al lado de su hijo—. Tienes que recapacitar, Armand.

Si supieras que estoy a punto de vender mi alma al Dia-

blo, entrar en una espiral de la que me será casi imposible salir. El dinero sigue ahí, sobre el linóleo, las flores dibujadas. Otra vez el pájaro, como pidiendo que le quiten el trapo negro de su jaula. Encender un cigarrillo y mirarla.

—Tienes razón, mamá, pero es más fuerte que yo. Muchas veces he intentado dejarlo, pero no he podido. Créeme. Es como una enfermedad.

Lágrimas en los ojos. Su mano posándose en la mía. Tentaciones de decirle lo de Miriam. Nadie lo sabe. Si viviera Gervasio. Verle suicida, el disparo en la sien, el hilo de sangre coagulada. El dinero de su desahucio me habría salvado, pero tenía una hermana. Ideas absurdas, egoístas.

—Sé que me liberaré pronto —le digo a mamá, para tranquilizarla—. De todos modos, guarda esos billetes.

—Quédate con la mitad, te hará falta —insiste ella.

No confía en mí, sabe que volveré a sentarme ante la mesa de juego, ese frenesí indomable, obsesivo, perseguidor, como un doliente orgasmo.

—Por cierto, ayer llamó un diciendo que te recordara la fecha del primero de septiembre. Que se iba de vacaciones y que, cuando volviera a mediados de agosto, esperaba tu llamada. Me dijo, dígame que soy el Chino —dice mamá.

—Es un pelma.

Decirlo en tono indiferente, aunque inútil, pues bien sabe ella que estoy acosado, amenazado, perseguido por una especie de pulpo que quiere estrangularme con sus tentáculos. Patético. Pensar que toda esta inquietud es por seis míseros millones. Las grandes fortunas, los inmensos desfalcos, los financieros que roban impunemente miles de millones. Soy un paria. Levantarme de la mesa y, débil como soy, aceptar la mitad del dinero de mamá.

—Te lo devolveré —insisto.

—Quédatelo —dice ella, ayudándome a ponerme la cazadora de verano—. Hijo, córtate un poco el pelo —me aconseja, tímida—. Tienes ya melena.

Soy un vagabundo, un imbécil bajando la escalera. En el portal, Trinidad, la vecina del bajo derecha. Gorda, sus



grandes pechos, la cara de leona, su marido alfeñique, Ceferino. La pregunta cotidiana:

—Buenos días, Armand. ¿Ya te vas al trabajo?

Barriendo el zaguán, cantando a mis espaldas mientras me alejo por la acera. La punta del cigarrillo arrojada al asfalto. En la calle ancha, frente al Mercado, un camión cisterna viene regando la calzada. Vuelan los papeles por el aire, sombras de un lado a otro, los autobuses, los claxons, *ella* en mi corazón, su piel, sus labios, sus formas esculturales, los firmes pechos, ese perfume *Ives Saint Laurent*. Llamarla desde la Comandancia a las diez. Tengo que verte, necesito estar contigo, besarte, sentirte entre mis brazos. Tengo miedo. Y, sin embargo, la idea de entregar los datos secretos a la momia Belle de Nuit se va abriendo paso en mi mente. Hacerlo sería liberarme de don Gunter, partir de cero. Para ello es necesario olvidarme de la palabra terrorismo, erradicar de mi cerebro las imágenes del Arsenal volando por los aires, tal vez militares asesinados. Imaginaciones. Aunque, ¿para qué sirven esos listados, esos datos, esos planos, esos organigramas? La mano de la Muerte dibuja esquemas de atentados, los tiñe de sangre. No obstante, lo haré, estoy decidido. De lo contrario, el Chino y Culebra, sus navajas, quizá el tiro a quemarropa, aparecer en un contenedor de basura. *Ajuste de cuentas*, dirían los periódicos. Me relacionarían con el narcotráfico. Subiendo las escaleras de la Comandancia porque el ascensor no funciona. Salas ya ante su pantalla. Camisa de manga corta a rayas, los brazos peludos, los lentes donde se reflejan las barras de neón. Al fondo los mecanógrafos, el conserje ha muerto, nadie le sustituye por el momento. Mi biombo en diagonal para aislarme. Cuando Salas Bernabé vaya a desayunar a las diez llamaré a Miriam por teléfono y le diré que se asome a su ventana para poderla ver con ayuda de los prismáticos. Ella no. Su noche. Sus tinieblas. Mejor que no pueda adivinar en el fondo de mis pupilas el cenagal donde me muevo.

—Un momento.

Por el tono de la voz femenina, grave, severo, imagino

que es Flora, el ama de llaves. Un día la saludé en la playa, cuando Miriam nos presentó.

—Es para mí como una madre —me dijo.

Enteca, estirada, como una institutriz inglesa de película, me ofreció su mano huesuda con frialdad, escrutándome de arriba abajo. Le gustaste, aseguró después Miriam, dice que eres un tipo muy varonil. Halagarme el comentario, los prismáticos en la mesa, oigo pasos lentos a través del hilo telefónico, es ella.

—Dime, amor mío —me dice.

Y su voz se me antoja como envuelta en tristeza, desconocida, inédita. Ella siempre tan alegre. Su padre regresando a mi memoria: En este momento mi hija no puede ponerse.

—¿Sucede algo? —le pregunto.

—Nada.

—Sí, te noto triste.

—Qué va, son figuraciones tuyas. ¿Por qué iba a estar triste?

—Ayer te llamé por la mañana y tu padre me dijo que no podías ponerte.

—Ya.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. A veces mi padre tiene estas cosas.

—Pero ¿estabas en casa?

—Naturalmente, esperando impaciente tu llamada. Tienes que darme el número de tu casa, pues la Comandancia siempre comunica y, a veces, necesito con urgencia hablarte. Como hoy.

De nuevo el tono de tristeza. Decirle el número de teléfono para que ella lo memorice de inmediato. ¿Por qué no lo hice antes? Pretender ocultarme, mantenerme al margen de los convencionalismos y las necesidades del común de los mortales.

—Luego lo anoto en mi agenda, aunque es un número muy fácil —dice Miriam.

—Y ahora asómate a la ventana, quiero verte con mis prismáticos.

—Voy, cogeré el teléfono portátil.

Milagros de la técnica, el ventanal, ella de verde claro. El pelo suelto, una blusa. Desenfocada decoración de la estancia. Su rostro.

—¿Cuándo nos vemos? —me pregunta.

Ironía trágica de las palabras. Como si pudiera verme. Y, sin embargo, tal vez me conozca mejor que yo a ella. Su sensibilidad, ese sexto sentido que tiene para captar toda la realidad a través de sus tinieblas.

—El viernes, si te parece —le digo—. Estos días tengo que hacer varias cosas urgentes, estaré muy ocupado.

—De acuerdo —dice—. ¿En *La Pérgola*?

—Sí, en *La Pérgola*.

—¿A las siete?

—Estupendo, el viernes a las siete estaré allí.

—Te quiero —murmura—. Y tú, ¿me quieres?

Responder que la amo profundamente, con un dolor lacrimante, no sería explicar lo que siento en estos momentos. Salas Bernabé ha regresado de la cafetería. Canturrea. Nuestra mágica atmósfera se ha roto.

—Chao, amor —susurro, besando el micrófono para que ella lo oiga.

No sentirme ridículo, sino henchido de una honda satisfacción, ese espejismo de felicidad cantado por los poetas: «*Esa profunda huella del amor me eleva, me justifica, me acerca a la divina esencia del Universo infinito, me eterniza y me aumenta...*»

Nené Capodimonte, su amiga prostituta, no quiso aceptarle el dinero que él le debía y que estaba decidido a pagarle.

—Ya me lo devolverás más adelante —le dijo—. Cuando te sonría la suerte.

—Tómalo ahora que puedo pagártelo. Anoche la fortuna me sonrió un poco y no sé cuándo volverá a hacerlo.

—Disfrútalo entonces —insistió ella, rechazando de nuevo el dinero.

—No te entiendo, la última vez que vine a pedirte me recordaste lo que te debía.

—Lo sé. Sin embargo, hoy pienso de otro modo —dijo la joven, acercándose a Armand y abrazándole con sincero apasionamiento—. Bésame en los labios —murmuró, levantando la cara hacia él y cerrando los ojos.

Prostíbulo *Mar Caribe*, un vestigio del ayer perdido de la ciudad marítima. Paredes empapeladas con cestillos de flores, cortinajes de pálido rosa fucsia, discretos miradores desde los que pueden verse las altas copas de los castaños de Indias del Paseo del Espolón, el templete de la música. Bésame en los labios es una incitación perversa. Miedo al *SIDA*, la terrible enfermedad mortal. Transmisión por vía venérea o anal, pero también las heridas en la boca. Pensarlo súbito, aunque no puedo rechazarla. Suavemente los labios rozando los suyos.

—Así no —se revuelve la joven—, bésame bien. Quiero, necesito un beso tuyo de amor, aunque no lo sientas.

Está desnuda, abrazada a mí como una serpiente. Me desabrocha la camisa. Besarme el pecho, sus uñas afiladas, rojas, clavándose en mi piel. Es como un sueño, una sensación melancólica y sórdida, un perfume agobiante. Y, sin embargo, su piel es como un pétalo. Sobre la coqueta, una gran fotografía en color de Marina la Pelirroja, la dueña del prostíbulo. Exuberante, carnosa, luciendo un traje de noche con lentejuelas y un aparatoso tocado de plumas. Voluminoso el busto, maquillado el rostro, el pelo rojizo oscuro. Su expresión caballuna y aquí, anhelante, la mórvida, sensual Nené, mi enamorada imposible. Sus pequeños pies sobre la moqueta, grandes aros de plata en los lóbulos de las orejas. Arrastrarme hasta el lecho, desnudándome. Bésame en la boca como la primera vez, insiste.

—Así —murmura en éxtasis—. Otra vez.

Es como una pordiosera pidiéndome una limosna. ¡Qué diferente a Miriam! Sus ojos verdes, su doliente dignidad. Ciega frente al océano y, sin embargo, tan luminosa. Nené y sus ojos también verdes, con tonos azules, el pelo negro como la noche. Su mirada intensa, en la que es imposible adivinar la obscenidad de su vida. Cuerpo de alabastro el suyo junto al mío. Los dos desnudos en el lecho, el dinero

sobre el mármol del tocador. No lo quiero, dijo Nené; sólo te quiero a ti, aunque sé que mi deseo es imposible.

—Yo soy del arroyo y ella es de la alta sociedad —le dijo, súbitamente, Nené.

—¿Ella? ¿A quién te refieres?

—No es necesario que finjas. Sé que estás enamorado de una mujer. Me lo han dicho. ¿Verdad que es cierto?

Una pausa. Soy libre de amar a quien quiera y, sobre todo, aquí, en este lugar abyecto y sin ley. No obstante, querer a Miriam, ahora, en el lecho junto a Nené, se me antoja una especie de traición.

—Sí, es verdad —dice Armand, sintiendo sobre su pecho el cuerpo desnudo y delgado, la mirada febril en sus pupilas, como un dardo ardiente.

La cama sencilla, el lavabo, una ventana de cristal esmerilado que deja pasar el reflejo de la luz de un farol de la calle. Nené siempre me recuerda a la *Olympia*, de Eduard Manet. Unas flores de seda en el pelo, los pechos juveniles y compactos.

—Por esa razón hoy quiero que hagamos el amor por última vez —susurra la joven, besándole levemente los párpados, los pómulos, los labios.

Es una súplica, una despedida. Una decisión súbita cuando, tras el abandono del placer mendicante, Zaldívar se vistió y huyó por la escalera. El conserje oligofrénico, la puerta de la callejuela que bordea el jardín del limítrofe Círculo de la Amistad, la plaza iluminada del Espolón. Caminaba enfurecido, lleno de ira contra sí mismo, sintiendo la mordedura del miedo, ebrio de cobardía. Me venderé y, si es preciso, entraré en el siniestro laberinto del narcotráfico. Ningún Vizconde de Montemar habrá ya en el futuro que me hable con desprecio: Mi hija no puede ponerse en este momento. Aristocracia del dinero, el palacete, las estatuas, las fuentes con surtidor, el suntuoso automóvil, los criados. ¿Qué crímenes os propiciaron? Le dolía la cabeza cuando llegó al portal de su casa en el sórdido y maloliente Callejón de Mulcento.



EN la mañana la luz del sol, la flota pesquera regresando, el rocío de la noche sobre las hojas, el perfume de la floresta. En el insomnio las palabras como cuchillos. Pasa y siéntate. Papá me habló como un juez al delincuente. Negarme a ir a Londres no ha sido la causa, sino Armand. Raquel, por otra parte, estuvo de acuerdo conmigo, cuando le expliqué por teléfono mi deseo de no ir a Inglaterra:

—¿Lo comprendes?

—Naturalmente que lo comprendo. Ya nos veremos en agosto. Tú quédate ahí, cerca de tu amor.

—No es eso todavía, Raquel.

—¿No? ¿Por qué no ha de serlo? Y dime, ¿es guapo?

—Para mí sí.

Lo dicen las yemas de mis dedos, las formas de su cabeza, sus labios, sus manos afiladas.

—¿Y lo sabe papá?

—Todavía no, es muy pronto, ¿no crees?

—Sí, desde luego. Además, ya sabes lo raro que es. Seguro que cuando se lo digas te someterá a un interrogatorio. Piensa que su idea es que tú y Gustavo, el hijo del Conde Ansaldo, os comprometáis algún día.

—Sí, pero ni él ni yo queremos —subrayó Miriam.

Educado y correcto, Gustavo era un joven noble con el que había coincidido a lo largo del tiempo en las fiestas y celebraciones sociales de las dos familias. Ingeniero de Caminos, atildado y algo cursi, aficionado a las regatas y a los deportes náuticos, siempre había sido muy galante con ella, pero era harto dudoso que estuviera dispuesto a unirse en matrimonio con una ciega.

—De cualquier forma, no te dejes impresionar por lo que opine papá —le dijo su hermana a través del hilo telefónico—. Es tu vida la que está en juego. Si tu instinto te dice que con Armand vas a ser feliz, adelante. ¿Sabes? Ya estoy impaciente por conocerle. ¡Animo, hermana!

Una honda, entrañable emoción en el pecho. Recordar

su niñez y adolescencia a su lado, siempre juntas hasta que Raquel comenzó a tener relaciones serias con Adalberto. Su viaje a La Olmeda, cuando conoció a Víctor y sus besos apasionados, que entonces se le antojaron como lo más importante y de los que ahora no quedaba sino el remoto recuerdo de un dulzor agradable en la boca.

—Esto que sientes no es amor —le dijo entonces Flora del Beato, el ama de llaves—. Cuando el amor verdadero se presente ante ti, ya verás cómo no tienes ninguna duda.

Julio viene revuelto. Nubes y tormentas. El mediodía trae luces y sombras. En el parque, el jardinero Lobatón siega el trébol con su guadaña. Olor a hierba recién cortada, ese embriagador perfume. Los ventanales abiertos. La doncella Mariona haciéndole la trenza. Concederle ese capricho, porque le gusta tocarme el pelo, aunque prefiero hacérmela yo.

—¡Señorita, tiene usted un pelo tan bonito! ¡Cómo le brilla! ¡Tan rubio como el oro!

Un pelo tan bonito. Pero ¿qué es lo bonito? La belleza para mí es música, paz, la armonía de todas las cosas. Cómo le brilla. Y, sin embargo, ¿cómo brillan los objetos, cómo brilla el sol en el cielo? ¿Cómo las llamas crepitantes de una hoguera? Rubio como el oro. Ese contacto frío a veces, en ocasiones cálido, que tienen los anillos, las medallas y cadenas que penden del cuello. Una borrasca se aproxima por el horizonte remoto del océano. *Niebla*, a mi lado siempre, apoya su poderosa cabeza en mi muslo. Suavidad de raso de la tela, el pulverizador del perfume *Ives Saint Laurent*, el deseo de ver mañana viernes a Armand. Ese hombre que, según papá, no me conviene. Ese *quidam*, ese *don nadie*, un simple oficinista de la Comandancia.

—Está usted preciosa, señorita. Lástima que no pueda verse en el espejo —dice Mariona—. Y perdóneme lo que le he dicho, pero no he podido remediarlo. Soy una tonta.

Volverse, coger una mano de la doncella.

—No te preocupes, Mariona. Yo sé perfectamente el sentido de lo que me dices. Sé que me quieres y yo también te quiero a ti. Dime, ¿cuándo es por fin la boda?



—Lo hemos retrasado a noviembre —responde la doncella—. Y no olvide que queremos que usted sea nuestra madrina. Sergio tiene tanta ilusión como yo.

—Por supuesto que me agrada ser tu madrina. Pero ¿no lo haría mejor otra persona?

—No, mi madrina tiene que ser usted, señorita Miriam.

—De acuerdo. Y, ya sabes, a partir de ese día no te permitiré que me hables más de usted. ¿Por qué no me tuteas como hago yo contigo? ¿Es que prefieres que yo también te hable de usted?

—De ninguna manera —protesta la doncella—. Si no me determino a tutearla, es por respeto. Además, la señora Flora no me lo permitiría, y mucho menos su papá de usted. El mundo es así, señorita Miriam. Pero yo la quiero igual y se lo agradezco lo mismo —añade.

Una oscura nube cubre gran parte del cielo. En el rostro sentir un aliento fresco, porque los rayos del sol han dejado de penetrar por el ventanal.

—Vamos al salón, *Niebla* —le dice al perro, una vez vestida con un ligero traje estival de alegres colores.

El piano de cola abierto, sobre la pequeña mesa lateral partituras cifradas con las notas en relieve. Son los *Preludios*, de Federico Chopin. Suntuosos muebles, armaduras, mamá Leticia Maldonado parece observarla desde su retrato. Si ella estuviera viva, sería diferente. No puede olvidar el tono intransigente de la voz del Vizconde: Ese hombre arrastra una grave lacra. Me opongo rotundamente a que mantengas relaciones con él. Es un tirado de los peores garitos de la ciudad. Un martilleo en las sienas, una tristeza profunda. La voz autoritaria: Está endeudado hasta las cejas, frecuenta los prostíbulos, sus amigos son gente del hampa, prostitutas, travestis, narcotraficantes, chusma del arroyo. Voz cortante, áspera, como la de un juez riguroso. Sus manos sobre el teclado, la música como antídoto para el veneno que su padre, con sus palabras, ha inoculado en su espíritu. *Niebla* otra vez cerca de ella, el rumor de la guadaña del jardinero cortando los céspedes. Los *Preludios* van desgranándose sobre el teclado,

como flores caídas de sus manos. Es el amor lo que duele en las tinieblas. ¿Será un espejismo la materialización de mi sueño? ¿Es imposible para mí la felicidad, como lo fue para Escarlata O'Hara, la protagonista de *Lo que el viento se llevó*, con cuya personalidad se identifica cuando, enajenada en la noche, sueña que navega en un barco antiguo por el mítico Mississippi? Resuenan las notas del piano con fulgores románticos. La espera del ser amado, la dolorosa meditación, el canto del mar, la fúnebre melancolía de los sepulcros, la nostalgia, la nieve que cae, el viento que brama, el rugido de la tempestad. Interpretar con los ojos cerrados el deseo, la huida en la noche eterna de su ceguera, la escapada hacia un abismo donde, como un imán, acecha la voluptuosidad de la muerte.

—¿Quieres que te prepare un zumo? —le pregunta la gobernanta.

—No, gracias.

Eco de sus pasos y de las llaves que cuelgan del cinturón sobre el blanco delantal. Es triste el amor, como una angustia, le dijo Flora del Beato en una ocasión. Recuerdos lejanos, voces apagadas, susurros. Fragmentos de un Preludio en *do mayor*, estremecido y jadeante. Sobre la mano izquierda, el pentagrama exige un exceso de virtuosismo. En *fa menor* el *allegro* es como un grito hecho música que crece hasta la clave de *Sol*, donde la partitura y los sentimientos se transforman en una tempestad feroz, mientras espesas y lentas lágrimas discurren por las mejillas de alabastro de Miriam.

**HABÍA** tomado una decisión largamente meditada y, para darse fuerzas, antes de salir de su casa, abrió el mueble bar de la modesta sala-comedor, tomó la botella de *whisky* y se sirvió un vaso. Jesucristo, desde la litografía enmarcada que representaba la *Santa Cena*, parecía observarle con una severa mirada de reproche. Unos minutos antes había llamado por teléfono a la vieja ex cupletista del Paralelo de Barcelona, Angelina Fornicare o, como solía llamarla su sobrino Eduarda, Lucrecia Belle de Nuit.

—¿Tiene preparado el dinero? —le preguntó sin ambages.

—Sí, y usted, ¿tiene los documentos? —inquirió la misteriosa vieja.

—Por supuesto.

—Entonces venga esta misma noche y cerraremos el trato.

Con mano firme tomó el vaso y bebió de un trago su contenido. Eran las nueve de la noche y mamá Rosa y papá Ismael todavía no habían regresado de una visita *de cumplido*, como solía denominar el bibliotecario a esa clase de actos sociales. Introdujo el sobre con los listados secretos de la Comandancia en la vieja cartera de cuero de sus tiempos de estudiante y salió a la estrecha calle en dirección a la parada de taxis. El *whisky* le daba ánimos, el rostro de Miriam, flotando como un espectro en su imaginación, era como un faro de luz. Sus verdes pupilas ciegas, su cuerpo escultural, la dulzura de sus labios que deseaba volver a besar. La hostilidad del Vizconde le irritaba. Aristócrata miserable, pensó. El orgullo de casta se reflejaba en su voz. Recordar otros dramas de amor imposible, prohibiciones paternas, lucha de clases. Me considera un paria. Sin duda, Montemar se ha informado de mi miserable profesión de funcionario, mi fracaso. Tal vez sepa que estoy en la ruina, el vicio de los naipes, mi condición de

cloaca. Pagaré al mafioso don Gunter con el dinero de la vieja momia y, muy pronto, abandonaré con Miriam esta ciudad de la lluvia, esta Costa de la Muerte que amenaza con provocar mi naufragio.

—*Quédese con el cambio* —le dijo al taxista.

La casa de dos plantas en la antigua barriada del Faro de Poniente. La cancela, el timbre afónico, el pequeño jardín ruinoso, cubierto de malas hierbas. Allí estaba el torcido farol iluminando la decrepita casa, el tejado japonés, las chimeneas de pérgola. Era noche cerrada y el cielo estaba cubierto de nubes. Bochornosa la atmósfera, desabrochase un botón de la camisa de verano, la ligera cazadora de algodón sobre el hombro, la cartera en la mano derecha. Rasgaban el cielo tenebroso lejanos relámpagos. A lo lejos siluetas de grúas, perros famélicos, las ventanas iluminadas de las casas de renta limitada, la grúa gigante del nuevo edificio en construcción de los Frailes Corazonistas, erguida como un fantasma en el centro de un solar. ¿Estaría el travesti Eduarda con su jodida tía? Sospechar de su parentesco. No son familia, sino cómplices de sus muchos negocios turbios. Repugnancia y prisa, terminar cuanto antes, el rótulo en la puerta:

### PASE SIN LLAMAR LA PUERTA NO ESTÁ CERRADA CON LLAVE

En el cerebro ideas contradictorias, el terror a los matones Chino y Culebra, sus amenazas de muerte. Tengo que hacerlo de una condenada vez, liberarme, escapar de esta obsesión. Y de nuevo Jesucristo. Ahora en el busto de escayola del vestíbulo, la expresión dulce, el corazón con corona de espinas en el centro del pecho.

—*¿Quién es?*

—*Soy yo, Armand* —respondió.

—*Pase, pase, estoy sola, mi sobrino no ha podido venir* —dijo la anciana desde su cuarto, al otro extremo del corredor.

Y, sin embargo, creyó oír otros pasos diferentes a los

suyos en la casa. Inclusive, tras una cortina, le pareció ver los ojos pintarrajeados de una máscara. ¿Una culebra en el muro? ¿Hablaban el Jesucristo de escayola? ¿Movía los labios, entre los que destacaban los dientes perfectamente dibujados? Al fin, entró en la amplia sala decimonónica, los destartalados muebles antiguos, las cerámicas sobre los aparadores, la momia.

—*Buenas noches, señora.*

—*Hola, joven. Pase y siéntese.*

—*No es necesario, tengo prisa, pues he de asistir al velatorio de un amigo escultor que yace de cuerpo presente.*

—*¡Oh, cuánto lo siento!* —exclamó Belle de Nuit—. *En tal caso no le entretendré. Deme los documentos y tome el dinero, es ese paquete que hay sobre el trincherero.*

Ojillos de rata, la garganta cosida con alfileres, varios gatos iban y venían a su alrededor.

—*Tenga* —dijo, entregándole el sobre con los listados—. *Puede comprobarlo si quiere.*

—*No es necesario, amigo Zaldívar* —murmuró la anciana, recordando su apellido—. *Como fácilmente comprenderá, yo soy la intermediaria de una banda armada, mejor dicho de un ejército de liberación, así es que cualquier engaño por su parte le costaría la vida. ¿No es cierto?*

—*Desde luego* —dijo él.

—*Entonces coja sus seis millones en billetes de diez mil y márchese al velatorio, pues los muertos no esperan.*

Salió de la casa como un alma en pena, atravesó la barrida del Faro de Poniente y, en otro taxi, llegó hasta el distrito residencial donde vivía don Gunter.

## VILLA XENON

Leyó en un lateral del porche. Son las diez de la noche y siente como un valor suicida al presentarse solo en la guarida de don Gunter. El timbre sonando. Un mayordomo de rostro equívoco abrió la puerta.

—*Dígame* —dijo.

Y aquel hombre, vestido de frac, le miraba con desconfianza.

—*Vengo a entregarle un paquete a don Salustiano.*

Al fondo, cada uno saliendo por una puerta, aparecieron los matones Chino y Culebra.

—*Déjale pasar, Alfredo* —dijo el Chino—. *Es un cliente.*

Los muebles de estilo, las alfombras, el suntuoso salón al fondo con las puertas abiertas.

—*¿Traes el dinerario?* —le preguntó Culebra.

—*Sí.*

—*¿En billetes de qué?*

—*De diez mil.*

—*De acuerdo, pasa al despacho. Don Gunter está por pura casualidad. Debiste llamar antes.*

Recordaba la voz atiplada de Olga, la concubina del capo mafioso. La escalera de caracol, mirarse un instante en el gran espejo del vestíbulo, de barroco y ancho marco dorado. Su palidez. Tenía conciencia de ser un derrotado, su flaca figura, el pelo cayendo casi sobre los hombros. Un cuáquero hambriento, flaco, las manos huesudas barajando las cartas de una enfermedad que a muchos jugadores de cartas había llevado al suicidio.

—*Pasa, ahora viene el jefe* —le dijo Culebra, abriéndole la puerta del despacho de don Gunter.

Olga, la concubina, llevaba puestos zapatos de alto tacón, tenía los tobillos redondos, mórbidos, las piernas desnudas visibles por la abertura de su bata. El pelo negro y ondulado, los ojos también negros, la boca grande. La recordaba haciéndole el amor en el sofá. Apliques de cristal tallado. Hembra provocativa. No soltar la cartera con los seis kilos. Quería violarme, la consideré una trampa, al igual que sus llamadas posteriores sugiriéndome que me fugara con ella. Quiero a otra mujer, le dije. Lo lamentarás, dijo ella. El despacho de don Gunter es amplio, de paredes sepia, con óleos marinos.

—*Hola, Zaldívar* —dijo al entrar.

Viste guayabera de hilo fino, con las iniciales S y G

bordadas sobre el bolsillo superior. Fumando un habano, Olga a su lado, de pie junto a la mesa ante la que él ha tomado asiento en el sillón de cuero de alto respaldo. La concubina mirándome provocativa, haciéndome un mohín con los labios juntos, como si me enviara un beso. A mis espaldas los asesinos.

—*¿No te sientas?* —me pregunta don Gunter.

—*No, tengo prisa. He de ir a un velatorio* —digo.

—*Lo siento* —comenta él—. *En tal caso vayamos al grano. La pasta.*

Abrió la cartera y sacó el paquete con los seis millones envueltos en papel de periódico.

—*Cuéntalos, Chino* —ordenó el mafioso.

Un billete tras otro. El matón, mojóndose con saliva la yema del dedo pulgar de la mano derecha, contaba el dinero, mientras Salustiano Gómez me decía que, a partir de ese momento, yo volvía a tener crédito abierto en su casa.

—*Ilimitado* —dijo—. *Pues veo que, aunque tarde, eres un buen pagador.*

Fue como un sueño siniestro: desnudo en la cama, sudando por el calor de la noche tormentosa de finales de julio, fumó un cigarrillo tras otro. *Alea jacta est*, se dijo. La suerte estaba echada. Había vendido su alma al Diablo. Los listados secretos de la Comandancia de Marina estaban en poder de Belle de Nuit. Conexiones eléctricas, claves electromagnéticas del Arsenal, fórmulas de activación de misiles tierra-aire de los barcos de guerra, activadores, explosivos, líneas de comunicación, red de satélites, nombres de los jefes y de la oficialidad, domicilios, recorridos de los automóviles. Algún día, una red terrorista planificaría inexorablemente un atentado. Volvió a beber del vaso de *whisky*, sudaba, un cigarrillo. A oscuras, sumergido en un pozo de visiones fantasmagóricas, vio la plaza con el monumento a las víctimas del mar, la rotonda, la estatua frente a los edificios de la Comandancia, la parada del autobús número 61.

## PASEO MARÍTIMO-REPARADORAS

Una furgoneta militar se aproximaba, se detuvo en el semáforo. Un poco más allá, frente a la parada, un pequeño automóvil utilitario se hallaba estacionado. Varias personas esperaban el autobús, era por la mañana, los pájaros en el cielo azul, las gaviotas, los acantilados al fondo tapizados de verde hierba. Cambió la luz del semáforo, la furgoneta militar se puso en movimiento. Al otro lado de los cristales los rostros, los uniformes blancos. Fue instantáneo. El pequeño automóvil aparcado explotó con infernal violencia, todo se conmovió, las paredes agrietándose, el viento, las entrañas, el cielo, los pájaros, el asfalto, la mampara de la parada del autobús volando por los aires, los cuerpos destrozados, el humo, los blancos uniformes, los alaridos, la sangre, los cerebros, los fragmentos de carne humana esparcidos por todas partes, el olor a dinamita, a explosivo, a terror, los ecos expandiéndose hasta los acantilados, los arrecifes, la Boca do Inferno.

*¿Quién, si yo gritara, me oiría  
desde los órdenes angélicos?*

En la pantalla del televisor aparecieron las sobrecogedoras imágenes del atentado. Se informaba sobre el número de víctimas. Nueve muertos, seis militares, todos ellos pertenecientes a la Comandancia de Marina, y tres civiles. Una mujer, un niño, un hombre de edad madura todavía sin identificar. Y catorce heridos, entre militares y civiles. Daban los nombres, algunas fotografías y, finalmente, sobreimpresionado en el lugar del suceso, la última víctima: una joven aparecía tendida sobre el asfalto, envuelta en un charco de sangre. A su lado, un poco más allá, un bastón blanco. Era invidente y, a tan tempranas horas de la mañana, esperaba el autobús que, como todos los días, la conduciría al Liceo Santa Lucía, donde ejercía como profesora de música. Su nombre apareció en letras mayúsculas, como el de los otros heridos:

**MIRIAM MONTEMAR MALDONADO**



No podía dar crédito a lo que veía y oía. Petrificado ante la pantalla sintió cómo el rayo de la muerte le atravesaba por dentro. Voló también por los aires, se desgranaba, la sangre brotaba en sus heridas. Aquel olor a explosivos, la humareda, el dolor, la desesperación. Es ella, se repetía. El rostro en el asfalto, la mirada ciega perdida en un punto de fuga del infinito, como si estuviera muerta. *«Yo tuve muertos y los dejé, pero solamente tú regresas, tú me rozas, tú quieres que te descubra...»* Se consumía retorciéndose como algo que arde. Los colores de las cosas se desvirtuaban lentamente, los perfiles se diluían, era como si estuviera perdiendo la vista. Las tinieblas, el horror de la destrucción y de la muerte. *«Me perturba que me hubiera aterrorizado cuando morías y que tú ahora lleves también ese terror hasta donde ya el terror no vale... No puedo soportar que pierdas ese pedazo de tu eternidad, amiga mía, y que entres allí, donde nada es todavía, que estés dispersa, herida en el Todo, medio escindida...»*

Anduvo, anduvo, anduvo. Caminó por el tiempo, escuchó noticias, leyó periódicos, espió con los prismáticos el palacete de los Montemar. Soy un asesino, se repetía. Yo puse en las manos de los criminales el arma fatal que necesitaban. Pasó el tiempo. Horas, días, semanas. Fotografías de ella antes del atentado, caída en la calzada como un muñeco roto, después, en la unidad de cuidados intensivos del hospital. Declaraciones de su padre. *«¿Quién si yo gritase...»* Un doctor con bata verde leía el cuadro médico de Miriam: «Traumatismo craneo-encefálico con heridas faciales inciso-contusas múltiples y tatuaje cutáneo a causa del raspado asfáltico. Pérdida de conciencia. Herida incisa en la región del túnel carpiano con sección de los tendones flexores de la mano izquierda. Dolor abdominal por tener el peritoneo con derrame sanguíneo por rotura del bazo...» Semi-inconsciente. Estado de *shock* hemorrágico. Vientre en tabla. Scanner: En la cabeza no ven nada. Hay sangre en el abdomen. Necesaria intervención quirúrgica. Véanlo: es el bazo recién extirpado. Sangre, llanto en

las estrellas, pasan las nubes. Armand inmóvil, petrificado, convertido en estatua.

—*Contigo estoy herido...* —balbucea en la noche.

Pero nadie le oye. Sudor, palidez, hipotensión. Los cirujanos de la mano intervienen rápidamente bajo microscopio.

—*¿Podrá volver a tocar el piano?* —pregunta el severo Vizconde.

Verle caminando por los pasillos resplandecientes del hospital. Cojera disimulada. El ama de llaves también. Una joven sirvienta llora en un rincón. Transfusiones de sangre, plasma. Soy un asesino. Yo maté a los muertos, herí a los heridos. Suturan los tendones, los nervios y los vasos de la región carpiana.

—*Era ciega* —oye.

—*¡Es ciega!* —grita—. *¡Todavía vive!*

—*¡Quién sabe!* —exclama alguien.

Unidad de vigilancia bajo control. Postoperatorio. Si pudiera verla, sentirla, tocarla. Quiero morir no es suficiente. Anduvo, anduvo, anduvo. Errante la ciudad le escope su condenación. Mamá Rosa qué te sucede hijo mío, en tu rostro veo el infierno. Papá Ismael mueve la cabeza de ratón, se sumerge en la lectura de las *Vidas Paralelas*, de Plutarco, que tiene sobre un atril. Deformación profesional del bibliotecario. A las veinticuatro horas Miriam ha vuelto a perder la consciencia, aumenta la presión intracraneal, disminuye su capacidad de ventilación respiratoria. ¿Cómo pedirle perdón a los astros? ¿Cómo hincarse de rodillas ante el Universo humillado y ofendido? Miriam entra en coma.

—*¡Intubar!* —ordena el cirujano jefe.

Tubo en la tráquea. Su garganta de terciopelo. Su voz de plata. Otra tubería al estómago.

—*Sonda nasogástrica* —dice una enfermera.

—*Repetir scanner* —vuelve a decir el cirujano jefe.

—*Miriam tiene un hematoma subdural bilateral en el cerebro, bajo una de las capas de las meninges* —explica un doctor a don Edgar.

Electroencefalograma normal, eclipse de la luz, tinie-

blas, me amarga la boca, la cabeza quiere estallar. ¿Qué hacer?, se preguntan los médicos.

—*Procede operar*—decide uno de ellos.

Neurocirujanos, ventanas, luces, quirófanos. Música ambiental clásica, cuartetos de Beethoven. La paciente es pianista, informa alguien. Ciega también. Compadecerla. Hijo putas terroristas, exclama el anestesista sin poderse reprimir. Craniectomía, traqueotomía, trépano, quitar el coágulo. Inconsciente diez días con todas sus infinitas noches de tinieblas. Mientras tanto, el mar, el océano inmenso, insiste con sus preguntas a la playa. Quiere irse tierra adentro, vengarse, devorarlo todo. ¿Y *Niebla*? El perro aúlla en el jardín a una luna que no existe. Olfatea, gime, llora por los rincones de la casa. Mientras tanto, la abuela Virtudes, en su sillón de ruedas, engañada por todos, pregunta una y otra vez por Miriam:

—*¿Cuándo regresa mi nieta de Lourdes? ¡Oh, qué feliz soy al saber que recuperó la vista en la Gruta de Bernadette!*

Sedada. Ojos de muñeca. Sus ojos giran al contrario del giro de la cabeza. Horror a la amnesia. ¿Recordará algún día nuestro incipiente amor?

—¡No! —gritó Armand, incorporándose en el lecho—. ¡No! —repitió con la misma fuerza.

Sudaba por todos los poros de su cuerpo. Era madrugada. Los pasos apresurados de su madre, doña Rosa.

—¿Qué te sucede, hijo? ¿Qué te ocurre? —preguntó desde el umbral de la puerta.

Los ojos espantados, todavía ciegos, fijos en las imágenes de horror.

—Tuve una pesadilla... —murmura.

Y, súbitamente, como impulsado por un resorte, se levanta, abre el armario, busca en el fondo del cajón. Allí está el sobre con los listados de la Comandancia. Todo ha sido un sueño. Jamás entregó esos datos a la momia Belle de Nuit.

—¿Qué es eso? —le pregunta mamá Rosa.

Don Ismael observa sin comprender qué es lo que su-

cede. Armand, poseído por un acceso de furor incontenible, busca la caja de las cerillas y, en la vieja estufa de serrín que sirve en invierno para calentar la sala-comedor, quema los listados, las cifras, los croquis, los nombres, los vehículos, los itinerarios.

ESTABA allí, en *La Pérgola*, sentada bajo el parasol de propaganda del vermouth *Martini*. Su ligero traje, el chal de hilo calado apoyado en el respaldo del asiento de rejilla. En la playa, ante las casetas multicolores del antiguo balneario, ondeaba en su mástil la bandera roja que prohibía bañarse. Era ella, estaba viva, intacta, con su cuerpo esbelto de gacela, el pelo rubio como el trigo, la mirada de esmeralda perdida en un mundo de tinieblas. Indescriptible emoción, deseo urgente de abrazarla, de fundirse con ella en un abrazo doliente y venturoso a la vez. «¡Que yo, a la salida del saber sombrío, alce algún día mis cantos de júbilo y gloria a los ángeles afirmativos!» Los altavoces lanzan al aire una canción de moda, el mar de estaño, las nubes grises, plumizas. Sopla un viento fresco del Noroeste. No es Miriam una aparición engañosa, sino una realidad en calma, un perfil, una diosa de la oscuridad, algo mío, me pertenece, lo sé, lo siento.

—Hola, soy yo —saluda Armand al llegar.

La mirada luminosa, los reflejos azules, la sonrisa levemente triste, como si conociera la angustia de mi última pesadilla.

—¡Oh, Armand! ¡Cree que no ibas a venir!

—¿Por qué?

—Tuve un presentimiento.

Algunos bañistas atrevidos nadan en medio de la resaca. Verles salir ateridos del agua, muñecos de *guignol* envueltos en toallas. Cerca del acantilado de la Boca do Inferno unos jóvenes preparan sus tablas de *windsurf*. En la terraza del bar, un matrimonio de sexagenarios observa pacífico el espectáculo de la playa en esta tarde gris. Entre las nubes, como ráfagas, destellos del sol vespertino. Dos mesas más allá una pareja de novios, todavía en bañador, se cubren con grandes toallas, tienen frío, ríen, las piernas desnudas apoyadas en sillones vacíos. Las gaviotas, posadas en la playa compacta y lisa, miran alineadas hacia el

océano, como soldados de un ejército mudo, estático. A la izquierda, cerca de la lancha de socorristas, un grupo de jóvenes ruidosos juegan al balón-volea. Un solitario hace ejercicios gimnásticos, otros corren rítmicamente, mujeres también, con *chandails*. Una joven, a la derecha, sentada con un jersey sobre la espalda, lee un libro: *Las amistades peligrosas*, de Pierre-Ambroise Choderlos de Laclos. Recordar el film. El camarero, solícito, cuyo nombre es Tino, me sonrío. Sus largas patillas de bandolero de Sierra Morena o de bailarín flamenco.

—Qué le pongo.

—Una cerveza fría.

Sed de ti, Miriam. Cogerle la mano y llevármela a los labios. Recordar el horror de la pesadilla, mientras ella se apoya en mi hombro y pasa su brazo derecho alrededor de mi cintura.

—Te quiero —susurra en mi oído.

—Yo también te amo.

Estrecharla ahora con fuerza. Su perfume. Su muslo rozando mi rodilla. Después su mano, como acostumbra, recorre lentamente mi rostro, *observándome*.

—Hoy te siento extraño —me dice, de improviso—. ¿Te sucede algo?

—No, ¿por qué?

—No lo sé, pero hay algo raro en ti.

En las tinieblas la luz. En la piel miles de imágenes. Experimentar una profunda identidad visceral. Pertenerle, ser carne de su carne.

—Yo también te siento extraña.

Una pausa de silencio. El camarero trae la cerveza, el nuevo *ticket*, un pequeño plato con almendras.

—¿Estás triste?

—Un poco —responde la joven.

—¿Por qué?

—No tiene importancia. Además, ya estoy bien. Estando a tu lado soy feliz.

Un beso en la mejilla. Las manos otra vez fuertemente enlazadas. Por el Paseo Marítimo un automóvil con altavo-

ces anuncia estridente el espectáculo nocturno de una sala de fiestas.

—Estás preciosa.

—¿Sí?

—Más que nunca.

—Siempre me dices lo mismo.

—Pero no miento, créeme.

—Será que me embellece amarte.

Y, sin embargo, percibir un temblor, algo terrible que circula bajo la piel de Armand, mientras, acariciando sus largos dedos, le dice que tiene manos de pianista.

—Dime, ¿qué te sucede? Hay algo en tu voz que me asusta. ¿Es que vas a dejarme? —pregunta Miriam.

—¿Dejarte yo?

Sensación de naufragio y, de nuevo, en rápido *flash*, las imágenes del sueño terrible. La conmoción, las paredes agrietándose, el viento, las entrañas, el cielo, los pájaros, el asfalto, la mampara de la parada del autobús volando por los aires, los cuerpos destrozados, los blancos uniformes, los alaridos, la sangre, los cerebros, los fragmentos de carne humana esparcidos por todas partes, el olor a dinamita, a explosivo, a terror, los ecos expandiéndose hasta los acantilados.

—Jamás —murmuró Armand—. No podría vivir sin ti. Si supieras.

—El qué.

—Nada.

Traumatismo craneo-encefálico, pérdida de conciencia, dolor abdominal, rotura de bazo, estado de coma, eclipse de la luz, neurocirujanos, ventanas, quirófanos.

—Sí, te ocurre algo —insiste ella—. Por favor, no me ocultes nada.

—Tuve una pesadilla esta noche, eso es todo. Sin duda todavía me encuentro bajo esa impresión.

—¿Y qué soñaste?

Aplastar la punta del cigarrillo en el cenicero, exhalar la última bocanada de humo, la mano izquierda apartando el mechón de negros cabellos que le cae sobre la frente.

Un rayo de sol atraviesa las nubes, pone colores de sangre en la playa, en los edificios lejanos de la Comandancia. Al fondo, gris, la ciudad, las grúas del puerto. Dos petroleros esperando en la bahía el momento de poder atracar en la refinería. ¿Contárselo todo? ¿Por qué no? Una señal al camarero. Pagar la cuenta.

—Vamos a pasear un poco por la playa.

—Como tú quieras.

Caminar lejos, huir, hacer un viaje con ella hasta llegar al infinito.

—Soy cloaca.

—¿Cómo has dicho?

Las manos cogidas, la bajamar a la izquierda. Confesión o condenación, lo necesito, decirlo todo. La enfermedad de los naipes, la obsesión por las partidas de póker, los garitos, las prostitutas, el travesti Eduarda, don Gunter y sus asesinos a sueldo, las deudas, la implacable amenaza de muerte, la terrible tentación de ceder a la oferta del terrorismo, el sueño espantoso. Ella se detuvo cerca de la Boca do Inferno, allí donde el océano, al retirarse, dejaba grandes lagunas de agua. Niños jugando con barcos. Abrazarse a él. La mejilla apoyada en su pecho. Oír los latidos del corazón de Armand.

—Amor mío —dijo, apenas sin voz—. ¿Cómo no me lo dijiste antes?

Y, al mismo tiempo, Miriam escuchaba, como un odio eco, la voz de su padre, el severo y envarado Vizconde de Montemar de Agén: *«Ese Armand Zaldívar es un tirado de los peores garitos, está endeudado hasta las cejas, frecuenta los prostíbulos...»*

—Soy un ser despreciable —exclamó Armand, intentando apartarse de ella sin conseguirlo, pues la joven le retuvo con su abrazo—. No merezco que me quieras.

—Naturalmente que lo mereces... —murmura Miriam—. Nadie es perfecto, ¿me oyes? Yo te ayudaré. Mañana mismo pagaremos esa deuda.

—No puedo consentirlo —dice Armand, intentando liberarse otra vez del abrazo de ella.



—Sí, puedes hacerlo y lo harás. Tengo dinero mío, no de mi padre. Mamá nos dejó a mis hermanos y a mí nuestra herencia. ¿Comprendes? Y ahora vámonos.

—¿A dónde?

—No preguntes, salgamos al paseo y llama a un taxi.

Su voz es firme, segura. Una sensación jubilosa le llega a través de la mano delicada de ella.

—A la calle Ganivet veintidós —dice Miriam al taxista.

—Pero ¿a dónde vamos? —dice, sorprendido, Armand.

—A casa de mi amiga Marielvi, la poetisa de la que te he hablado alguna vez. Está de vacaciones y, como hace siempre, me ha dejado la llave de su apartamento —responde Miriam, con la mirada fija en un lugar remoto, más allá del parabrisas del auto y de la noche que ya se cierne sobre la ciudad.



## APARTAMENTOS «TORRE DE HERCULES»

—Buenas noches, señorita Miriam —saluda el conserje, un individuo uniformado de gris, botonadura de plata, bocamangas con un ribete rojo.

El ascensor, quinto A, el bastón blanco plegado, el bolsito de rafia, aquí está la llave.

—Abre tú —me dice ella.

Frente a mí, el pequeño *hall* del apartamento de Marielvi, un espejo de marco dorado y en él mi palidez, mi aspecto bohemio, la triste mueca culpable. En la salita, frente al balcón que da al Bulevar de la Constitución, tres litografías enmarcadas, tres muestras del arte surrealista: *Falso espejo*, de Magritte; *La ciudad dormida*, de Paul Delvaux; *Persistencia de la memoria*, de Dalí.

—Bésame —dice Miriam.

Una puerta entornada, un fragmento de la cama de Marielvi, la cual, sonriente, nos mira desde una acuarela colgada en la salita. Todo es moderno, ligero, femenino. Estanterías lacadas con libros, máscaras exóticas, un grabado representando a Rabindranah Tagore. Los labios dulces de Miriam, su saliva, su cuerpo bajo la ligera tela del vestido. Es como el vendaval que todo lo arrastra. Su ceguera resplandece en mi boca, sus senos compactos, mórbidos. Susurrante voz. El pelo dorado. La rebeldía, el grito: no me importa la opinión de papá Edgar, soy libre, le amo, le pertenezco. Confía en mí, no tengas miedo. Lentamente avanzando a la alcoba de Marielvi. El resplandor rojizo de la ciudad, las luces intermitentes de un avión surcando el cielo. En la negrura eterna, compacta, impenetrable, sólida, él es mi resplandor, mi ventana, mi paisaje. Desabrochando los botones de su camisa, no tengo pudor. ¿Qué haré mañana? ¿Huir con ella? ¿Rechazaré el dinero que me ofrece para salvar mi vida y recuperar mi alma? Arrebatarme al Demonio. Suave piel la tuya, qué

hermoso cuerpo. En la penumbra el claroscuro, en la oscuridad el tacto que adivina mi delgada palidez, las estrellas en el cielo. Ven que te acaricie sobre el lecho, desnúdame con tus manos, ábreme flor, agua marina surcada por la quilla de un navío, bandera al viento. Tus manos de largos dedos abrazándome, rompiéndome. Con ansiedad relámpago, la curva de la espalda. Tu contacto ardiente, tu piel. La comisura de tus labios, la garganta. No, todavía no, susurras en mi oído. Es tu voz mi voz, el beso, el puñal en las entrañas. Navegante a merced de las olas, tu hermoso tórax varonil, suave. Sobre ti, alrededor de ti, en el confín remoto de tu inquietante belleza. ¿Me amas? ¿Y no te importa que sea ciega? Piensa que puedo ser un objeto, un obstáculo, una carga. Te amo. Cuántas veces me desprecio. Fui cloaca. Me odié. Era basura hasta que tú apareciste en mi vida. Un anuncio intermitente, rojo y azul, penetra en la perfumada alcoba. Las flores de tela en el jarrón chino, la montaña enmarcada, el río, las flores. Huyamos a lejanos horizontes, a otros mundos. La brisa da en nuestros rostros inmortales, porque el amor eterniza, salva, redime, ilumina la oscuridad. Es el milagro, el beso interminable, el vientre, su tierna mano acariciando mi sexo con cautela. Tus muslos, el néctar afrodisíaco de esta fuente de inmaculada dulzura. Repíteme, Armand, esas estrofas de *El Cantar de los Cantares* que siempre me fascinaron: «*Bésame con besos de tu boca. Son tus manos más suaves que el vino.*» El miedo a las tinieblas, el dolor angustioso en la soledad del lecho, el vacío de la oscuridad amurallada.

—No hables así, no digas eso. Mientras yo esté contigo nunca te sentirás perdida.

—Dímelo otra vez, por favor.

El amor es este impulso que une destruyendo lo que éramos antes. Engendrarse de nuevo, nacer otra vez. Sin naipes, sin prostitutas, sin el sórdido tugurio donde los asesinos a sueldo esperan la orden siniestra para quitarnos la vida. Ser nueva luz, romper la noche, huir lejos, en un barco antiguo, como esos románticos que surcaban el

legendario río Mississippi camino de Orleans. Desfallecer en tus brazos, abrazarte. Os conjuro, gacelas, tigres, pétalos de rosa. Posesiónate de mí. Buscándome recorro tus entrañas, bebo en tus fuentes, saboreo ese néctar íntimo y profundo como la lava. ¿Quién eres tú, viajera desconocida? Soy la mujer de mi propio sueño. Mi nombre es Escarlata O'Hara, la protagonista inolvidable de *Lo que el viento se llevó*. Maravilloso instante aquel en el que se rompe el velo de la doncella y cautivan las caricias y el dolor de la piel de rosa es más suave y dulce que todos los bálsamos. Y tú, ¿quién eres? Alguien que abandonó el laberinto febril de las barajas, los desafíos a pistola, la neurastenia fatal de los casinos. Mira, observa cómo arrojó por la borda al *as* de trébol, el *rey* de corazones, la *dama* de diamantes, la *jota* de picas. Hasta esta noche fui enfermedad enjaulada. Ahora, sin embargo, vuelan los pájaros, crece la estela de nuestro vacío: huiremos lejos, abriremos juntos esa otra puerta que no conduce al muro de las tinieblas ni al febril devaneo de las apuestas suicidas.

—¿Lo prometes? —le preguntó Miriam.

—Sí —respondió Armand.

Y, al decirlo, vio cómo, en aquella sala de juego, en el postrer confín del legendario río Mississippi, arrojaba su propio fantasma los naipes sobre el tapete verde, apartaba con desdén las múltiples ganancias de la suerte propicia y, levantándose de la mesa, se dirigía a la cubierta del barco donde le esperaba aquella viajera solitaria de ojos verdes como esmeraldas convertidas en pájaros.



**COLECCION LETRAS  
DIFERENTES**

DIRIGIDA POR:

**José María Arroyo Zarzosa  
Rafael de Lorenzo García**

ASESOR LITERARIO:

**Ricardo de la Fuente**

COORDINADOR EDITORIAL:

**Gregorio Burgueño Álvarez**



**ESCUELA LIBRE EDITORIAL**  
Madrid, 1995

---

**FUNDACION ONCE**



**Ramón Hernández**, perteneciente a la generación de escritores españoles de la década de los 60, está considerado por la crítica y el público lector como uno de los más significativos novelistas de habla hispana. Comprometido con una estética exigente, innovadora y universalista, ha cultivado, además de la novela, el relato breve, la poesía, el teatro y la biografía, siempre a través de un estilo riguroso, ajeno al anecdótico localismo e impregnado de un humor lógico y subrealista. En coasiones kafkiana y onírica, su narrativa se pronuncia en favor de la ficción artística frente a la siempre dudosa realidad histórica.

Parábola de la luz y de las tinieblas, esta última novela de **Ramón Hernández** narra el encuentro de Miriam, joven invidente profesora de Música, con Armard, atormentado jugador de póker que, inmerso en la azarosa veleidad de los naipes, halla en la adversa fortuna un fatal punto de fuga que amenaza con sumergirlo para siempre en la oscura ceguera del espíritu. Será la mano del Destino la que, finalmente, conducirá a los protagonistas de esta apasionada historia de amor a los luminosos confines de su mutua redención, dejando en la atmósfera de las magistrales páginas de «**Miriam**», no sólo el eco estremecido y romántico de la música de Chopin, sino la trágica belleza de un conflicto íntimo, devorador.



Colección  
**LETRAS DIFERENTES**

**FUNDACION ONCE**

